

Jack Vance
Los Chasch

Título original: City of the Chasch (Planet of Adventure, I).
Traducción: Domingo Santos.
Portada: Antoni Garcés.
© Ultramar Editores, S.A.

Prólogo

A un lado del *Explorador IV* llameaba una débil estrella vieja, Carina 4269; al otro flotaba un solo planeta, gris marrón bajo el denso manto de una atmósfera. La estrella se distinguía solamente por una curiosa tonalidad ambarina en su luz. El planeta era algo mayor que la Tierra, rodeado por un par de pequeñas lunas de rápidas órbitas. Una estrella K2 casi típica, un planeta sin nada digno de mencionar, pero para los hombres a bordo de la *Explorador IV* el sistema era una fuente de maravilla y fascinación.

En el puesto delantero de control estaban el comandante Marin, el oficial en jefe Deale y el segundo oficial Walgrave: tres hombres de apariencia similar, alertas, rápidos de movimientos, llevando el mismo tipo de pulcro uniforme blanco, y tan habituados a la compañía los unos de los otros que su despreocupada forma de hablar, la forma entre sarcástica y jocosa con que expresaban sus pensamientos, era casi idéntica. Escrutaban el planeta con sus sondascopios, binoculares de alta resolución capaces de ofrecer una ampliación enorme.

—A primera vista, un planeta habitable —comentó Walgrave—. Esas nubes son a buen seguro vapor de agua.

—Si un mundo emite señales —dijo el oficial jefe Deale—, suponemos casi automáticamente que está habitado. La habitabilidad es una consecuencia natural de la habitación.

El comandante Marin rió secamente.

—Tu lógica, normalmente irrefutable, tiene un fallo. En la actualidad nos hallamos a doscientos doce años luz de la Tierra. Recibimos las señales a doce años luz de distancia; en consecuencia, fueron radiadas hace doscientos años. Si lo recuerdas, se interrumpieron bruscamente. Puede que este mundo sea habitable; puede que esté habitado; puede que concurren las dos circunstancias. Pero no necesariamente.

Deale agitó lúgubrementemente la cabeza.

—Sobre esta base no podemos estar seguros ni siquiera de que la Tierra esté habitada. Las tenues evidencias de que disponemos...

Bip bip, hizo el comunicador.

—¡Hable! —indicó el comandante Marín. La voz de Dant, el ingeniero de comunicaciones, llenó la cabina.

—Estoy captando un campo fluctuante; creo que es artificial, pero no puedo sintonizarlo. Tal vez sea alguna especie de radar.

Marin frunció el ceño, se frotó la nariz con un nudillo.

—Enviaré los exploradores, luego retrocederemos fuera de alcance.

Marin pronunció una palabra código, dio órdenes a los exploradores Adam Reith y Paul Waunder.

—Tan rápido como sea posible; parece que hemos sido detectados. Cita en el eje del sistema, arriba, punto D como en Deneb.

—Correcto, señor. Eje del sistema, arriba, punto D como en Deneb. Denos tres minutos.

El comandante Marin se dirigió al macroscopio y empezó una ansiosa búsqueda por la superficie del planeta, cambiando a una docena de longitudes de onda.

—Hay una franja de perturbación a unos 3.000 angstroms, nada importante. Los exploradores tendrán que hacer todo el trabajo por sí mismos.

—Me alegra no haber recibido nunca entrenamiento de explorador —observó el segundo oficial Walgrave—. De otro modo también hubiera podido ser enviado a la superficie de extraños y con toda posibilidad horribles planetas.

—Un explorador no es entrenado —dijo Deale—. Existe: medio acróbata, medio científico loco, medio escalador nocturno, medio...

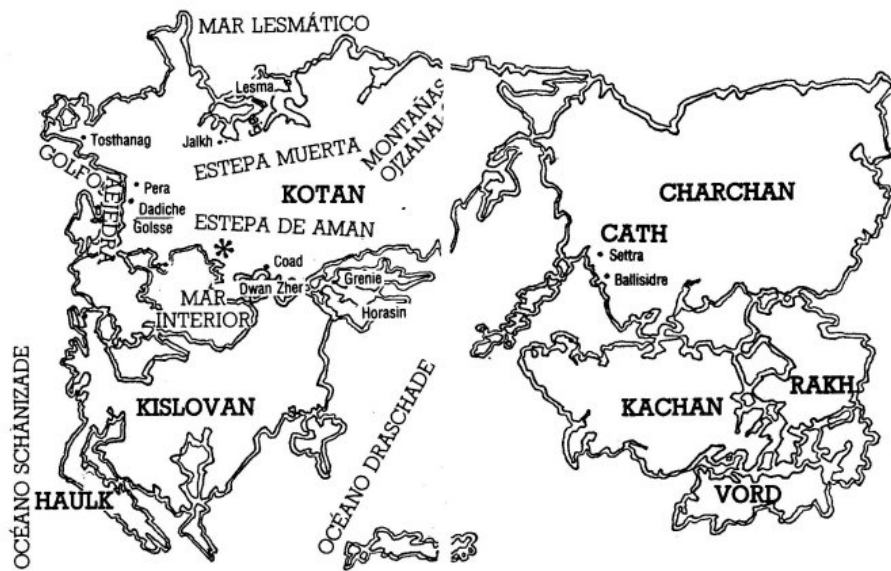
—Hay varios medios de más.

—Apenas bastan. Un explorador es un hombre al que le gusta el cambio.

Los exploradores a bordo de la *Explorador IV* eran Adam Reith y Paul Waunder. Ambos eran hombres de valor y de recursos. Cada uno dominaba varias habilidades; aquí terminaba su parecido. Reith era tres o cuatro centímetros más alto que la media, con pelo oscuro, una amplia frente, pómulos prominentes y mejillas más bien hundidas, donde se marcaba de tanto en tanto la tensión de un músculo. Waunder era compacto, avanzando a buen paso hacia la calvicie, rubio, con rasgos demasiado vulgares como para ser descritos. Waunder tenía uno o dos años más que su compañero; Reith, sin embargo, era superior en grado, y estaba al mando nominal de la lanzadera de exploración: una nave en miniatura de diez metros de largo que viajaba sujeta bajo la popa de la *Explorador*.

En menos de dos minutos estaban a bordo de la lanzadera. Waunder se dirigió a los controles; Reith selló la escotilla, pulsó el botón de desamarraje. La lanzadera se apartó del enorme casco negro. Reith ocupó su asiento, y mientras efectuaba esa acción captó un destello de movimiento en el límite de su ángulo visual. Divisó un proyectil gris surgiendo del planeta, luego sus ojos fueron cegados por un enorme resplandor blanco-púrpura. Hubo una tremenda sacudida y un crujido, y una violenta aceleración cuando Waunder accionó convulsivamente la palanca de aceleración, y la lanzadera partió en una curva descendente hacia el planeta.

Allá donde había estado la *Explorador* derivaba ahora un curioso objeto: el morro y la popa de una nave espacial, unidos por algunos restos metálicos, con un enorme vacío en medio a través del cual brillaba el viejo sol amarillo de Carina 4269. Junto con la tripulación y los técnicos, el comandante Marin, el oficial jefe Deale y el segundo oficial Walgrave no eran más que flotantes átomos de carbono, oxígeno e hidrógeno, con sus personalidades, tics de comportamiento y socarrona jovialidad convertidos en meros recuerdos.



TSCHAI

* Lugar donde se estrelló la astronave

1

La lanzadera, golpeada antes que propulsada por la onda de choque, cayó con la popa por delante hacia el planeta gris y marrón, con Adan Reith y Paul Waunder golpeando de mampara en mampara dentro de la cabina de control.

Reith, consciente a medias, consiguió agarrarse a una de ellas. Izándose hasta el panel, pulsó el mando de estabilización. En vez de un suave zumbido sonó un silbido y un golpeteo; de todos modos, el alocado movimiento rotatorio fue cesando poco a poco.

Reith y Waunder consiguieron encajarse en sus asientos y atarse.

—¿Has visto lo que yo he visto? —preguntó Reith.

—Un torpedo. Reith asintió.

—El planeta está habitado.

—Los habitantes distan mucho de ser cordiales. Esa fue una recepción más bien brusca,

—Estamos a mucha distancia de casa. —Reith contempló la hilera de diales que no señalaban nada y luces indicadoras apagadas—. Parece que no funciona nada. Vamos a estrellarnos, a menos que hagamos algunas reparaciones de emergencia.

—Cojeó hacia popa, al compartimiento del motor, para descubrir que una célula de energía de reserva, mal almacenada, se había estrellado contra una caja de conexiones, creando un caótico amasijo de conductores fundidos, cristales rotos y compuestos carbonizados.

—Puedo arreglarlo —le dijo Reith a Waunder, que había acudido tras él a inspeccionar el desastre—. En un par de meses, con suerte. Contando con que los repuestos estén intactos.

—Dos meses me parece un poco largo —murmuró Waunder—. Diría que tenemos dos horas antes de que alcancemos la atmósfera.

—Al trabajo, pues.

Una hora y media más tarde retrocedían unos pasos y contemplaban con duda e insatisfacción el resultado de sus esfuerzos.

—Con suerte podremos aterrizar de una sola pieza —dijo Reith lúgubrementemente—. Ve delante y dale un poco de energía a los elevadores; veré qué ocurre.

Pasó un minuto. Los propulsores zumbaron; Reith sintió la presión de la deceleración. Esperando que las improvisaciones resistieran al menos un tiempo, fue a la parte delantera de la nave y ocupó de nuevo su sitio.

—¿Cómo se ven las cosas?

—A corto plazo, no demasiado malas. Alcanzaremos la atmósfera en una media hora, un poco por debajo de la velocidad crítica. Podemos efectuar un aterrizaje suave... espero. Los pronósticos a largo plazo... no tan buenos. Quienquiera que sea el que golpeó la nave con un torpedo puede estar siguiendo nuestro descenso por radar. ¿Entonces qué?

—Nada bueno —dijo Reith.

El planeta bajo ellos crecía a ojos vista; un mundo más oscuro y nuboso que la Tierra, bañado por una luz entre dorada y tostada. Ahora podían ver continentes y océanos, nubes, tormentas: el paisaje de un mundo maduro.

La atmósfera gemía en torno al vehículo; el indicador de la temperatura subía rápidamente hacia la señal roja.

Reith aumentó cuidadosamente el nivel de energía a través de los precariamente

reparados circuitos. La nave disminuyó su velocidad, la aguja indicadora osciló, empezó a descender hacia un nivel más tranquilizador. Hubo una suave detonación en la sala de motores, y la nave empezó a descender de nuevo en caída libre.

—Ahí vamos otra vez —dijo Reith—. Bien, ahora todo es cuestión de los frenos aerodinámicos. Será mejor que nos sujetemos a los arneses de eyección. — Extendió los alerones laterales, los elevadores y el timón, y la lanzadera silbó al adoptar una trayectoria oblicua—. ¿Qué señala el analizador de atmósferas? — preguntó.

Waunder leyó los distintos índices del analizador.

—Respirable. Cercana a la normal de la Tierra.

—Eso es un pequeño alivio.

Ahora, mirando a través de los sondascopios, podían observar más detalles. Bajo ellos se abría una extensa llanura o una estepa, señalada aquí y allá por un relieve bajo y algo de vegetación.

—Ninguna señal de civilización —dijo Waunder—. No debajo de nosotros, al menos. Quizá más adelante, en el horizonte... esos puntos grises...

—Si podemos conseguir que la nave aterrice, si nadie nos molesta mientras reconstruimos el sistema de control, todo irá bien... Pero esos alerones no están diseñados para un aterrizaje a gran velocidad en terreno abrupto. Será mejor que intentemos descender lo máximo posible y eyectarnos en el último minuto.

—De acuerdo —dijo Waunder. Señaló hacia un punto determinado—. Eso parece como un bosque... al menos vegetación de algún tipo. El punto ideal para estrellarse.

—Adelante.

La lanzadera picó de morro; el paisaje se amplió. Las frondas de un bosque negro y húmedo se alzaron en el aire ante ellos.

—A la cuenta de tres, eyección —dijo Reith. Aplicó deceleración máxima—. Uno... dos... tres. ¡Eyección!

Las portillas eyectoras se abrieron; los asientos salieron disparados; el aire abofeteó a Reith. ¿Pero dónde estaba Waunder? Su arnés se había enredado, o su asiento no había sido eyectado correctamente, y ahora su compañero se balanceaba violenta e impotentemente colgado fuera de la nave. El paracaídas de Reith se abrió, frenando su velocidad con un fuerte tirón y haciéndole balancearse en el aire como un péndulo. En su descenso golpeó contra la negra y reluciente rama de un árbol. El golpe lo aturdió; colgó al extremo de las cuerdas de su paracaídas. La lanzadera siguió abriéndose camino entre los árboles, y se detuvo finalmente clavando el morro en un pantano. En ella, Paul Waunder colgaba inmóvil de su arnés.

Hubo un silencio roto tan sólo por el crujir del caliente metal y un débil silbido procedente de algún lado debajo de la nave.

Reith se agitó, pateó débilmente. El movimiento creó un lancinante dolor en sus hombros y pecho; desistió y colgó flácido.

El suelo estaba unos quince metros más abajo. La luz del sol, como había observado antes, parecía más apagada y amarilla que la del sol de la Tierra, y las sombras tenían tonalidades ambarinas. El aire estaba cargado con el aroma de resinas y aceites no familiares; estaba atrapado por un árbol de lustrosas ramas negras y quebradizo follaje negro que producía un sonido estrepitoso cuando se movía. Podía ver a lo largo del camino abierto por la lanzadera hasta el pantano, donde se había inmovilizado en una posición casi horizontal, con Waunder colgando cabeza abajo de la escotilla de eyección, el rostro apenas a unos centímetros del lodo. Si el aparato se hundía un poco se ahogaría... en caso de que aún estuviera vivo. Reith luchó frenéticamente para librarse de su propio arnés. El dolor le hizo sentirse enfermo y mareado; no tenía fuerza en las manos, y cuando alzó los brazos sonaron ominosos crujidos en sus hombros. Se veía impotente para soltarse, y mucho menos para acudir en ayuda de Waunder. ¿Estaba muerto? Reith no podía asegurarlo. Creyó ver que se agitaba ligeramente.

Reith observó con intensidad. Waunder se hundía lentamente en el pantano. En el

asiento eyector había una unidad de supervivencia con armas y herramientas. Con sus huesos rotos no podía alzar los brazos para alcanzar las hebillas. Si se soltaba simplemente de las cuerdas caería y se mataría sin remedio. Con el omoplato roto, con la clavícula rota o no, tenía que abrir el asiento eyector, sacar el cuchillo y el rollo de cuerda.

Hubo un sonido, no demasiado distante, de madera golpeando contra madera. Reith desistió de sus esfuerzos y se dejó colgar, inmóvil. Un grupo de hombres armados con espadines fantásticamente largos y flexibles y pesadas catapultas de mano avanzaban suavemente, casi furtivamente, a sus pies.

Reith los contempló estupefacto, sospechando una alucinación. El cosmos parecía sentir predilección hacia las razas bípedas, más o menos antropoides; pero éstos eran auténticos hombres: gente de rasgos bruscos y recios, piel color miel, pelo rubio, castaño o grisáceo, y poblados bigotes colgantes. Llevaban complicados atuendos: pantalones sueltos de tela a franjas marrones y negras, camisetas rojo oscuro o azul oscuro, chalecos de tiras de metal entrelazadas, cortas capas negras. Sus sombreros eran de piel negra, con las alas dobladas hacia abajo en las orejas y hacia arriba en la frente, con un emblema de plata de diez centímetros de ancho en la parte frontal de la alta corona que formaban sobre sus cabezas. Reith los observó desconcertado. Guerreros bárbaros, una partida vagabunda de degolladores: ipero auténticos hombres pese a todo, allí en aquel mundo desconocido a más de doscientos años luz de la Tierra!

Los guerreros pasaron cautelosamente bajo él, silenciosos y furtivos. Se detuvieron en las sombras para escrutar la lanzadera; luego el jefe, un guerrero más joven que el resto, apenas un muchacho y sin bigote, salió al abierto y examinó el cielo. Tres hombres más viejos, con los sombreros rematados por globos de cristal rosa y azul, se le unieron, y examinaron también el cielo con gran cuidado. Luego el más joven hizo una seña a los demás, y todos se acercaron a la nave.

Paul Waunder alzó una mano en el más débil de los saludos. Uno de los hombres con los globos de cristal levantó rápidamente su catapulta, pero el joven aulló una furiosa orden y el hombre se apartó hoscamente a un lado. Uno de los guerreros cortó las cuerdas del paracaídas, dejando que Waunder cayera al suelo.

El joven ladró otras órdenes; Waunder fue alzado y transportado a una zona seca.

Entonces el joven se volvió para investigar la nave espacial. Trepó osadamente a su casco y miró dentro a través de las portillas de eyección.

Los hombres más viejos con los globos azules y rosas retrocedieron a las sombras, murmurando malhumoradamente tras sus caídos bigotes y contemplando a Waunder con miradas intensas. Uno de ellos llevó bruscamente su mano hacia el emblema de su sombrero como si el objeto se hubiera movido o producido algún ruido. Entonces, inmediatamente, como estimulado por el contacto, saltó sobre Waunder, extrajo su espadín, lo dejó caer con un movimiento centelleante. Ante la horrorizada mirada de Reith, la cabeza de Paul Waunder rodó libre de su torso, y su sangre chorreó sobre el negro suelo.

El joven pareció haber captado la acción y se volvió. Lanzó un furioso grito, saltó al suelo, avanzó sobre el asesino. Extrajo su propio espadín, lo agitó, y el flexible extremo zumbó y cortó el emblema del sombrero del hombre, arrancándose. El joven lo recogió y, extrayendo un corto cuchillo de su bota, melló salvajemente la blanda plata, luego lo arrojó a los pies del asesino con un barbotar de amargas palabras. El asesino, acobardado, recogió el emblema y se retiró hoscamente a un lado.

Se oyó un retumbante sonido procedente de una gran distancia. Los guerreros emitieron un suave ulular, ya fuera como respuesta ceremonial o como temor o advertencia mutua, y se retiraron rápidamente al bosque.

Apareció una aeronave volando a poca altura, que primero flotó, luego se posó: una plataforma, una especie de almadía flotante de veinte metros de largo por ocho de ancho, controlada desde algo parecido a un adornado belvedere en la popa. Delante y detrás, grandes linternas se balanceaban colgadas de retorcidas columnas; las defensas estaban protegidas por recias balaustradas. Inclínados sobre esas

balaustradas, empujándose y dándose codazos, había dos docenas de pasajeros, en inminente peligro, o así parecía, de caer al suelo.

Reith contempló con aturdida fascinación cómo el aparato aterrizaba al lado de la lanzadera. Los pasajeros saltaron rápidamente al suelo: individuos de dos tipos, humanos y no humanos, aunque esta distinción no era instantáneamente obvia. Las criaturas no humanas —Chasch Azules, como sabría más tarde Reith— caminaban sobre cortas y recias piernas, avanzando con un rígido balanceo. El individuo típico era recio y fuerte, escamoso como un pangolín con escamas azules y puntiagudas. Su torso tenía forma de cuña, con hombreras exoesqueletales de quitina que se curvaban sobre un caparazón dorsal. El cráneo terminaba en una punta ósea; su recia frente formaba como una visera sobre sus cuencas orbitales, sus brillantes ojos metálicos y sus complicados orificios nasales. Los hombres eran tan similares a los Chasch Azules como lo permitían la reproducción, los artificios y el manierismo. Eran bajos, musculosos, con macizas piernas; sus rostros eran toscos y casi sin mandíbula, con los rasgos comprimidos. Llevaban lo que parecían ser falsos cráneos terminados en punta y formando como una cresta sobre sus frentes; y sus chaquetillas y pantalones estaban adornados con escamas.

Los Chasch y los Hombres-Chasch corrieron hacia la lanzadera, comunicándose entre sí con aflautados gritos glóticos. Algunos treparon al casco y miraron al interior, mientras otros investigaban la cabeza y el torso de Paul Waunder, que recogieron y llevaron a bordo de la plataforma.

Desde el belvedere de control llegó un grito de alarma. Chasch Azules y Hombres-Chasch alzaron la vista al cielo, luego se apresuraron a empujar la plataforma bajo los árboles, ocultándola de la vista. Una vez más, el pequeño claro quedó desierto.

Pasaron unos minutos. Reith cerró los ojos y pensó en la espantosa pesadilla de la que esperaba despertar de un momento a otro, seguro, a bordo de la *Explorador*.

Un resonar de motores le sacó de su ensoñación. Otro vehículo descendía del cielo: una aeronave que, como la almadía, había sido construida con muy poca consideración hacia la eficiencia aerodinámica. Tenía tres cubiertas, una rotonda central, balcones de cobre y madera negra, una proa formando voluta, cúpulas de observación, portillas para armas, un alerón vertical que exhibía una insignia dorada y negra. La nave flotó en el aire mientras los ocupantes de sus cubiertas dedicaban a la nave espacial una minuciosa inspección. Algunos de ellos no eran humanos, sino criaturas altas y de largos miembros, sin pelo, pálidas como el pergamino, con semblantes austeros y actitudes lánguidas y elegantes. Otros, aparentemente subordinados, eran hombres, aunque mostraban los mismos alargados brazos, piernas y torso, el mismo rostro ovinamente alargado, el cráneo sin pelo, las actitudes cuidadosamente controladas. Ambas razas llevaban elaborados atuendos de cintas, volantes, fajas. Más tarde Reith sabría que los no humanos eran llamados Dirdir, y sus subordinados Hombres-Dirdir. En aquel momento, aturdido aún por la inmensidad de su desastre, observó la espléndida aeronave Dirdir tan sólo con desinteresada admiración. Sin embargo, en su mente se infiltró el pensamiento de que aquella gente pálida o bien sus predecesores habían sido quienes habían destruido la *Explorador IV*, y evidentemente ambas habían rastreado la llegada de la lanzadera.

Dirdir y Hombres-Dirdir escrutaban la nave espacial con concentrado interés. Uno de ellos llamó la atención de los demás hacia la huella dejada por la plataforma Chasch, y el descubrimiento causó una atmósfera instantánea de emergencia. Casi al mismo tiempo, del bosque empezaron a brotar lanzas de energía blanco-púrpura; Dirdir y Hombres-Dirdir cayeron retorciéndose. Chasch y Hombres-Chasch salieron a la carga, los Chasch disparando armas de mano, los Hombres-Chasch corriendo para arrojar garfios contra la nave.

Los Dirdir descargaron sus propias armas de mano, que exudaban una descarga violeta y arabescos de plasma naranja; Chasch y Hombres-Chasch fueron consumidos en un resplandor púrpura y naranja. La nave Dirdir se alzó, y se vio retenida por los garfios. Los Hombres-Dirdir cortaron las cuerdas con cuchillos, las quemaron con pistolas de energía; la nave quedó libre, alzando un coro de gritos

decepcionados de los Chasch.

A unos treinta metros encima del pantano, los Dirdir giraron una serie de quemadores pesados a plasma hacia el bosque y abrieron, quemándolos, una serie de irregulares senderos; pero no consiguieron destruir la almadía desde la cual los Chasch estaban apuntando ahora sus propios grandes morteros. El primer proyectil Chasch falló. El segundo golpeó la nave bajo el casco; giró sobre sí misma a causa del impacto, luego ascendió como un dardo cielo arriba, oscilando, zigzagueando como un insecto herido, por unos momentos boca abajo, luego de nuevo boca arriba, luego de lado, escupiendo a los Dirdir y Hombres-Dirdir de sus cubiertas, puntos negros cayendo en el cielo color pizarra. La nave escoró hacia el sur, luego hacia el este, y finalmente se perdió de vista.

Chasch y Hombres-Chasch salieron del bosque para contemplar la desaparición de la nave Dirdir. La almadía se deslizó de nuevo hacia el claro, flotó encima de la lanzadera. Fueron arrojados garfios; la nave espacial fue *alzada* del pantano. Chasch y Hombres-Chasch subieron a bordo de la plataforma; se elevó en el aire, ligeramente escorada, con la lanzadera espacial colgando debajo.

Pasó el tiempo. Reith pendía de su arnés, apenas consciente. El sol se ocultó detrás de los árboles; las sombras empezaron a enseñorearse del paisaje.

Reaparecieron los bárbaros. Se dirigieron al claro, efectuaron una inspección rápida, miraron al cielo, luego se fueron. Reith lanzó un ronco grito para llamar su atención. Los guerreros aferraron sus catapultas, pero el joven hizo un furioso gesto para contenerlos. Dió órdenes; dos hombres treparon al árbol, cortaron las cuerdas del paracaídas, dejando el asiento eyector y el equipo de supervivencia de Reith balanceándose entre las ramas.

Reith fue bajado hasta el suelo, no demasiado gentilmente, y estuvo a punto de perder el sentido ante el roce de los huesos en su hombro. Unas formas se inclinaron sobre él, hablando con secas consonantes y amplias vocales. Fue alzado, colocado en unas parihuelas; sintió la oscilación y el golpeteo de unos pasos; luego se desvaneció o se quedó dormido.

Reith despertó al resplandor de una fogata y al murmullo de voces. Sobre su cabeza se extendía un dosel de oscuridad a ambos lados de un cielo lleno de extrañas estrellas. La pesadilla era real. Aspecto a aspecto, sensación a sensación, Reith fue recuperando la consciencia de sí mismo y de su condición. Estaba tendido sobre un camastro de cañas entretejidas que exudaban un olor agrio, medio vegetal, medio humano. Le habían quitado la camisa; una especie de arnés blanco comprimía sus hombros y proporcionaba sostén a sus huesos rotos. Alzó dolorosamente la cabeza y miró a su alrededor. Estaba tendido en una especie de cobertizo abierto por los lados formado por cuatro postes metálicos sosteniendo un techo de tela. Otra paradoja, pensó Reith. Los postes de metal indicaban un alto nivel de tecnología; las armas y modales de la gente eran puramente bárbaros. Reith intentó mirar hacia el fuego, pero el esfuerzo fue demasiado y se dejó caer hacia atrás.

El campamento estaba en terreno abierto; el bosque había sido dejado atrás: eso era evidente por las estrellas. Se preguntó acerca de su asiento eyector y su unidad de supervivencia. Asiento y unidad habían sido dejados allá colgando, se recordó tristemente. Sólo quedaban él y sus recursos innatos en los que confiar... una cualidad ligeramente aumentada por su entrenamiento forzado como explorador, algunos de cuyos aspectos había considerado en otro tiempo excesivamente pedantes. Había asimilado enormes cantidades de ciencias básicas, lingüística y teoría de la comunicación, astronáutica, tecnología del espacio y de la energía, biométrica, meteorología, geología, toxicología. Mucho de aquello era teórico; además, había sido entrenado en técnicas prácticas de supervivencia de todo tipo: armamento, ataque y defensa, nutrición de emergencia, ropas y albergue, mecánica de propulsión espacial, reparación electrónica e improvisación. Si no resultaba muerto de improviso, como lo había sido Paul Waunder, sobreviviría... ¿pero para qué? Sus posibilidades de regresar a la Tierra podían considerarse como infinitesimales... lo cual hacía que el interés intrínseco de aquel planeta fuera de lo menos estimulante.

Una sombra cruzó su rostro; Reith vio al joven que había salvado su vida. Tras mirar a su alrededor en la oscuridad, el joven se arrodilló y le tendió un cuenco de una especie de gachas.

—Muchas gracias —dijo Reith—. Pero no creo que pueda comer; el entablillado me oprime demasiado.

El joven se inclinó hacia delante, hablando con una voz más bien seca. Reith pensó que su rostro era demasiado grave e intenso para un muchacho que no podía tener más de dieciséis años.

Con gran esfuerzo, se alzó sobre un codo y tomó las gachas. El joven se levantó, retrocedió algunos pasos, y se quedó observando mientras Reith intentaba comer sin ayuda. Luego se volvió y llamó con voz ronca. Una niña apareció corriendo. Se inclinó, tomó el bol, y empezó a dar de comer a Reith con ansioso cuidado.

El joven observó unos momentos, evidentemente intrigado por Reith, y Reith no estaba menos perplejo que él. ¡Hombres y mujeres, en un mundo a doscientos doce años luz de la Tierra! ¿Evolución paralela? ¡Increíble! Cucharada a cucharada, las gachas pasaron a su boca. La niña, de unos ocho años, llevaba una especie de pijama casi en harapos, no demasiado limpio. Media docena de hombres de la tribu aparecieron y miraron; hubo gruñidos de conversación, que el joven ignoró.

El bol estaba vacío; la niña llevó una jarra de cerveza ácida a la boca de Reith. Éste bebió porque esto era lo que se esperaba que hiciera, aunque el brebaje le hizo fruncir los labios.

—Gracias —dijo a la niña, que le devolvió una sonrisa de desconfianza y se marchó a toda prisa.

Reith se dejó caer de nuevo en el camastro. El joven le dijo algo con una voz brusca: evidentemente una pregunta.

—Lo siento —dijo Reith—. No comprendo. Pero no te irrites conmigo; necesito todos los amigos que pueda conseguir.

El joven no dijo nada más, y finalmente se fue. Reith se acomodó de espaldas en su camastro e intentó dormir. La fogata menguó; la actividad en el campamento se fue reduciendo.

Desde muy lejos llegó una débil llamada, algo entre un aullar y un tembloroso ulular, que al cabo de unos momentos fue respondida por otra, y por otra, hasta convertirse en un canto casi musical de centenares de voces. Alzándose una vez más sobre un codo, Reith vio que las dos lunas, de idéntico diámetro aparente, la una rosa, la otra azul pálido, habían aparecido por el este.

Un momento más tarde una nueva voz, ésta más cercana, se unió al lejano ulular. Reith escuchó maravillado: era sin la menor duda una voz de mujer. Otras voces se unieron a la primera, canturreando una endecha sin palabras que, unida al lejano sonido, producía un impresionante coloquio.

Finalmente, el canto se detuvo; el campamento quedó en silencio. Reith se fue amodorrando, y finalmente se quedó dormido.

Por la mañana, Reith pudo observar mejor el campamento. Se hallaba en una oquedad del terreno entre un par de las bajas y anchas colinas que se extendían una tras otra hacia el este. Allí habían decidido instalarse los miembros de la tribu, por razones que a Reith no se le hicieron evidentes de momento. Cada mañana cuatro jóvenes guerreros llevando largas capas marrones montaban en pequeñas motocicletas eléctricas y partían en direcciones opuestas a través de la estepa. Cada mañana volvían para dar su informe detallado a Traz Onmale, el joven jefe. Cada mañana era elevada una gran cometa, llevando a un niño de ocho o nueve años, cuya función era evidentemente la de vigía. A última hora de la tarde el viento solía cesar, haciendo caer la cometa con mayor o menor suavidad. Normalmente el niño se salía de aquello sin nada más grave que un chichón, aunque los hombres que manejaban los hilos parecían preocupados principalmente por la seguridad de la cometa: un dispositivo hecho con cuatro alas de membrana negra tensadas sobre un armazón de palos de madera.

Cada mañana, desde detrás de la colina del este, sonaba un terrible clamor, que persistía durante al menos media hora. El tumulto, supo finalmente Reith, procedía de la horda de animales, de muchas patas de los que la tribu se proveía de carne. Cada mañana la matarife de la tribu, una mujer de metro ochenta de altura y músculos en consonancia, acudía a la horda con un cuchillo y un hacha de carnicero, para agenciarse tres o cuatro patas para las necesidades del día. Ocasionalmente cortaba un poco de carne del lomo de un animal, o abría sus barrigas para extraer algún órgano interno. Los animales protestaban poco ante la amputación de sus patas, que se regeneraban espontáneamente con gran rapidez, pero se quejaban prodigiosamente cuando eran tocadas otras partes de sus cuerpos.

Mientras los huesos de Reith se soldaban de nuevo, sus únicos contactos fueron con las mujeres, un grupo más bien mustio, y con Traz Onmale, que pasaba gran parte de las mañanas con Reith, hablando, inspeccionando sus ropas, enseñándole el idioma Kruthe. Este era muy regular sintácticamente, pero resultaba difícil por su gran cantidad de tiempos, modos y aspectos. Mucho después de que Reith fuera capaz de expresarse, Traz Onmale, a la típica manera de su edad, seguía aún corrigiéndole e indicándole nuevas sofisticaciones del uso del lenguaje. El planeta, supo Reith, se llamaba Tschai; las lunas eran Az y Braz. Los miembros de la tribu se llamaban a sí mismo Kruthe u «Hombres Emblema», por las insignias de plata,

cobre, piedra y madera que llevaban en sus sombreros. El status de un hombre era establecido por su emblema, que era reconocido en sí mismo como una entidad semidivina con un nombre, una historia detallada, una idiosincrasia y un rango. No era exagerado decir que, en vez de ser el hombre que lo llevaba el que controlaba el emblema, era este último el que controlaba al hombre, puesto que le daba su nombre y su reputación, y definía su papel tribal. El emblema más dignificado era el Onmale, llevado por Traz, que antes de adoptar el emblema había sido un muchacho normal en la tribu. El Onmale era la encarnación de la sabiduría, la habilidad, la resolución y la indefinible *virtu* Kruthe. Un hombre podía heredar un emblema, tomar posesión de él tras matar a su anterior poseedor, o fabricarse un nuevo emblema. En este último caso, el nuevo emblema no contenía ninguna personalidad o *virtu* hasta que había participado en hazañas notables y adquirido así un status. Cuando un emblema cambiaba de manos, el nuevo propietario asumía, lo quisiera o no, la personalidad del emblema. Algunos emblemas eran mutuamente antagonistas, y un hombre que entraba en posesión de uno de éstos se convertía inmediatamente en el enemigo del poseedor del otro. Algunos emblemas tenían miles de años de antigüedad, con complejas historias; algunos eran aciagos y llevaban consigo la predestinación de su destino; otros impulsaban a su portador a la valentía o a alguna especie de frenesí destructor. Reith estaba seguro de que su percepción de las personalidades simbólicas era pálida y gris comparada con la intensidad de la comprensión de los propios Kruthe. Sin su emblema, el hombre de la tribu era un hombre sin rostro, sin prestigio ni función. Eso era lo que Reith no tardó en comprender acerca de sí mismo: no era más que un siervo o una mujer, dos palabras que en el idioma kruthe eran una sola.

Curiosamente, o así se lo parecía a Reith, los Hombres Emblema creían que él procedía de una región remota de Tschai. En vez de respetarle por su presencia a bordo de la nave espacial, lo consideraban un subordinado de alguna raza no humana desconocida para ellos, del mismo modo que los Hombres-Chasch eran subordinados de los Chasch Azules, o los Hombres-Dirdir de los Dirdir.

Cuando Reith oyó por primera vez a Traz Onmale expresar este punto de vista, rechazó indignado la idea.

—Procedo de la Tierra, un planeta lejano; y no somos gobernados por nadie.

—¿Quién construyó la nave espacial, entonces? —preguntó Traz Onmale con voz escéptica.

—Los hombres, naturalmente. Los hombres de la Tierra.

Traz Onmale agitó dubitativo la cabeza.

—¿Cómo puede haber hombres tan lejos de Tschai? Reith lanzó una risotada de amarga diversión.

—Yo mismo me he estado haciendo la misma pregunta: ¿cómo pudieron llegar los hombres a Tschai?

—El origen de los hombres es bien conocido —dijo Traz Onmale con voz fría—. Se nos enseña tan pronto como aprendemos a hablar. ¿Tú no has recibido la misma instrucción?

—En la Tierra creemos que los hombres evolucionaron de un proto-homínido, que a su vez derivaba de un mamífero más antiguo; y así hacia atrás, hasta las primeras células.

Traz Onmale miró furtivamente a las mujeres que trabajaban cerca de allí. Les hizo una brusca seña.

—Marchaos, estarnos hablando de asuntos de hombres. Las mujeres se alejaron haciendo chasquear sus lenguas, y Traz Onmale contempló disgustado su marcha.

—La locura va a extenderse por todo el campamento. Los magos se sentirán irritados. Tengo que explicarte el auténtico origen de los hombres. Has visto las lunas. La luna rosa es Az, morada de los bendecidos. La luna azul es Braz, un lugar de tormento, donde es enviada la gente malvada y *kruthsh'geir** después de su

* Palabra intraducible; aproximadamente: un hombre que ha desafiado y profanado su emblema, y en consecuencia ha pervertido su destino.

muerte. Hace mucho tiempo las lunas chocaron; miles de personas fueron arrojadas de ellas y cayeron sobre Tschai. Ahora todos deseamos regresar a Az, buenos y malos a la vez. Pero los Juzgadores, que derivan su sabiduría de los globos que llevan, separan a los hombres buenos de los malos y los envían a sus destinos apropiados.

—Interesante —dijo Reith—. ¿Qué hay de los Chasch y los Dirdir?

—No son hombres. Llegaron a Tschai desde más allá de las estrellas, del mismo modo que los Wankh; los Hombres-Chasch y los Hombres-Dirdir son híbridos impuros. Los Pnume y los Phung fueron vomitados por las grutas septentrionales. Los matamos a todos con celo. —Miró a Reith de soslayo, las cejas severamente fruncidas—. Si tú procedes de un mundo distinto a Tschai, entonces no puedes ser un hombre, y debo ordenar que te maten.

—Eso parece más bien un poco fuerte —dijo Reith—. Después de todo, yo no os he hecho ningún daño.

Traz Onmale hizo un gesto para indicar que el argumento carecía de importancia.

—Me reservo mi juicio hasta más tarde. Reith se dedicó a ejercitar sus envarados miembros y a estudiar diligentemente el idioma. Los Kruthe, supo, no tenían un habitat fijo, sino que vagaban por la enorme estepa de Aman, que se extendía por todo el sur del continente conocido como Kotan. No sabían mucho de las condiciones existentes en otros lugares de Tschai. Había otros continentes: Kislovan al sur; Charchan, Kachan y Rakh al otro lado del mundo. Otras tribus nómadas merodeaban por la estepa; en los pantanos y bosques al sur vivían ogros y caníbales, con una enorme variedad de poderes sobrenaturales. Los Chasch Azules estaban establecidos en el extremo oeste de Kotan; los Dirdir, que preferían un clima frío, vivían en Haulk, una península que se extendía al sur y al oeste de Kislovan, y en la costa nordeste de Charchan.

Otra raza alienígena, los Wankh, se había establecido también en Tschai, pero los Hombres Emblema sabían muy poco de ella. Nativa de Tschai había una extraña raza conocida como los Pnume, así como sus locos parientes, los Phung, respecto a los cuales los Kruthe se mostraban reacios a hablar, bajando sus voces y mirando por encima de sus hombros cuando lo hacían.

Pasó el tiempo; días de extraños acontecimientos, noches de desesperación y añoranza de la Tierra. Los huesos de Reith empezaron a soldarse de nuevo, y nadie le impidió que explorara el campamento.

Se habían erigido como unas cincuenta chozas en la ladera de la colina al abrigo del viento, con los techos tocándose unos a otros de modo que desde el aire el conjunto pareciera un accidente más del terreno. Más allá de las chozas había un conjunto de enormes carretas a motor, camufladas bajo lonas enceradas. Reith se sintió sorprendido por el tamaño de los vehículos, y los hubiera examinado más de cerca de no ser por el grupo de cetrinos chiquillos que le seguían a todas partes, atentos a sus menores movimientos. Captaban intuitivamente su cualidad de extranjero y se sentían fascinados por ella. Los guerreros, en cambio, lo ignoraban; un hombre sin emblema era poco más que un fantasma.

En el extremo más alejado del campamento Reith descubrió una enorme máquina montada sobre una carreta: una catapulta gigante con un brazo de casi veinte metros de largo. ¿Una máquina de asedio? En un lado había pintado un disco rosa, en el otro un disco azul: referencia, supuso, a las lunas Az y Braz.

Pasaron los días, las semanas, un mes. Reith no podía comprender la inactividad de la tribu. Eran nómadas; ¿por qué permanecían tanto tiempo en este campamento en particular? Cada día partían los cuatro exploradores, mientras sobre sus cabezas derivaba la cometa negra, alzándose y descendiendo en el aire mientras las piernas de su pequeño jinete colgaban y se agitaban como las de un muñeco. Los guerreros estaban claramente nerviosos, y ocupaban su tiempo practicando el uso de las armas. Ésas eran de tres tipos: un largo y flexible espadín con un filo cortante y un extremo punzante, como la cola de una raya; una catapulta de mano, que utilizaba la energía de cables elásticos para lanzar cortas flechas empenachadas; un escudo triangular, de unos treinta centímetros de largo y veinte de ancho en la base, con

agudos ángulos y bordes afilados como una navaja, que servía adicionalmente como arma para golpear y cortar.

Reith fue atendido primero por la niña de ocho años, luego por una pequeña y encorvada vieja con un rostro como una pasa, luego por una muchacha que, de no ser por su eterno aire triste, hubiera parecido atractiva. Tendría quizá dieciocho años, sus rasgos eran regulares, y su pelo rubio estaba normalmente lleno de paja y briznas de hierba. Iba siempre descalza, y llevaba tan sólo una especie de túnica de burda tela tejida a mano.

Un día, mientras Reith estaba sentado en un banco, la muchacha pasó junto a él. Reith la sujetó por la cintura y la hizo sentarse sobre sus rodillas. Olía a retama y a helecho y a musgo de las estepas, y había también un ligero olor ácido a lana. La muchacha preguntó, con una voz ronca y alarmada:

—¿Qué es lo que quieres de mí? —E intentó levantarse, aunque sin demasiado entusiasmo.

Reith encontró reconfortante su cálido peso.

—Para empezar, quitarte todo esto que llevas en el pelo... no te muevas. —Ella se relajó, mirando a Reith un poco de soslayo: desconcertada, inquieta, sumisa. Reith peinó sus cabellos, primero con sus dedos, luego con un trozo de madera. La muchacha permanecía sentada, quieta.

—Ya está —dijo finalmente Reith—. Ahora tienes mejor aspecto.

La muchacha seguía sentada, como sumida en un sueño. Finalmente se agitó, se puso en pie.

—Tengo que irme —dijo con voz apresurada—. Alguien puede ver. —Pero dudó. Reith fue a atraerla de nuevo hacia sus rodillas, pero dominó su impulso y dejó que se marchara.

Al día siguiente la muchacha pasó de nuevo ante él, y esta vez su pelo estaba peinado y limpio. Se detuvo para mirar por encima de su hombro, y Reith pudo recordar la misma mirada, la misma actitud, en un centenar de ocasiones en la Tierra, y el pensamiento le hizo sentirse enfermo de melancolía. En su hogar, la muchacha hubiera sido calificada como hermosa; aquí en la estepa de Aman, apenas se era consciente de tales asuntos... Tendió su mano; la muchacha se le acercó, como atraída contra su voluntad, lo cual era indudablemente el caso, puesto que sabía las costumbres de su tribu. Reith puso las manos sobre sus hombros, luego en torno a su cintura, y la besó. Ella pareció desconcertada. Sonriendo, Reith preguntó:

—¿Nadie te había hecho esto antes?

—No. Pero es agradable. Hazlo de nuevo.

Reith lanzó un profundo suspiro. Bien... ¿por qué no? Oyó un ruido de pasos a sus espaldas: un golpe lo lanzó de bruces contra el suelo, seguido por una retahíla de palabras demasiado rápidas como para que pudiera entenderlas. Un pie calzado con una bota se clavó en sus costillas, enviando oleadas de dolor a través de su semicurado hombro.

El hombre avanzó hacia la atemorizada muchacha, que permanecía de pie con los puños apretados contra su boca. La golpeó, la pateó, la empujó por todo el campamento, maldiciendo y barbotando insultos:

—...obscenas intimidaciones con un esclavo extranjero; ¿es ésa la forma en que velas por la pureza de la raza?

—¿Esclavo? —Reith se levantó del suelo del cobertizo. La palabra resonó en su mente. ¿Esclavo?

La muchacha echó a correr, ocultándose bajo uno de los enormes carros. Traz Onmale apareció para averiguar a qué era debida toda aquella conmoción. El guerrero, un fornido hombre de aproximadamente la misma edad que Reith, señaló a éste con un tembloroso dedo.

—¡Es una maldición, un mal presagio! ¿Acaso no fue predicho todo eso? ¡Es intolerable que se pavonee entre nuestras mujeres! ¡Tiene que ser muerto, o castrado!

Traz Onmale miró dubitativo a Reith.

—No parece que haya hecho mucho daño.

—¡No lo parece, por supuesto! ¡Pero solamente porque dio la casualidad de que yo pasaba por aquí! Con tanta energía para el ardor, ¿por qué no lo ponemos a trabajar? ¿Debemos llenar su barriga mientras él se sienta cómodamente sobre almohadones? ¡Castrémoslo y enviémoslo a trabajar con las mujeres!

Traz Onmale asintió reluctante, y Reith, con una punzada en el corazón, pensó en su unidad de supervivencia colgando del árbol, con sus medicamentos, su transcom, su sondascopio, su célula de energía y, muy especialmente, sus armas. Para él, en estos momentos, era como si todo aquello se hubiera quedado a bordo de la *Explorador IV*.

Traz Onmale hizo llamar a la matarife.

—Trae un cuchillo afilado. El esclavo tiene que ser apaciguado.

—¡Espera! —jadeó Reith—. ¿Es ésta la forma de tratar a un extranjero? ¿Acaso no tenéis tradiciones de hospitalidad?

—No —dijo Traz Onmale—. No las tenemos. Somos los Kruthe, animados por la fuerza de nuestros Emblemas.

—Este hombre me golpeó —protestó Reith—. ¿Acaso es un cobarde? ¿Luchará conmigo? ¿Qué ocurrirá si tomo su emblema? ¿No me ganará su lugar en la tribu?

—El emblema en sí es el lugar —admitió Traz Onmale—. Este hombre Osom es el vehículo para el emblema Vaduz. Sin el Vaduz no sería mejor que tú. Pero si el Vaduz está contento con Osom, como debe ser, nunca podrás arrebatárselo.

—Puedo intentarlo.

—Es concebible. Pero has llegado demasiado tarde; aquí está la matarife. Cooperá, por favor: desvístete.

Reith dirigió una horrorizada mirada a la mujer, cuyos hombros eran más amplios que los suyos y varios centímetros más gruesos, y que avanzaba hacia él con una sonrisa de oreja a oreja.

—Aún hay tiempo —murmuró Reith—. Mucho tiempo. —Se volvió hacia Osom Vaduz, que desenvainó su espadín con un agudo chillar de acero contra duro cuero. Pero Reith se había aproximado ya a él, dentro de los dos metros de alcance de la hoja. Osom Vaduz intentó recular; Reith atrapó su brazo, que era tan duro como el acero; en su condición actual, Osom Vaduz era con mucho el más fuerte de los dos. Dió a su brazo un poderoso tirón para arrojar a Reith al suelo. Reith siguió el movimiento al tiempo que giraba sobre sí mismo, haciendo perder el equilibrio a su contrincante. Empujó con el hombro, y Osom Vaduz pivotó por encima de su cadera y se estrelló contra el suelo. Reith le lanzó una patada a la cabeza y clavó su talón en la garganta del hombre, aplastando su laringe. Mientras Osom Vaduz se contorsionaba en su agonía, el sombrero cayó de su cabeza; Reith fue a recogerlo, pero el Mago Jefe se lo arrebató.

Con voz potente, Reith reclamó a Traz Onmale: .

—He luchado por el emblema. Es mío.

—¡De ninguna de las maneras! —exclamó apasionadamente el mago—. Esta no es nuestra ley. ¡Tú eres un esclavo, y un esclavo seguirás siendo!

—¿Debo matarte a ti también? —preguntó Reith, avanzando ominosamente unos pasos.

—¡Ya basta! —exclamó perentoriamente Onmale—. Ya ha habido suficientes muertes. ¡No más!

—¿Qué hay del emblema? —preguntó Reith—. ¿No estás de acuerdo en que es mío?

—Debo pensarlo —declaró el joven—. Mientras tanto, ya basta de esto. Mujer matarife, llévate el cuerpo a la pira. ¿Dónde están los Juzgadores? Que vengan y juzguen a ese Osom que llevaba el Vaduz. ¡Emblemas, preparad la máquina!

Reith se retiró a un lado. Unos minutos más tarde se acercó a Traz Onmale.

—Si lo deseas, abandonaré la tribu y me marcharé solo.

—Conocerás mis deseos cuando sean formulados —declaró el joven, con la absoluta decisión que le confería el Onmale—. Recuerda, tú eres mi esclavo; yo ordené que se detuvieran las hojas que iban a matarte. Si intentas escapar, serás rastreado, capturado y azotado. Mientras tanto, ve a recoger forraje.

Reith tuvo la impresión de que Traz Onmale se esforzaba en dar una apariencia de severidad, quizá para desviar la atención —tanto la suya como la de los demás— de la desagradable orden que había dado a la matarife y que él, por implicación, había rescindido.

Durante todo un día el desmembrado cuerpo de Osom, que había llevado el emblema Vaduz, se consumió dentro de un horno metálico especial, y el viento esparció un horrible hedor por todo el campamento. Los guerreros descubrieron la monstruosa catapulta, pusieron en marcha el motor y la trasladaron al centro del campamento.

El sol se hundió tras un banco de purpúreas nubes gráficas; el crepúsculo era una áspera mezcla de marrones y carmesíes. El cadáver de Osom había sido consumido; el fuego estaba reducido a cenizas. Con toda la tribu acucillada en murmurantes hileras, el Mago Jefe meció las cenizas con sangre de animales para formar una especie de torta, que fue metida en una caja y colocada al extremo del largo brazo.

Los magos miraron hacia el este, donde ahora se alzaba Az la luna rosa, casi llena. El Mago Jefe la invocó con resonante voz:

—¡Az! ¡Los Juzgadores han juzgado a un hombre y lo han encontrado bueno! Es Osom; llevaba el Vaduz. ¡Prepárate, Az! ¡Te enviamos a Osom!

Los guerreros en la catapulta accionaron una palanca. El gran brazo giró en el cielo, apuntando; los cables elásticos se tensaron. La caja con las cenizas de Osom fue depositada en el canal; el brazo fue apuntado a Az. La tribu emitió un canturreo, que ascendió hasta convertirse en un lamento gutural. El mago exclamó:

—¡Enviadlo a Az!

La catapulta emitió un intenso *itunggg-vack!* La caja partió demasiado rápida como para ser vista. Un momento más tarde, muy arriba en el cielo, apareció un estallido de fuego blanco; y los espectadores lanzaron un grito de exaltación.

Durante otra media hora los miembros de la tribu permanecieron contemplando Az. ¿Envidiaban a Osom, se preguntó Reith, que presumiblemente estaba ahora gozando en el palacio de Vaduz en Az? Observó las oscuras formas de los reunidos, retardando el momento de ir a su camastro, hasta que, con una lúgubre sonrisa, se dio cuenta de que en realidad estaba intentando localizar a la muchacha que había ocasionado todo aquel asunto.

Al día siguiente Reith fue enviado a recoger forraje, un tipo de hojas de aspecto recio rematadas por una gota cerosa de color rojo oscuro. Lejos de odiar el trabajo, Reith se sintió contento de poder escapar de la monotonía del campamento.

Las onduladas colinas se extendían hasta tan lejos como el ojo podía alcanzar, picos alternos ámbar y negro bajo el ventoso cielo de Tschai. Reith miró al sur, a la negra línea del bosque, donde su asiento eyector colgaba aún del árbol, o al menos eso esperaba. Dentro de poco le pediría a Traz Onmale que lo condujera al lugar... Alguien estaba observándole. Se volvió en redondo, pero no vio nada.

Cautelosamente, observando con el rabillo del ojo, se puso a trabajar, recogiendo hojas, llenando los dos cestos que llevaba a los extremos de una pértiga para apoyar sobre los hombros. Empezó a descender hacia una hondonada, donde crecían unos matorrales bajos con hojas parecidas a llamas rojas y azules. Vio el atisbo de una blusa gris. Era la muchacha, fingiendo no verle. Reith descendió para encontrarse con ella, y se detuvieron frente a frente, ella medio sonriente, medio temerosa, retorciendo torpemente los dedos de sus manos.

Reith avanzó, se detuvo ante ella, y tomó delicadamente sus manos.

—Si nos vemos, si somos amigos, tendremos problemas.

La muchacha asintió.

—Lo sé... ¿Es cierto que procedes de otro mundo?

—Sí.

—¿Y cómo es?

—Es difícil describirlo.

—Los magos son estúpidos, ¿verdad? La gente muerta no va a Az.

—A mí también me resulta difícil creerlo. Ella se le acercó más.

—Hazlo de nuevo.

Reith la besó. Luego la tomó por los hombros y la hizo retroceder unos pasos.

—No podemos amarnos. Tú serías desgraciada, te pegarían de nuevo...

Ella se alzó de hombros.

—No me importa. Desearía poder ir contigo de vuelta a la Tierra.

—A mí también me gustaría que pudiéramos —dijo Reith.

—Hazlo de nuevo —suplicó la muchacha—. Sólo otra vez... —De pronto jadeó, mirando por encima del hombro de Reith. Éste se dio la vuelta, captando el asomo de un movimiento. Hubo un silbido, un golpe, un impresionante jadeo de dolor. La muchacha cayó de rodillas, se derrumbó hacia un lado, aferrando la emplumada flecha enterrada en su pecho. Reith lanzó un ronco grito, miró alocado hacia uno y otro lado.

La línea del horizonte era limpia; no se veía a nadie. Reith se inclinó sobre la muchacha. Los labios de ella se agitaron, pero no pudo oír sus palabras. Lanzó un suspiro, y su cuerpo se relajó.

Reith permaneció inmóvil contemplando el cuerpo, sintiendo que la rabia anulaba todos los pensamientos racionales en su mente. La tomó en sus brazos, la alzó — pesaba menos de lo que esperaba—, y la llevó de vuelta al campamento, aturdido y tambaleante. Fue directo a la choza de Traz Onmale.

El joven permanecía sentado en un taburete, sujetando un espadín, cuya fina y larga hoja curvaba sombríamente a uno y otro lado. Reith depositó el cuerpo de la muchacha en el suelo tan suavemente como fue capaz. Traz Onmale miró el cadáver, luego a Reith, con ojos de pedernal. Reith dijo:

—Me encontré con la muchacha mientras recogía forraje. Estábamos hablando... y la flecha la alcanzó. Fue un asesinato. Puede que la flecha estuviera destinada a mí. Traz Onmale miró la flecha, tocó las plumas. Algunos guerreros estaban empezando a reunirse a su alrededor. Traz Onmale fue mirando todos los rostros.

—¿Dónde está Jad Piluna?

Hubo murmullos, una voz ronca, avisos. Jad Piluna se aproximó. Reith lo había visto en anteriores ocasiones: un hombre osado y astuto, con un rostro encendido y una curiosa boca en forma de V que le daba, quizá involuntariamente, un constante aire de insolencia. No cabía duda: era el asesino.

Traz Onmale tendió su mano.

—Muéstrame tu catapulta.

Jad Piluna se la lanzó, un gesto casualmente irrespetuoso, y Traz Onmale le dirigió una furiosa mirada. Estudió la catapulta, comprobó la uña disparadora y la película de grasa que normalmente aplicaban los guerreros después de utilizar sus armas. Dijo:

—La grasa tiene señales; hoy has disparado esta catapulta. La flecha —señaló el cuerpo de la muchacha— tiene las tres franjas negras del Piluna. Tú la mataste.

Jad Piluna crispó la boca, la V se hizo más ancha y de trazo más fino.

—Mi intención era matar al hombre. Es un esclavo y un hereje. Ella no era mejor.

—¿Quién eres tú para decidir? ¿Acaso llevas el Onmale?

—No. Pero mantengo que fue un accidente. No es un crimen matar a un hereje.

El Mago Jefe avanzó unos pasos.

—El asunto de herejía intencionada es crucial. Esta persona —señaló a Reith— es claramente un híbrido; supongo que un Hombre-Dirdir y un Pnumekin. Por razones desconocidas se ha unido a los Hombres Emblema y ahora difunde la herejía. ¿Cree que somos tan estúpidos como para no darnos cuenta? ¡Está muy equivocado! Sobornó a la muchacha; la condujo al mal camino; la convirtió en algo sin valor. Así pues, cuando...

Traz Onmale, desplegando de nuevo una decisión sorprendente en un muchacho tan joven, lo interrumpió con brusquedad.

—Ya basta. Estás diciendo tonterías. El Piluna es conocido como un emblema de oscuras acciones. Jad, el portador, tiene que rendir cuentas, y el Piluna debe ser refrenado.

—Proclamo mi inocencia —dijo Jad Piluna, indiferente—. Me someto a la justicia de

las lunas. Traz Onmale frunció los ojos, colérico.

—No importa la justicia de las lunas. Yo haré justicia. Jad Piluna lo miró sin mostrar preocupación.

—Al Onmale no le está permitido luchar. Traz Onmale miró hacia el grupo.

—¿No hay aquí ningún noble emblema que dome al asesino Piluna?

Ninguno de los guerreros respondió. Jad Piluna asintió con satisfacción.

—Los emblemas permanecen al margen. Tu llamada no ha tenido efecto. Pero has calumniado a Piluna; has empleado la palabra «asesino». Exijo la reivindicación de las lunas.

Con voz controlada, Traz Onmale dijo:

—Traed el disco.

El Mago Jefe partió, y regresó con una caja tallada en un único y enorme hueso. Se volvió hacia Jad Piluna.

—¿A qué luna apelas en busca de justicia?

—Pido reivindicación a Az, la luna de la virtud y de la paz. Pido que Az demuestre mi derecho.

—Muy bien —dijo Traz Onmale—. Insto a Braz, la luna del Infierno, a que te reclame para sí.

El Mago Jefe rebuscó en la caja, extrajo un disco, rosa por un lado, azul por el otro.

—¡Apartaos, todos! —Lanzó el disco al aire. Giró, volteó, pareció flotar y deslizarse, y aterrizó con el lado rosa arriba.

—¡Az, luna de la virtud, ha decidido inocencia! —proclamó el mago—. Braz no ha visto causa para intervenir.

Reith lanzó un gruñido de hosca burla. Se volvió hacia Traz Onmale.

—Apelo al juicio de las lunas.

—¿Juicio acerca de qué? —preguntó el Mago Jefe—. ¡Por supuesto no tu herejía! ¡Eso es demostrable!

—Pido que la luna Az me conceda el emblema Vaduz, a fin de que yo pueda castigar al asesino Jad.

Traz Onmale lanzó a Reith una sorprendida mirada.

—Imposible —exclamó indignado el Mago Jefe—; ¿cómo puede un esclavo llevar un emblema?

Traz Onmale bajó la vista hacia el patético cuerpo de la muchacha, e hizo un seco gesto al mago.

—Lo libero de su esclavitud. Lanza el disco a las lunas.

El Jefe Mago se inmovilizó, curiosamente envarado y reluctante.

—¿Es eso juicioso? El emblema Vaduz...

—...está muy lejos de ser el más noble de los emblemas. Lanza.

El mago miró a Jad Piluna, como pidiendo su opinión.

—Lanza —dijo Jad Piluna—. Si las lunas le conceden el emblema, será para que yo pueda cortarlo a pedazos. Siempre he despreciado los rasgos de Vaduz.

El mago dudó, estudiando primero la alta y musculosa figura de Jad Piluna, luego a Reith, igualmente alto pero más delgado y menos robusto, y aún no en posesión de todo su vigor.

El Mago Jefe, hombre cauteloso, pensó en contemporizar.

—El disco está descargado de su fuerza; no podemos obtener de él más juicios.

—Tonterías —dijo Reith—. El disco está controlado, o al menos eso es lo que tú dices, por la fuerza de las lunas. ¿Cómo puede estar descargado el disco? ¡Lánzalo!

—¡Lanza el disco! —ordenó Traz Onmale.

—Entonces debes elegir Braz, puesto que eres malvado y hereje.

—He apelado a Az, que puede rechazarme si así lo quiere.

El mago se alzó de hombros.

—Como deseas. Usaré un nuevo disco.

—¡No! —exclamó Reith—. El mismo disco. Traz Onmale se irguió en su asiento y se inclinó hacia delante, sintiendo despertada nuevamente su atención.

—Utiliza el mismo disco. ¡Lanza!

Con un gesto furioso, el Mago Jefe recogió el disco y lo lanzó alto y girante en el

aire. Como antes, osciló, pareció flotar, planeó, y cayó con la cara rosa arriba.
—¡Az señala su favor al extranjero! —declaró Traz Onmale—. ¡Traed el emblema Vaduz!

El Mago Jefe fue a su choza y regresó con él. Traz Onmale se lo tendió a Reith.

—Ahora llevas el Vaduz: eres un Hombre Emblema. ¿Desafías a Jad Piluna?

—Lo desafío.

Traz Onmale se volvió a Jad Piluna.

—¿Estás preparado para defender tu emblema?

—Ahora mismo. —Jad Piluna extrajo con un gesto rápido su espadín, e hizo un floreo por encima de su cabeza.

—Una espada y un escudo para el nuevo Vaduz —dijo Traz Onmale.

Reith tomó el espadín que se le tendía. Lo sopesó, hizo silbar la hoja hacia uno y otro lado. Nunca había manejado una espada tan flexible, y había manejado muchas, puesto que la esgrima era un elemento más de su entrenamiento. Un arma sorprendente en ciertos aspectos, inútil para la lucha a corta distancia. Los guerreros que luchaban con ella lo hacían manteniendo la distancia de su oponente, agitando la espada, cortando, pinchando, alzando y bajando la hoja, pero utilizando relativamente poco los pies. La afilado escudo triangular para el brazo izquierdo también era extraño. Agitó la hoja hacia delante y hacia atrás, observando con el rabillo del ojo a Jad Piluna, que permanecía indolentemente a un lado.

Intentar luchar con el hombre a su propio estilo equivalía a un suicidio, pensó Reith.

—¡Atención! —exclamó Traz Onmale—. Vaduz desafía a Piluna. Cuarenta y uno de tales encuentros se han producido ya anteriormente. Piluna ha humillado a Vaduz en treinta y cuatro ocasiones. Ahora vuelve a producirse la confrontación. Emblemas, saludaos.

Jad Piluna saltó inmediatamente; Reith paró sin ninguna dificultad, y lanzó un tajo con su propia hoja: un golpe que Jad Piluna desvió con su cuchillo-escudo. Mientras hacía esto Reith saltó hacia delante y golpeó con la punta de su escudo, alcanzando en el pecho a Jad Piluna: una herida insignificante, pero suficiente para destruir la confianza de Piluna. Con los ojos desorbitados por la ira, el rojo de su rostro casi febril, Jad retrocedió de un salto, luego se lanzó a un furioso ataque, abrumando a Reith con su superior fuerza y habilidad técnica. Reith se vio obligado a limitarse a la defensa, evitando ser alcanzado por la rápida hoja, sin pensar en un contraataque. Su hombro le lanzó un ominoso aviso y empezó a arder; jadeaba falto de aliento. La hoja contraria trazó un surco en su muslo, luego en su bíceps izquierdo; más confiado, exultante. Jad Piluna presionó en su ataque, esperando que Reith cayera de espaldas y entonces hacerlo pedazos. Pero Reith se lanzó hacia delante, apartó con un golpe de su escudo la hoja contraria, lanzó un tajo contra la cabeza de Jad Piluna, y le torció el sombrero, estando a punto de arrebatárselo. Jad Piluna retrocedió unos pasos para volver a colocarlo bien, pero Reith saltó de nuevo hacia delante, dentro de una confortable distancia de lucha con el espadín. Golpeó con el escudo, apuntó de nuevo al sombrero de Jad Piluna, se lo arrebató de la cabeza, y con él el emblema Piluna. Reith dejó caer el escudo y recogió el sombrero. Jad, despojado de su Piluna, retrocedió desconcertado, su rostro enmarcado por rizos castaños. Saltó; Reith lanzó el sombrero, atrapando el espadín contrario con las partes laterales del ala que cubrían las orejas.

Se lanzó a fondo con su propio espadín, traspasando el hombro de Jad.

Jad liberó frenéticamente su espadín, retrocedió un paso más, ansioso por obtener más espacio, pero Reith, jadeando y sudando, siguió presionando.

—Te he arrebatado el emblema Piluna, que te ha rechazado con disgusto. Tú, el asesino, vas a morir.

Jad lanzó un grito inarticulado y se lanzó de nuevo al ataque. Reith agitó otra vez el sombrero para atrapar el espadín en las alas. Se lanzó a fondo y ensartó a Jad, el hasta entonces portador del Piluna, en el abdomen. Jad golpeó hacia abajo con su escudo, haciendo soltar a Reith el espadín. Por un grotesco momento permaneció mirando a Reith con horror y acusación, la hoja asomando de su cuerpo. Se la

arrancó, la echó a un lado, avanzó hacia Reith, que se inclinó para recoger el escudo que había tirado antes al suelo. Mientras Jad cargaba, Reith recuperó el escudo y lo lanzó contra su rostro. La punta del arma protectora golpeó la boca de Jad y se clavó, como una fantástica lengua de metal. Las rodillas de Jad cedieron; se derrumbó al suelo, agitando y retorciendo los dedos de sus manos.

Reith, jadeando intensamente, dejó caer el sombrero con el emblema Piluna en el polvo y se apoyó en el poste sustentador de una de las chozas.

No se oía el menor sonido en todo el campamento.

Finalmente, Traz Onmale dijo:

—Vaduz ha vencido a Piluna. El emblema recupera su lustre. ¿Dónde están los Juzgadores? Que vengan a juzgar a Jad Piluna.

Los tres magos avanzaron, mirando primero intensamente al reciente cadáver, luego a Traz Onmale, y al fin, de soslayo, a Reith.

—Juzgad —ordenó Traz Onmale con su dura voz de viejo—. ¡Y aseguraos de que juzgáis correctamente!

Los magos consultaron en voz baja entre sí; luego el Mago Jefe tomó la palabra:

—El juicio es difícil. Jad vivió una vida de héroe. Sirvió al Piluna con distinción.

—Mató a una muchacha.

—Por una buena causa: ¡Estaba manchada por la herejía, por el comercio de su cuerpo con un híbrido impuro! ¿Qué otro hombre religioso no hubiera hecho lo mismo?

—Actuó más allá de su competencia. Os invito a que lo juzguéis malvado. Ponedlo en la pira. Cuando aparezca Braz, arrojad las cenizas del malvado al infierno.

—Así sea —murmuró el Mago Jefe.

Traz Onmale entró en su choza.

Reith se quedó solo en medio del campamento. Los guerreros hablaban intranquilos en pequeños grupos, mirando con desagrado hacia él. Era última hora de la tarde; un banco de pesadas nubes oscureció el sol. Hubo el relampagueo de purpúreos rayos, el ronco retumbar de los truenos. Las mujeres corrieron apresuradamente aquí y allá, cubriendo los montones de forraje y las vasijas de cereales. Los guerreros se apresuraron a tensar las cuerdas que sujetaban las lonas encima de los grandes carromatos.

Reith bajó la vista al cuerpo de la muchacha, que nadie parecía interesado en retirar. Permitir que el cadáver yaciera toda la noche allí fuera en medio de la lluvia y el viento era impensable. La pira estaba ya prendida, lista para recibir el cuerpo de Jad. Reith alzó el cuerpo de la muchacha, lo llevó hasta la pira e, ignorando las quejas de las viejas mujeres que atendían al fuego, introdujo el cuerpo en el horno con tanta gracia y compostura como le fue posible.

Con las primeras gotas de lluvia, Reith se dirigió al cobertizo de almacenamiento que había sido dejado para su uso.

Fuera, la lluvia se había convertido en un auténtico diluvio. Empapadas mujeres erigieron un tosco refugio sobre la pira y siguieron alimentando las llamas con madera.

Alguien penetró en el cobertizo. Reith retrocedió a las sombras, luego la luz del fuego brilló en el rostro de Traz Onmale. Parecía sombrío, deprimido.

—Reith Vaduz, ¿dónde estás?

Reith avanzó. Traz Onmale le miró, agitó lúgubrementemente la cabeza.

—Desde que llegaste a la tribu, todo ha ido mal. Discusiones, iras, muertes. Los exploradores regresan solamente con noticias de una estepa vacía. Piluna ha resultado manchado. Los magos discuten contra Onmale. ¿Quién eres, para traernos tales maldiciones?

—Soy lo que te he dicho que soy —respondió Reith—: un hombre de la Tierra.

—Herejía —dijo Traz Onmale, sin calor—. Los Hombres Emblema son la lluvia caída de Az. Eso al menos es lo que dicen los magos.

Reith meditó unos instantes, luego dijo:

—Cuando las ideas se hallan en contradicción, como aquí, normalmente las ideas más poderosas son las que vencen. A veces esto es malo, a veces bueno. La

sociedad de los Emblemas me parece mala para mí. Un cambio sería para mejor. Sois gobernados por sacerdotes que...

—No —dijo con decisión el joven—. Onmale gobierna la tribu. Yo llevo ese emblema; habla a través de mi boca.

—Hasta cierto punto. Los sacerdotes son lo bastante listos como para hacer que las cosas vayan a su manera.

—¿Qué es lo que pretendes? ¿Deseas destruirnos?

—Por supuesto que no. No deseo destruir a nadie... a menos que resulte necesario para mi propia supervivencia. El joven dejó escapar un profundo suspiro.

—Me siento confuso. Estás equivocado... o los que están equivocados son los magos.

—Los magos son los que están equivocados. La historia humana en la Tierra posee un pasado de diez mil años.

Traz Onmale se echó a reír.

—En una ocasión, antes de que yo llevara el Onmale, la tribu penetró en las ruinas de la antigua Carcegas y allí capturó a un Pnumekin. Los magos lo torturaron para conseguir sus conocimientos, pero habló solamente para maldecir cada minuto de los cincuenta y dos mil años que los hombres llevaban viviendo en Tschai... Cincuenta y dos mil años contra tus diez mil. Todo es muy extraño.

—Muy extraño, realmente.

Traz Onmale se puso en pie, alzó la vista hacia el cielo, donde el viento nocturno arrastraba las nubes como si fueran un rebaño.

—He estado observando las lunas —dijo con un hilo de voz—. Los magos también las observan. Los portentos son desfavorables; creo que está a punto de producirse una conjunción. Si Az cubre a Braz, todo irá bien. Pero si es Braz quien cubre a Az, entonces alguien nuevo llevará el Onmale.

—¿Y tú?

—Debo actuar de acuerdo con la sabiduría del Onmale, y dejar que las cosas se produzcan como deben producirse. —Y Traz Onmale abandonó el cobertizo.

La tormenta rugió por toda la estepa: una noche, un día, una segunda noche. Por la mañana del segundo día, el sol se alzó en un límpido y ventoso cielo. Los exploradores salieron como de costumbre, para regresar excitados al mediodía. Hubo una explosión instantánea de actividad. Las lonas fueron dobladas, las chozas desmontadas y empaquetadas en fardos. Las mujeres cargaron los carros; los guerreros frotaron sus caballos saltadores con aceite, los ensillaron, aseguraron las riendas en sus sensitivos palpos frontales. Reith se acercó a Traz Onmale.

—¿Qué ocurre?

—Ha sido avistada por fin una caravana procedente del este. Vamos a atacarla a lo largo del río Ioba. Como Vaduz, tienes que cabalgar con nosotros y compartir el botín.

Ordenó que le fuera entregado un caballo saltador; Reith montó excitado el hediondo animal. Saltó ante el peso no familiar, agitando el muñón que era su cola. Reith tiró de las riendas; el caballo saltador se tensó y partió al galope hacia la estepa, mientras Reith se aferraba desesperadamente para no ser arrojado. Desde atrás le llegó un rugir de risas: era la burla de los expertos ante las tribulaciones de un pie tierno.

Reith consiguió finalmente controlar el caballo saltador y hacerlo regresar. Unos minutos más tarde el grupo partía hacia el nordeste, con los negros animales de largo cuello saltando y espumeando, los guerreros inclinados hacia adelante en sus sillas, las rodillas dobladas hacia arriba, los sombreros de piel negra azotando los lados de sus cabezas; Reith no pudo impedir el sentir un arcaico estremecimiento participando en aquella salvaje cabalgada.

Durante una hora los Hombres Emblema recorrieron la estepa, inclinándose sobre el cuello de sus monturas cuando cabalgaban al descubierto. La ininterrumpida sucesión de colinas se hacía cada vez más llana; delante se abría una enorme extensión manchada de sombras y colores apagados. La tropa hizo un alto en una colina mientras los guerreros señalaban aquí y allá. Traz Onmale dio órdenes. Reith

acercó su montura y se tensó para escuchar.

—...el camino del sur hasta el vado. Aguardaremos en la Espesura del Tordo. Los Iланth se dirigirán primero al vado; enviarán exploradores a los bosques de Zad y de la Colina Blanca. Entonces atacaremos el centro y nos apoderaremos de los carromatos de los tesoros. ¿Está todo claro? ¡Entonces, adelante hacia la Espesura del Tordo!

Los Emblemas se lanzaron colina abajo, hacia una lejana líneas de altos árboles y un grupo de aislados riscos que dominaban el río Ioba. Se ocultaron al abrigo de un profundo bosque.

Pasó el tiempo. Empezó a sonar un débil retumbar a lo lejos, y la caravana apareció. A varios cientos de metros delante de ella cabalgaban tres espléndidos guerreros de piel amarilla, llevando negros cascos coronados por cráneos humanos desprovistos de su mandíbula inferior. Sus monturas eran similares a los caballos saltadores, pero más grandes y de apariencia más blanda; llevaban armas portátiles y cortas espadas, con rifles de cañón corto cruzados sobre sus piernas.

A partir de entonces, desde el punto de vista de los Emblemas, todo empezó a ir mal. Los Iланth no cruzaron el río, sino que aguardaron a la caravana mientras vigilaban. Los enormes carromatos a motor, con ruedas de casi dos metros, llegaron bamboleándose a la orilla del río, cargados hasta una altura sorprendente con fardos, cajas y en algunos casos jaulas en las que se apiñaban hombres y mujeres.

El jefe de la caravana era un hombre cauteloso. Antes de que los carromatos alcanzaran los riscos, estacionó los cañones montados sobre ruedas que los acompañaban para cubrir todas las posibles vías de aproximación, luego envió a los Iланth a explorar la orilla opuesta.

En la Espesura del Tordo, los guerreros Emblema maldijeron y echaron humo.

—¡Riquezas, riquezas! ¡Todo tipo de mercancías! ¡Sesenta carromatos de primera! Pero es un suicidio intentar un ataque.

—Cierto. ¡Los lanzaarena nos derribarían como pájaros!

—¿Para eso hemos estado aguardando tres tediosos meses en las colinas de Walgram? ¿Tan mala es nuestra suerte?

—Los presagios eran malos; la noche pasada miré a la bendita Az; la vi golpear contra las nubes: una clara advertencia.

—¡Nada funciona bien, todos nuestros intentos son un completo fracaso! Nos hallamos bajo la influencia de Braz.

—De Braz... o de la labor del brujo de pelo negro que mató a Jad Piluna.

—¡Cierto! ¡Y ha venido para hacer fracasar la incursión, cuando siempre hemos tenido éxito!

Y las hoscas miradas empezaron a volverse hacia Reith, que intentaba pasar desapercibido.

Los jefes guerreros conferenciaron.

—No podemos intentar nada; sembraríamos el campo de guerreros muertos y ahogaríamos nuestros Emblemas en el río Ioba.

—Bien, entonces... ¿debemos seguirles y atacar por la noche?

—No. Están demasiado bien custodiados. El jefe es Baojian; ¡no corre riesgos! ¡Que Braz se lleve su alma!

—Así pues... ¡tres meses perdidos para nada!

—Mejor para nada que para el desastre. Volvamos al campamento. Las mujeres lo tienen todo empaquetado, así que podemos irnos al este, a Meraghan.

—¡Al este, más indigentes que cuando fuimos al oeste! ¡Qué maldita suerte!

—¡Los presagios, los presagios! ¡Todos están contra nosotros!

—Volvamos al campamento; aquí no tenemos nada que hacer.

Los guerreros dieron media vuelta y, sin echar una mirada atrás, lanzaron al galope a sus caballos saltadores a través de la estepa.

A primera hora de la tarde, tristes y amargados, llegaron de vuelta al campamento. Las mujeres, que lo tenían todo empaquetado, fueron maldecidas por su negligencia. ¿Por qué las ollas no estaban hirviendo? ¿Por que no había preparadas jarras

de cerveza?

Las mujeres gruñeron y maldijeron a su vez, tan sólo para ser apaleadas. Entre todos, finalmente, descargaron de las carretas lo necesario para comer y beber.

Traz Onmale permanecía aparte y pensativo, mientras Reith era ostensiblemente ignorado. Los guerreros comieron copiosamente, sin dejar de gruñir, y luego, saciados y exhaustos, se tendieron al lado del fuego.

Az había salido ya, pero ahora la luna azul, Braz, surcaba el cielo en ángulo, dirigiéndose directamente hacia el curso de Az. Los magos fueron los primeros en observarlo, y se apresuraron a señalarlo con temerosa premonición.

Las lunas convergieron; parecía como si fueran a chocar. Los guerreros lanzaron guturales gritos de terror. Pero Braz pasó por delante del disco rosa, eclipsándolo completamente. El Mago Jefe lanzó un loco aullido al cielo:

—¡Que así sea! ¡Que así sea!

Traz Onmale se volvió y salió lentamente de las sombras. Reith estaba por casualidad allí.

—¿Qué es todo este tumulto? —preguntó.

—¿No lo has visto? Braz ha superado a Az. Mañana debo partir a Az para expiar nuestros errores. Sin duda tu también deberás ir. A Braz.

—¿Quieres decir por medio del fuego y la catapulta?

—Sí. Soy afortunado por haber llevado el Onmale durante todo el tiempo que lo he hecho. El portador que lo llevó antes que yo no tenía ni la mitad de mi edad cuando fue enviado a Az.

—¿Crees que ese ritual posee algún valor práctico? Traz Onmale dudó. Luego:

—Eso es lo que esperan; pedirán que me degollé en el fuego. Debo obedecer.

—Mejor que nos vayamos ahora —dijo Reith—. Dormirán como troncos. Cuando despierten estaremos muy lejos de aquí.

—¿Qué? ¿Nosotros dos? ¿Dónde iremos?

—No lo sé. ¿No hay por aquí ningún lugar donde la gente viva sin matarse?

—Quizá sí exista ese lugar. Pero no en la estepa de Aman.

—Si pudiéramos recuperar la lanzadera, y si dispusiera del tiempo necesario para repararla, podríamos abandonar Tschai y regresar a la Tierra.

—Imposible. Los Chasch se apoderaron de la nave. Está perdida para siempre para ti.

—Eso es lo que temo. De todos modos, será mejor que nos vayamos ahora antes de ser asesinados mañana.

Traz Onmale permanecía de pie, mirando fijamente a las lunas.

—Onmale me ordena que me quede. No puedo pervertir el Onmale. Nunca ha huido; siempre ha cumplido con su deber hasta la muerte.

—El deber no incluye el suicidio inútil —dijo Reith. Hizo un repentino movimiento, cogió el sombrero de Traz Onmale, arrancó el emblema. Traz emitió un quejido casi de dolor físico, luego miró fijamente a Reith.

—¿Qué haces? ¡Tocar el Onmale representa la muerte!

—Ya no eres Traz Onmale; ahora eres simplemente Traz.

El joven pareció encogerse, disminuir en estatura.

—Muy bien —dijo con voz marchita—. No me importa morir. —Miró al campamento a su alrededor—. Debemos irnos a pie. Si intentamos ensillar unos caballos saltadores, gritarán y harán rechinar sus cuernos. Espera aquí. Tomaré capas y un poco de comida. —Se alejó, dejando a Reith con el emblema del Onmale.

Lo miró a la luz de las lunas, y el emblema pareció devolverle la mirada, transmitiéndole órdenes imperativas. Reith cavó un agujero en el suelo, dejó caer el Onmale en él. Pareció estremecerse, lanzar un inaudible chillido de angustia; cubrió el resplandeciente emblema, sintiéndose atormentado y culpable, y cuando volvió a alzarse en pie sus manos temblaban y estaban húmedas, y el sudor descendía por su espalda.

Pasó el tiempo: ¿Una hora? ¿Dos horas? Reith fue incapaz de estimarlo. Desde su llegada a Tschai su sentido del tiempo se había vuelto errático.

Las lunas se deslizaron declinando en el cielo; la medianoche se acercó, pasó; los

sonidos nocturnos se apoderaron de la estepa: el débil aullido en tono alto de las jaurías nocturnas, un gran y ahogado eructo. En el campamento, los fuegos se convirtieron en brasas; el murmullo de las voces cesó.

El joven apareció silencioso detrás de él.

—Estoy listo. Aquí está tu capa y un paquete con comida.

Reith se dio cuenta de que hablaba con una nueva voz, menos segura de sí misma, menos brusca. Su sombrero negro parecía extrañamente desnudo. Miró a las manos de Reith y brevemente en torno al cobertizo, pero no hizo ninguna pregunta relativa al Onmale.

Se deslizaron hacia el norte, treparon la colina para proseguir por su cresta.

—Seremos más visibles para las jaurías nocturnas —murmuró Traz—, pero los merodeadores se mantienen en las sombras de los pantanos.

—Si podemos alcanzar el bosque, y el árbol donde espero que siga colgando aún mi arnés, estaremos considerablemente más seguros. Luego... —Hizo una pausa. El futuro era una extensión vacía.

Ganaron la cresta de la colina y se detuvieron un momento para descansar. Las altas lunas arrojaban una luz pálida sobre la estepa, llenando los huecos de oscuridad. Desde no muy lejos al norte les llegó una serie de prolongados gemidos.

—Abajo —susurró Traz—. Tiéndete en el suelo. Las jaurías están corriendo por ahí. Permanecieron tendidos sin moverse durante quince minutos. Los fantasmagóricos gritos sonaron de nuevo, hacia el este.

—Ven —dijo Traz—. Están trazando círculos en torno al campamento, con la esperanza de arrebatar algún niño.

Echaron a andar hacia el sur, subiendo y bajando, evitando los oscuros pantanos tanto como les era posible.

—La noche está ya muy avanzada —dijo Traz—. Cuando salga la luz los Emblemas nos rastrearán. Si alcanzamos el río podemos perderles. Si nos cogen los hombres de las marismas, nuestro destino será igual de malo, o peor.

Caminaron durante dos horas. El cielo oriental empezó a mostrar una amarillenta luz acuosa, estriada con nubes negras, y ante ellos se alzó el bosque. Traz miró hacia atrás, en la dirección de la que habían venido.

—El campamento va a alzarse. Las mujeres encenderán los fuegos. Pronto los magos irán en busca del Onmale. Es decir, en mi busca. Puesto que no me encontrarán, el campamento se convertirá en una confusión. Habrá maldiciones y gritos: mucha irritación. Los Emblemas correrán a sus caballos saltadores y se lanzarán al galope. —Una vez más, Traz observó el horizonte—. Pronto estarán aquí.

Siguieron andando, y alcanzaron el límite del bosque, oscuro y húmedo aún y sumido en las sombras de la noche. Traz dudó, mirando al interior del bosque, luego a la estepa.

—¿Está muy lejos el pantano? —preguntó Reith.

—No mucho. Un par de kilómetros quizá. Pero huelo a un berl.

Reith husmeó el aire y detectó un hedor ácido.

—Puede que sólo sea el rastro que ha dejado —dijo Traz con voz ronca—. Los Emblemas estarán aquí dentro de muy pocos minutos. Será mejor que intentemos alcanzar el río.

—¡Primero el arnés de eyección!

Traz se alzó ostensiblemente de hombros y se metió en el bosque. Reith se volvió para echar una última mirada por encima de su hombro. En el límite de su visión aparecieron unos presurosos puntos negros. No dudó en seguirle los talones a Traz, que avanzaba con grandes precauciones, deteniéndose para escuchar y olisquear el aire. En su fiebre de impaciencia, Reith le dio prisa. Traz aceleró el paso, y finalmente casi estaban corriendo sobre la alfombra de putrescentes hojas. Muy atrás, Reith creyó oír una sucesión de salvajes aullidos. Traz se detuvo en seco.

—Aquí está el árbol. —Señaló hacia arriba—. ¿Es eso lo que buscas?

—Sí —dijo Reith, con un alivio que brotaba de lo más profundo de su corazón—. Temía que pudiera haber desaparecido.

Traz trepó al árbol, bajó el asiento. Reith abrió el compartimiento, extrajo su pistola, la besó con alivio, se la metió en el cinturón.

—Apresúrate —dijo Traz ansiosamente—. Oigo a los Emblemas; no están muy lejos. Reith tomó la mochila de la unidad de supervivencia, se la echó al hombro.

—Vámonos. Ahora nos seguirán a su propio riesgo.

Traz abrió camino rodeando el pantano, procurando ocultar las huellas de su paso, volviendo atrás, saltando por encima de una charca de negro barro de más de cinco metros de ancho con ayuda de una colgante rama, trepando a otro árbol y dejando que se curvara bajo su peso para llevarlo a veinte metros de distancia, al lado opuesto de unos densos matorrales. Reith siguió cada una de sus maniobras. Las voces de los guerreros Emblema eran ahora claramente audibles.

Traz y Reith alcanzaron el borde del río, una lenta corriente de aguas negroamarronadas. Traz encontró una especie de balsa natural formada por maderas flotantes, lianas, humus, todo ello aglutinado por cañas verdes. La empujó a la corriente. Luego él y Reith se ocultaron en un cercano grupo de cañas. Pasaron cinco minutos; aparecieron cuatro Hombres Emblema chapoteando en el lodo, siguiendo su rastro, luego otra docena, con las catapultas preparadas. Corrieron hasta la orilla del río, señalaron las marcas allá donde Traz había arrastrado la balsa, escrutaron la superficie del río. La masa de vegetación flotante había derivado casi doscientos metros corriente abajo y era arrastrada por un remolino hacia la orilla opuesta. Los Emblemas lanzaron gritos de furia, se dieron la vuelta y echaron a correr a toda velocidad por entre el lodo y los matorrales, siguiendo la orilla hacia la derivante balsa.

—Rápido —susurró Traz—. No vamos a mantenerlos engañados mucho tiempo. Volverán sobre sus pasos.

Traz y Reith echaron a correr de nuevo desandando el camino, cruzando el pantano y metiéndose una vez más en el bosque, con los gritos y llamadas llegándoles primero desde lejos, luego interrumpiéndose, luego aproximándose de nuevo en furiosa exultación.

—Han descubierto nuestro rastro otra vez —jadeó Traz—. Vendrán con caballos saltadores; nunca podremos... —Se interrumpió en seco, alzó una mano, y Reith se dio cuenta de nuevo del intenso hedor agrídulce—. El berl —susurró Traz—. Por aquí... subamos a este árbol, aprisa.

Con la unidad de supervivencia colgando a su espalda, Reith siguió al joven que trepaba por las aceitosas ramas verdes de un árbol.

—Más arriba —dijo Traz—. El animal puede dar saltos enormes.

Apareció el berl: un ágil monstruo amarronado con una maligna cabeza de jabalí hendida por una enorme boca. De su cuello brotaban un par de largos brazos terminados en grandes manos córneas que mantenía por encima de su cabeza. Parecía estar pendiente de las llamadas de los guerreros, y no dedicó a Traz y Reith más que una rápida mirada hacia las alturas. Reith pensó que nunca antes había visto tanta maldad reunida en un rostro.

—Es ridículo. No es más que un animal...

La criatura desapareció en el bosque; un momento más tarde los sonidos de la persecución se interrumpieron bruscamente.

—Han oído al berl —dijo Traz—. Aprovechemos la ocasión.

Bajaron del árbol y huyeron hacia el norte. Desde atrás les llegaron gritos de horror, un gruñido gutural, el rechinar de mandíbulas.

—Estamos a salvo de los Emblemas —dijo Traz con voz hueca—. Los que sobrevivan huirán. —Clavó en Reith unos turbados ojos—. Cuando vuelvan al campamento no habrá Onmale. ¿Qué ocurrirá? ¿Morirá la tribu?

—No lo creo —dijo Reith—. Los magos sabrán qué hacer.

Finalmente salieron del bosque. La estepa se extendía llana y vacía, bañada por una aromática luz color miel. Reith preguntó:

—¿Qué hay al oeste de nosotros?

—El Aman Occidental y el país de los Viejos Chasch. Luego los altos de Jang. Más allá están los Chasch Azules y el golfo de Aesdra.

—¿Y al sur?

—Las marismas. Allá viven los hombres de las marismas, en balsas. Son distintos de nosotros: gente pequeña y amarilla con ojos blancos. Crueles y astutos como los Chasch Azules.

—¿No tienen ciudades?

—No. Las ciudades están allí —Traz hizo un gesto vago hacia el norte—, todas en ruinas. Hay viejas ciudades por todas partes en las estepas. Están encantadas, y los Phung viven entre sus ruinas.

Reith hizo más preguntas relativas a la geografía y a la vida de Tschai, descubriendo que los conocimientos de Traz eran muy incompletos. Los Dirdir y los Hombres-Dirdir vivían más allá del mar; dónde, no era muy seguro. Había tres tipos de Chasch: los Viejos Chasch, los decadentes restos de una raza en su tiempo poderosa, y ahora concentrados en torno a los altos de Jang; los Chasch Verdes, nómadas de la Estepa Muerta; y los Chasch Azules. Traz detestaba a todos los Chasch indiscriminadamente, aunque nunca había visto a los Viejos Chasch.

—Los Verdes son terribles: idemonios! Se mantienen confinados en la Estepa Muerta. Los Emblemas se mantienen en el sur, excepto para incursiones y pillaje de caravanas. La caravana que renunciamos a atacar había hecho un rodeo hacia el sur para evitar a los Verdes.

—¿Adonde iba?

—Probablemente a Pera, o quizá a Jalkh en el mar Lesmático. Lo más seguro a Pera. Las caravanas norte-sur comercian entre Jalkh y Mazuún. Las caravanas este-oeste se mueven entre Pera y Coad.

—¿En esas ciudades viven hombres? Traz se alzó de hombros.

—Difícilmente puede llamárselas ciudades. Son puros asentamientos. Pero sé muy poco de ellas, solamente lo que he oído decir a los magos. ¿Tienes hambre? Yo sí. Comamos un poco.

Se sentaron en un tronco caído y comieron unos trozos de pastel de gachas y bebieron de unos pellejos de cerveza. Traz señaló hacia un arbustos de los que crecían pequeños glóbulos blancos.

—Nunca nos moriremos de hambre mientras crezcan plantas del peregrino... ¿Y ves esos otros arbustos negros? Son watak. Sus raíces almacenan como cuatro litros de savia. Si no bebes otra cosa más que watak terminas quedándote sordo, pero para períodos cortos no representa ningún peligro.

Reith abrió su unidad de supervivencia.

—Puedo extraer agua del suelo con esta película, o convertir el agua del mar en agua potable con este purificador... Eso de ahí son píldoras alimenticias, suficientes para un mes... Esto es una célula de energía... Un equipo médico... Cuchillo, brújula, sondoscopio... Transcom... —Reith examinó el transcom con un repentino estremecimiento de interés.

—¿Para qué sirve? —preguntó Traz.

—Es la mitad de un sistema de comunicación. Había otro en la unidad de Paul Waunder, que quedó en la nave espacial. Puedo radiar una señal que provoque una respuesta automática del otro equipo y me dé su localización. —Reith pulsó el botón *Búsqueda*. La aguja de una brújula se orientó hacia el noroeste; un contador parpadeó un 9'8 en blanco y un 2 en rojo—. El otro equipo, y presumiblemente la lanzadera, está a 9'8 veces 10 al cuadrado, o sea a 980 kilómetros al noroeste.

—Eso corresponde a los dominios de los Chasch Azules. Ya lo sabíamos.

Reith miró hacia el noroeste, pensativo.

—No deseamos ir al sur a las marismas, ni tampoco volver al bosque. ¿Qué hay al este, más allá de las estepas?

—No lo sé. Creo que el océano Draschade. Pero está muy lejos.

—¿Es de ahí de donde vienen las caravanas?

—Coad está en un golfo que conecta con el Draschade. En medio está la estepa de Aman, los Hombres Emblema y también otras tribus: los Luchadores de Cometas, los Hachas Locas, los Totems de los Berls, los Amarillos-Negros y otras más allá de mi conocimiento.

Reith meditó. Su nave espacial había sido llevada por los Chasch Azules al noroeste. En consecuencia, el noroeste parecía la dirección más razonable hacia la que encaminarse.

Traz permanecía sentado dormitando, la barbilla hundida en su pecho. Mientras llevaba el Onmale había demostrado una energía irrefrenable; ahora, con el alma del emblema separada de la suya, se había vuelto melancólico y pensativo, mucho más reservado de lo que Reith consideraba natural.

Los párpados de Reith se cerraban también por el cansancio: la luz del sol era cálida, el lugar parecía seguro... ¿Y si el berl regresaba? Reith se obligó a permanecer despierto. Mientras Traz dormía, acondicionó su unidad.

Traz despertó. Dirigió a Reith una mirada casi de disculpa y se puso rápidamente en pie.

Reith se levantó también; echaron a andar: de mutuo acuerdo, sin ninguna palabra, hacia el noroeste. Era mediada la mañana, con el sol convertido en un disco de cobre semiempañado en el cielo color pizarra. El aire era agradablemente fresco, y por primera vez desde su llegada a Tschai Reith se sintió animado. Su cuerpo estaba en buenas condiciones físicas de nuevo, había recuperado su equipo, sabía la dirección general de la lanzadera: era un enorme avance con relación a su situación anterior.

Avanzaron a buen ritmo por la estepa. El bosque se convirtió en una mancha imprecisa a sus espaldas; excepto eso, el horizonte estaba completamente vacío. Tras su comida del mediodía durmieron un poco; luego, al despertar a última hora de la tarde, prosiguieron su marcha hacia el noroeste.

El sol se hundió en un banco de nubes bajas, poniendo reflejos de encaje cobrizo a sus partes superiores. No había ningún abrigo en la estepa; sin nada mejor que hacer, siguieron caminando.

La noche era tranquila y silenciosa; muy lejos al este oyeron los aullidos de las jaurías nocturnas, pero no fueron molestados.

Al día siguiente terminaron la comida y el agua que había proporcionado Traz, y empezaron a subsistir a base de las vainas de la planta del peregrino y el agua extraída de las raíces de los watak: las primeras blandas, la segunda ácida.

Por la mañana del tercer día vieron un punto blanco derivando en el cielo occidental. Traz se arrojó de bruces al suelo detrás de unos bajos arbustos e indicó a Reith que hiciera lo mismo.

—¡Dirdir! ¡Están cazando!

Reith extrajo su sondascopio y lo apuntó hacia el objeto. Con los codos apoyados en el suelo, accionó el zoom hasta conseguir cincuenta diámetros de aumento, en cuyo momento la vibración del aire empezó a confundir la imagen. Vio un largo casco plano parecido al de un bote, lleno de postes inclinados como mástiles y extrañas volutas: adornos estéticos, al parecer, antes que utilitarios. Encima del casco había cuatro formas pálidas, inidentificables como Dirdir u Hombres-Dirdir. La aeronave seguía un rumbo aproximadamente paralelo al de ellos, desplazado varios kilómetros al oeste. Reith se preguntó los motivos de la tensión de Traz. Inquirió:

—¿Qué es lo que cazan?

—Hombres.

—¿Por deporte?

—Por deporte. Y también para procurarse comida. Comen carne humana.

—Me gustaría poder disponer de esta nave —murmuró Reith. Se puso en pie, ignorando las frenéticas protestas de Traz. Pero la aeronave Dirdir desapareció rumbo al norte. Traz se relajó, pero siguió escrutando el cielo.

—A veces vuelan alto y miran desde allí hasta que descubren algún guerrero solitario. Entonces se dejan caer como un ave de presa para capturar al hombre con el lazo o atacarlo con espadas eléctricas.

Siguieron caminando, siempre hacia el norte y el oeste. Al atardecer, Traz volvió a mostrarse intranquilo, por razones que Reith no pudo discernir, aunque había como una cualidad peculiarmente extraña en el paisaje. El sol, oscurecido por la bruma, era pequeño y apagado y arrojaba una luz lívida sobre la enormidad de la estepa. No se podía ver nada excepto sus propias sombras alargadas tras ellos, pero a medida que andaban Traz no dejaba de mirar hacia uno y otro lado, deteniéndose a

veces para escrutar el camino por el que habían venido. Finalmente, Reith preguntó:

—¿Qué es lo que buscas?

—Algo nos está siguiendo.

—¿Oh? —Reith se volvió para mirar hacia atrás—. ¿Cómo lo sabes?

—Es una sensación que tengo.

—¿Qué puede ser?

—Los Pnumekin, que viajan sin ser vistos. O tal vez las jaurías nocturnas.

—Los Pnumekin. Son hombres, ¿no?

—Hombres, en un cierto sentido. Son los espías, los correos, de los Pnume. Algunos dicen que hay túneles por debajo de toda la estepa, con entradas secretas... ¡quizá incluso bajo estos mismos arbustos!

Reith examinó los arbustos hacia los que Traz había dirigido su atención, pero parecían completamente normales.

—¿Pueden causarnos algún daño?

—No a menos que los Pnume nos quieran muertos. ¿Quién sabe lo que quieren los Pnume? Lo más probable es que las jaurías nocturnas hayan salido temprano hoy.

Reith tomó su sondoscopio. Examinó la estepa, sin descubrir nada.

—Esta noche —dijo Traz— será mejor que encendamos un fuego.

El sol se puso con una melancólica exhibición de púrpuras y malvas y marrones. Traz y Reith recogieron un montón de ramas de los matorrales y encendieron un fuego.

Los instintos de Traz habían sido certeros. A medida que iba oscureciendo empezaron a sonar suaves aullidos al este, que fueron respondidos por un grito al norte y otro al sur. Traz montó su catapulta.

—No le tienen miedo al fuego —le dijo a Reith—. Pero evitan la luz para que no les delate... Algunos dicen que son una especie de animales Pnume.

Las jaurías nocturnas los rodearon, moviéndose justo más allá del límite de la luz, mostrándose como oscuras formas, con algún que otro destello ocasional de un par de ojos blancos.

Traz mantenía su catapulta preparada. Reith extrajo su pistola y su célula de energía. La primera disparaba pequeñas agujas explosivas, y era infalible a una distancia de cincuenta metros. La célula era un dispositivo con múltiples finalidades. En un extremo un cristal emitía o bien un rayo o un haz de luz simplemente pulsando un botón. Un enchufe permitía recargar en ella el sondoscopio y el transcom. Al otro lado un disparador arrojaba un auténtico chorro de energía en bruto, pero eso drenaba terriblemente la carga disponible para usos futuros, y Reith consideraba la célula de energía como un arma únicamente de último recurso.

Con las jaurías nocturnas dando vueltas en torno al fuego, mantuvo ambas armas listas para ser utilizadas, dispuesto a no malgastar una carga a menos que fuera absolutamente necesario. Una forma se acercó demasiado; Traz disparó su catapulta. La flecha dio en el blanco; la negra forma dio un tremendo salto, lanzando un agudo aullido.

Traz tensó de nuevo la catapulta, y echó más leña al fuego. Las formas se movían inquietas, luego empezaron a dar vueltas sobre sí mismas.

—Pronto atacarán —dijo Traz lúgubrementemente—. Ya estamos muertos. Un grupo de seis hombres pueden mantener a raya a las jaurías nocturnas; cinco hombres resultan casi siempre muertos.

Reith cogió reluciente la célula de energía. Aguardó.

Las jaurías nocturnas danzaban y giraban cada vez más cerca. Reith tomó puntería, pulsó el disparador, hizo girar el haz barriendo medio círculo. Los animales supervivientes chillaron horrorizados. Reith dio una vuelta en torno al fuego para completar el trabajo, pero las jaurías nocturnas habían desaparecido, y ahora podían oírse los lamentos de los animales en la distancia.

Traz y Reith se turnaron para dormir. Los dos pensaron haber mantenido una atenta vigilancia, pero por la mañana, cuando fueron a mirar los cadáveres, descubrieron que habían sido retirados.

—Son criaturas muy hábiles —dijo Traz con voz maravillada—. Algunos dicen que hablan con los Pnume y les informan de todo lo que ocurre en la estepa.

—¿Y qué entonces? ¿Qué hacen los Pnume con la información?

Traz se alzó dubitativo de hombros.

—Cuando ocurre algo terrible, cabe suponer que los Pnume tienen algo que ver con ello.

Reith miró a su alrededor, preguntándose dónde podían ocultarse los Pnume o los Pnumekin, o incluso las jaurías nocturnas. La estepa se abría uniformemente en todas direcciones, imprecisa al débil resplandor sepia del amanecer.

Comieron para desayunar vainas de plantas del peregrino y bebieron savia de watak. Luego iniciaron una vez más su marcha hacia el noroeste.

A última hora de la tarde vieron ante ellos un enorme amasijo de cascotes grises que Traz identificó como una ciudad en ruinas, donde se hallarían a salvo de las jaurías nocturnas si aceptaban el riesgo de tropezar con bandidos, Chasch Verdes o Phung. A petición de Reith, Traz describió a esos últimos: una extraña especie solitaria parecida a los Pnume, sólo que más altos y caracterizados por una loca habilidad que los hacía más terribles aún que los Chasch Verdes.

A medida que se acercaban a las ruinas, Traz empezó a contar siniestras historias acerca de los Phung y sus macabras costumbres.

—De todos modos, puede que las ruinas estén vacías. Debemos acercarnos con cautela.

—¿Quién construyó esas antiguas ciudades? —preguntó Reith.

Traz se alzó de hombros.

—Nadie lo sabe. Quizá los Viejos Chasch; quizá los Chasch Azules. Quizá los Hombres Grises, aunque en realidad nadie cree eso último.

Reith hizo balance de lo que sabía de las razas de Tschai y sus asociados humanos. Estaban los Dirdir y los Hombres-Dirdir; los Viejos Chasch, los Chasch Verdes, los Chasch Azules y los Hombres-Chasch; los Pnume y sus derivados humanos, los Pnumekin; los hombres amarillos de las marismas, las distintas tribus de nómadas, los fabulosos «Hombres Dorados», y ahora los «Hombres Grises».

—También están los Wankh y los Hombres-Wankh —dijo Traz—. Al otro lado de Tschai.

—¿Qué trajo a todas estas razas a Tschai? —preguntó Reith... una pregunta retórica, puesto que sabía que Traz no tenía ninguna respuesta; y Traz se limitó a alzarse de hombros.

Llegaron al montón de desordenados cascotes, losas de cemento arrancadas, trozos de cristal: los alrededores de la ciudad.

Traz se detuvo en seco, escuchó, inclinó intranquilo la cabeza, preparó su catapulta. Reith, mirando en torno, no pudo ver nada amenazador; avanzó lentamente, hasta el corazón de las ruinas. Las viejas estructuras, en su tiempo lujosos salones y grandes palacios, estaban desmoronadas, roídas, asomando solamente algunas columnas blancas, pedestales que se alzaban hacia el oscuro cielo de Tschai. Entre ellos había plataformas y plazas de piedra y cemento azotados por el viento.

En la plaza central burbujeaba una fuente alimentada por algún manantial o pozo subterráneo. Traz se acercó a ella con gran circunspección.

—¿Cómo puede ser que no haya ningún Phung? —murmuró—. Es imposible... —y escrutó con gran cuidado las ruinas en torno a la plaza. Reith probó el agua, luego bebió. Traz, por su parte, retrocedió—. Aquí ha estado un Phung —dijo.

Reith no pudo ver ninguna prueba de aquello.

—¿Cómo lo sabes?

Traz se alzó desconfiadamente de hombros, reluctantante de hablar de un asunto tan obvio. Su atención estaba dirigida a otro asunto más urgente; miró aprensivo al cielo a todo su alrededor, captando algo por debajo del umbral de percepción de Reith. De pronto señaló:

—¡La nave Dirdir!

Buscaron refugio bajo una losa de cemento que formaba como una cornisa; un

momento más tarde la nave sobrevoló el lugar tan cerca que pudieron oír el silbido del aire de sus repulsores.

La nave trazó un gran círculo y terminó deteniéndose, flotando a unos doscientos metros de altura sobre la plaza.

—Es extraño —susurró Traz—. Es casi como si supieran que estamos aquí.

—Puede que estén rastreando el terreno con una pantalla a infrarrojos —murmuró Reith—. En la Tierra podemos detectar a un hombre por el calor residual de las huellas de sus pies.

La nave flotó hacia el oeste, luego ganó velocidad y desapareció. Traz y Reith regresaron a la plaza. Reith bebió más agua, gozando de su fría claridad después de tres días de savia de watak. Traz prefirió cazar los grandes insectos parecidos a escarabajos que vivían entre los escombros: los despojó de sus caparazones con un hábil movimiento de sus dedos y los comió con deleite. Reith no se sentía lo bastante hambriento como para unírsele.

El sol se hundió tras las rotas columnas y los desmoronados arcos; una neblina color melocotón flotaba sobre la estepa, y Traz la consideró como el presagio de un cambio en el tiempo. Temeroso de la lluvia, Reith deseaba refugiarse bajo una losa, pero Traz no quiso ni oír hablar de ello.

—¡Los Phung! ¡Nos detectarían por el olor!

Seleccionó un pedestal que se alzaba a una decena de metros encima de una desmoronada escalera como un lugar seguro para pasar la noche. Reith miró lúgubrementemente a un banco de nubes que avanzaba desde el sur, pero no protestó. Entre los dos llevaron varias brazadas de hojas y ramillas para que les sirvieran de lecho.

El sol se hundió tras el horizonte; la antigua ciudad se volvió irreal. Un hombre apareció en la plaza, avanzando cansinamente. Se dirigió a la fuente y bebió con avidez.

Reith extrajo su sondoscopio. El hombre era alto, delgado, con largas piernas y brazos, una afilada cabeza completamente calva, ojos redondos, una nariz pequeña parecida a un botón, diminutas orejas. Llevaba los harapos de unas ropas que en su tiempo habían sido elegantes, rosa y azul y negro; sobre su cabeza llevaba un extravagante tocado de borlas rosadas y cintas negras.

—Un Hombre-Dirdir —susurro Traz, y, preparando su catapulta, tomó puntería.

—¡Espera! —protestó Reith—. ¿Qué vas a hacer?

—Matarlo, por supuesto.

—¡No está haciéndonos ningún daño! ¿Por qué no perdonarle la vida al pobre diablo?

—No nos hace ningún daño porque no tiene oportunidad —gruñó Traz, pero dejó a un lado su catapulta. El Hombre-Dirdir, apartándose de la fuente, miró con cautela a su alrededor.

—Parece como perdido —murmuró Reith—. Me pregunto si la nave Dirdir no lo estaría buscando. ¿Puede tratarse de un fugitivo?

Traz se alzó de hombros.

—Tal vez. ¿Quién sabe?

El Hombre-Dirdir cruzó débilmente la plaza y buscó refugio a tan sólo unos metros del pie del pedestal, donde se envolvió en sus harapientas ropas y se acurrucó. Traz gruñó algo para sí mismo y se echó en su lecho de ramas y hojas y pareció quedarse instantáneamente dormido. Reith contempló la vieja ciudad a su alrededor y se interrogó acerca de su extraordinario destino... Az apareció por el este, resplandeciendo a través de la bruma con un color rosa pálido que envió una extraña luz a las antiguas avenidas. El espectáculo era fascinante y fantasmagórico: una escena irreal, la materia de la que están hechos los sueños. Luego Braz se alzó en el cielo; las rotas columnas y desmoronadas estructuras arrojaron sombras dobles. Una forma en particular, al final de una avenida, parecía una estatua pensativa. Reith se preguntó cómo no habría reparado en ella antes. Era una figura con la forma de un hombre, muy delgado y de casi dos metros de estatura, con las piernas ligeramente separadas, la cabeza inclinada en intensa

concentración, una mano bajo la barbilla, la otra a la espalda. La cabeza estaba cubierta por un sombrero flexible de colgante ala; una capa caía de sus hombros; las piernas parecían metidas en botas. Reith miró más intensamente. ¿Una estatua? ¿Por qué no se movía?

Reith tomó su sondoscopio. El rostro de la criatura estaba sumido en las sombras; pero, ajustando el foco, el zoom y la luminosidad, Reith consiguió divisar su larga y delgada forma. Los rasgos, mitad humanos, mitad insectoides, estaban congelados en una mueca; mientras Reith observaba, la parte correspondiente a la boca se movió lentamente, hacia adelante y hacia atrás... La criatura se movió, dando un único paso hacia delante, luego inmovilizándose de nuevo. Tendió un largo brazo en un gesto casi amenazador, cuya finalidad escapó a Reith. Traz se había despertado. Siguió su mirada.

—¡Un Phung! —exclamó.

La criatura se volvió como si hubiera oído el sonido, y dio dos largos pasos hacia un lado.

—Están locos —susurró Traz—. Son demonios locos.

El Hombre-Dirdir no se había dado cuenta todavía de la presencia del Phung. Se envolvió apretadamente en su capa, intentando ponerse más cómodo. El Phung hizo un gesto de alegre sorpresa y dio tres largas zancadas que lo situaron en un lugar a sólo dos metros del Hombre-Dirdir, que aún seguía tironeando de su capa. El Phung miró hacia abajo, de nuevo inmóvil. Se inclinó, tomó varios pequeños guijarros. Tendiendo un largo brazo sobre el Hombre-Dirdir, dejó caer uno.

El Hombre-Dirdir se estremeció asustado, aún sin ver al Phung, y volvió a acomodarse. Reith hizo una mueca y gritó:

—¡Hey!

Traz siseó, consternado. El efecto sobre el Phung fue cómico. Dio un gran salto hacia atrás, se volvió para mirar hacia el pedestal, los brazos abiertos en extravagante sorpresa. El Hombre-Dirdir, de rodillas, descubrió al Phung y fue incapaz de moverse, paralizado por el horror.

—¿Por qué has hecho eso? —exclamó Traz—. ¡Se hubiera contentado con el Hombre-Dirdir!

—Dispárale con tu catapulta —dijo Reith.

—Las flechas no le alcanzan, las espadas no le hieren.

—Apunta a la cabeza.

Traz emitió un sonido de desesperación, pero preparó su catapulta, apuntó y disparó. La flecha partió velozmente hacia el pálido rostro. En el último segundo, la cabeza se echó a un lado, y la flecha se estrelló contra un puntal de piedra.

El Phung cogió una roca, la hizo oscilar al extremo de su largo brazo, y la arrojó con tremenda fuerza. Traz y Reith se echaron de bruces al suelo; la roca se hizo pedazos tras ellos. Reith no perdió más tiempo y apuntó con su pistola a la criatura. Pulsó el botón; hubo un clic, un siseo; la aguja se enterró en el tórax del Phung, estalló. El Phung dio un salto en el aire, emitió un lastimoso quejido y se derrumbó como un fardo.

Traz clavó sus dedos en el hombro de Reith.

—¡Mata al Hombre-Dirdir, rápido! ¡Antes de que huya!

Reith bajó del pedestal. El Hombre-Dirdir extrajo su espada, aparentemente la única arma que llevaba. Reith guardó la pistola en su funda, alzó una mano.

—Guarda tu espada; no tenemos ninguna razón para luchar.

El Hombre-Dirdir, desconcertado, retrocedió un paso.

—¿Por qué has matado al Phung?

—Iba a matarte a ti; ¿por qué otra razón?

—¡Pero somos desconocidos! Y vosotros —el Hombre-Dirdir frunció los ojos en la oscuridad— sois subhombres. ¿Pensáis matarme vosotros mismos? Si es así...

—No —dijo Reith—. Solamente deseo información; luego, al menos en lo que a mí respecta, puedes seguir tu camino.

El Hombre-Dirdir hizo una mueca.

—Estás tan loco como el Phung. ¿Pero por qué debería persuadirte yo de lo

contrario? —Avanzó un par de pasos para examinar a Reith y Traz desde más cerca—. ¿Vivís aquí?

—No; estamos de paso.

—Entonces ¿no sabéis ningún lugar decente en el que yo pueda pasar la noche? Reith señaló el pedestal.

—Sube hasta aquí arriba, como hemos hecho nosotros. El Hombre-Dirdir hizo chasquear irritadamente los dedos.

—Esto no me gusta nada, nada en absoluto. Además, puede que llueva. —Volvió la vista hacia la losa de cemento bajo la que se había resguardado, luego al cadáver del Phung—. Sois una pareja servicial: dóciles e inteligentes. Como podéis ver, estoy cansado y debo descansar. Puesto que estáis ahí, me gustaría que montarais guardia mientras duermo.

—¡Mata a ese bruto nauseabundo! —murmuró apasionadamente Traz.

El Hombre-Dirdir se echó a reír: un extraño sonido jadeante.

—¡Eso es más propio de un subhombre! —Se dirigió a Reith—. Tú eres el sorprendente. No puedo situar tu tipo. ¿Algún híbrido extraño? ¿De qué región procedes?

Reith había decidido que cuanta menos atención atrajera mejor; no tenía intención de hablar más de su origen terrestre. Pero Traz, picado por el tono condescendiente del Hombre-Dirdir, exclamó:

—¡No procede de ninguna región! ¡Procede de la Tierra, un mundo muy lejano! ¡El hogar de los auténticos hombres como yo! ¡Tú eres el fenómeno!

El Hombre-Dirdir agitó la cabeza con reproche.

—Una pareja de locos. Bien, ¿qué se puede esperar? Reith, descontento por las palabras de Traz, se apresuró a cambiar de tema.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Acaso la nave Dirdir estaba buscándote?

—Sí, me temo que sí. No me encontraron, tuve buen cuidado de ocultarme.

—¿Eres un fugitivo?

—Exacto.

—¿Cuál es tu crimen?

—No importa; vosotros no lo comprenderíais; se halla más allá de vuestras capacidades.

Más divertido que irritado, Reith se volvió al pedestal.

—Quiero dormir. Si pretendes vivir hasta mañana, te sugiero que te subas fuera del alcance de los Phung.

—Tu solicitud me desconcierta —fue la única observación del Hombre-Dirdir.

Reith no respondió. Él y Traz volvieron a su pedestal, y el Hombre-Dirdir trepó torpemente a otro cercano.

Pasó la noche. Las nubes se amontonaron pesadamente sobre ellos, pero no dejaron caer lluvia. El amanecer llegó imperceptiblemente, iluminando la escena con un color de agua sucia. El pedestal del Hombre-Dirdir estaba vacío. Reith supuso que había seguido su camino. El y Traz descendieron a la plaza, hicieron un pequeño fuego para despejar el helor. El Hombre-Dirdir apareció al otro lado de la plaza.

Al no observar ningún signo de hostilidad, se acercó paso a paso, y finalmente se detuvo a unos prudentes quince metros, un arlequín de largos y desmañados miembros vestido con harapos. Traz frunció el ceño y removió el fuego. Pero Reith le dirigió un cortés saludo.

—Únete a nosotros, si no te importa.

—¡Un error! —murmuró Traz—. ¡Esa criatura va a causarnos algún daño! Son hipócritas y arrogantes y adulatoras; y antropófagas.

Reith había olvidado esa última característica, y lanzó al Hombre-Dirdir una mirada escrutadora.

Hubo un período de silencio. Luego el Hombre-Dirdir dijo tentativamente:

—Cuanto más estudio tu conducta, tus ropas, tu equipo, más desconcertado me siento. ¿De dónde pretendes que eres originario?

—No pretendo nada —dijo Reith—. ¿Y en cuanto a ti?

—No hay ningún secreto. Soy Ankhe at afram Anacho; nací hombre en Zumberwal en la Provincia Catorce. Ahora, declarado criminal y fugitivo, no soy de mayor importancia que vosotros, y tampoco tengo pretensiones. De modo que aquí estamos, tres mugrientos vagabundos reunidos en torno a un fuego.

Traz gruñó para sí mismo. Reith, en cambio, encontró que la frivolidad del Hombre-Dirdir era relajante.

—¿Cuál fue tu crimen? —preguntó.

—Os resultaría difícil de entender. En esencia, traté con desprecio los emolumentos de un tal Enze Edo Ezdo-wirram, el cual llamó la atención de la Primera Raza so bre mí. Yo creí en mi ingeniosidad y me negué a enmendarme. Repetí mi ofensa original. Finalmente, en un espasmo de irritación, arrojé a Enze Edo fuera de su silla a más de un kilómetro encima de la estepa. —Ankhe at afram Anacho hizo un gesto de cómico fatalismo—. De una u otra manera eludí a los Derogadores; y así estoy ahora aquí, sin planes ni recursos excepto mi... —y aquí utilizó una palabra intraducible, que englobaba las ideas de una intrínseca superioridad y un impulso intelectual junto con la inevitabilidad de la buena suerte como consecuencia de esas cualidades.

Traz lanzó un bufido y se marchó a cazar su desayuno. Anacho lo observó con abierto interés y finalmente se le unió, corriendo con su desgarrado paso. Los dos hombres fueron de aquí para allá entre los escombros, atrapando y comiendo insectos con delectación. Reith se contentó con un puñado de plantas del peregrino. El Hombre-Dirdir, apaciguada su hambre, volvió a examinar las ropas y el equipo de Reith.

—Creo que el muchacho dijo «la Tierra», un lejano planeta. —Tabaleó su nariz en forma de botón con un blanco dedo—. Casi me sentiría inclinado a creerte si no tuvieras exactamente la apariencia de un subhumano, lo cual hace que la idea sea absurda.

Traz, con un tono levemente altivo, dijo:

—La Tierra es el lugar de origen de los hombres. Nosotros somos auténticos hombres. Tú eres el fenómeno. Anacho lanzó a Traz una intrigada mirada.

—¿Qué es eso, el credo de un nuevo culto subhumano? Bueno, no me importa.

—Ilumínanos entonces —dijo Reith con voz melosa—. ¿Cómo llegaron los hombres a Tschai? Anacho hizo un gesto desenvuelto.

—La historia es bien conocida y muy clara. En Sibol, el mundo natal, el Gran Pez puso un huevo. Flotó hasta la orilla de Remura y embarrancó en la playa. Una mitad rodó a la luz y produjo los Dirdir. La otra mitad rodó a la sombra y produjo los Hombres-Dirdir.

—Interesante —dijo Reith—. ¿Pero qué hay con los Hombres-Chasch? ¿Qué hay con Traz? ¿Y conmigo?

—La explicación no tiene nada de misterioso; me sorprende que lo preguntes. Hace cincuenta mil años los Dirdir se trasladaron de Sibol a Tschai. Durante los años siguientes los Viejos Chasch capturaron algunos Hombres-Dirdir. Otros fueron tomados por los Pnume; y más tarde otros por los Wankh. Esos se convirtieron en los Hombres-Chasch, los Pnumekin y los Hombres-Wankh. Fugitivos, criminales, recalcitrantes y fenómenos biológicos ocultos en las marismas se unieron entre sí y dieron como resultado los subhombres. Y aquí los tienes a todos.

Traz miró a Reith.

—Háblale a este estúpido de la Tierra; sácalo de su ignorancia.

Reith se limitó a reír.

Anacho le miró de nuevo con desconcierto.

—Queda fuera de toda duda que tú eres un tipo único. ¿Adónde vais?

Reith señaló hacia el noroeste.

—A Pera.

—La Ciudad de las Almas Perdidas, más allá de la Estepa Muerta... Nunca llegaréis. Los Chasch Verdes merodean por la Estepa Muerta.

—¿No hay ninguna forma de evitarlos? Anacho se alzó de hombros.

—Las caravanas van a Pera.

—¿Dónde está la ruta de las caravanas?

—Hacia el norte, a no mucha distancia.

—Entonces viajaremos con una caravana.

—Podéis ser capturados y vendidos como esclavos. Los jefes de las caravanas poseen fama de no tener escrúpulos. ¿Por qué estáis tan ansiosos por llegar a Pera?

—Por bastantes razones. ¿Cuáles son tus planes?

—No tengo ninguno. Soy tan vagabundo como vosotros. Si no tenéis inconveniente viajaré en vuestra compañía.

—Como quieras —dijo Reith, ignorando el disgustado siseo de Traz.

Echaron a andar hacia el norte, con el Hombre-Dirdir charlotteando inconsecuentemente de una forma que Reith encontró divertida y ocasionalmente edificante y Traz pretendió ignorar. Al mediodía llegaron a una cadena de bajas colinas. Traz abatió con su catapulta a un rumiante con el aspecto de un jamelgo. Encendieron fuego, asaron al animal sobre un espetón y comieron hasta saciarse. Reith preguntó al Hombre-Dirdir:

—¿Es cierto que coméis carne humana?

—Por supuesto. A menudo es la más tierna de las carnes. Pero no tenéis que temer nada; al contrario que los Chasch, los Dirdir y los Hombres-Dirdir no son unos glotonos compulsivos.

Ascendieron por la cadena de colinas, cubiertas de bosquecillos bajos de follaje azul y gris suave, con árboles cargados de rollizos frutos rojos que Traz señaló como venenosos. Finalmente llegaron a la otra vertiente, desde la que podía contemplarse la Estepa Muerta: una extensión llana y gris, desprovista de vida excepto algunos matojos de aulagas y plantas del peregrino. Abajo, casi a sus pies, había un sendero marcado por dos anchas roderas. Procedía del sudeste, rodeaba la base de las colinas, y a unos cinco kilómetros al nordeste serpenteaba por entre un amontonamiento rocoso que se alzaba cerca de la base de las colinas como un conjunto de dólmenes. El sendero proseguía luego hacia el noroeste, perdiéndose en la estepa. Un segundo sendero avanzaba hacia el sur a través de un paso entre las colinas, mientras que un tercero giraba hacia el nordeste.

Traz examinó las formaciones rocosas con los ojos fruncidos y señaló algo.

—Mira allá con tu instrumento.

Reith extrajo su sondoscopio, escrutó las rocas.

—¿Qué es lo que ves? —preguntó Traz.

—Edificios. No muchos... ni siquiera un poblado. Entre las rocas, emplazamientos de artillería.

—Debe tratarse del Depósito de Kazabir —murmuró

Traz—, donde las caravanas transfieren su carga. Las armas las protegen contra los Chasch Verdes. El Hombre-Dirdir hizo un gesto de excitación.

—Puede que incluso haya alguna especie de posada. ¡Venid! Estoy ansioso por bañarme. ¡Nunca en mi vida había conocido tanta suciedad!

—¿Y cómo pagaremos? —preguntó Reith—. No tenemos dinero ni artículos de cambio.

—No os preocupéis —declaró el Hombre-Dirdir—. Tengo sequins suficientes para todos. Nosotros, los de la Segunda Raza, no somos ingratos, y me habéis servido bien. Incluso el muchacho tomará una cena decente, probablemente por primera vez en su vida.

Traz frunció el ceño y preparó una orgullosa respuesta; luego, observando la expresión divertida de Reith, consiguió esbozar una reluctante sonrisa.

—Sería mejor que nos fuéramos de aquí; éste es un lugar peligroso, que ofrece todas las ventajas a los Chasch Verdes. ¿Veis esas huellas? Suben hasta aquí para espiar las caravanas. —Señaló hacia el sur, donde el horizonte estaba marcado por una irregular línea gris—. En estos momentos se está acercando una caravana.

—En ese caso —dijo Anacho—, será mejor que nos apresuremos a ir a la posada para acomodarnos antes de que la caravana llegue. No deseo pasar otra noche entre la aulaga.

El claro aire de Tschai, la extensión de los horizontes, hacía difícil juzgar las

distancias; cuando los tres hombres habían descendido de las colinas, la caravana estaba ya en el sendero: una hilera de sesenta o setenta grandes vehículos, tan altos que parecían inestables, bamboleándose y rechinando sobre sus seis ruedas de tres metros de diámetro. Algunos iban impulsados a motor, otros eran tirados por enormes animales grises de cabezas pequeñas que parecían tener solamente ojos y hocico.

El trío se apartó a un lado y observó pasar la caravana. Los tres exploradores Ilanth de vanguardia, orgullosos como caballeros, montaban caballos saltadores: hombres altos, de anchas espaldas, estrechos de cadera y con rasgos angulosos. Su piel era amarilla radiante; su pelo color ala de cuervo, atado a rígidas plumas, brillaba con laca. Llevaban cascos puntiagudos coronadas con cráneos humanos sin mandíbula inferior, y la pluma de su pelo se alzaba enhiesta en la parte de atrás del cráneo. Iban armados con una espada larga y flexible como las de los Emblemas, un par de pistolas al cinto, dos dagas en su bota derecha. Se limitaron a arrojar desde lo alto de sus enormes caballos saltadores una mirada de desinterés a los tres viajeros, sin emprender ninguna otra acción.

Los grandes carrromatos pasaron a continuación. Algunos estaban cargados hasta los topes con paquetes y fardos; otros llevaban jaulas donde se mezclaban indiscriminadamente niños de pálidos rostros con hombres y mujeres jóvenes. Uno de cada seis vehículos era una pieza de artillería sobre ruedas, con su correspondiente dotación de hombres de piel gris con chaquetillas negras y cascos de cuero negro. Los cañones eran tubos cortos de ancha boca que disparaban proyectiles aparentemente por medio de un campo propulsor. Otras piezas de artillería, de boca más estrecha, iban montadas sobre una especie de tanques, y Reith supuso que eran lanzallamas.

—Es la caravana que vimos en el vado del Iobu —dijo Reith a Traz.

Traz asintió lúgubrementemente.

—Si la hubiéramos capturado es posible que yo siguiera llevando el Onmale... Pero no lo lamento. Nunca llevé encima un peso tan grande como el Onmale. Por la noche me susurraba cosas.

Una docena de los carrromatos llevaban pabellones de tres pisos de madera teñida de negro, con cúpulas, balcones y varandas a la sombra. Reith los contempló con envidia. ¡Aquella era la forma de viajar confortablemente por las estepas de Tschai! Un carrromato particularmente pesado transportaba una casa con enrejadas ventanas y puertas claveteadas con hierro. La parte frontal estaba cerrada por una densa tela metálica: de hecho, era una jaula. Allí, mirando hacia delante, había una mujer joven, de una belleza tan extraordinaria que parecía poseer una vitalidad propia, como el emblema del Onmale. Era esbelta, con la piel del color de las dunas de arena. Su pelo oscuro rozaba sus hombros; sus ojos tenían el color castaño dorado del topacio. Llevaba un pequeño gorro de color rojo rosado, una túnica rojo mate, pantalones de lino blanco, arrugados y algo manchados. Mientras el carrromato pasaba bamboleándose junto a ellos, miró brevemente a los tres viajeros. Por un instante sus ojos se cruzaron con los de Reith, y éste se sintió impresionado por la melancolía de su expresión. El carrromato pasó de largo. En una puerta abierta en la parte de atrás había de pie una mujer alta, de rasgos gélidos y brillantes ojos, con un pelo castaño grisáceo de un par de centímetros de largo y enhiesto como las cerdas de un cepillo. Reith, atraída su curiosidad, pidió información a Anacho, pero éste no pudo decirle nada. El Hombre-Dirdir no sabía ni opinaba nada al respecto.

El trío siguió a la caravana hasta más allá de las fortificadas prominencias rocosas, al recinto de una especie de fortaleza arenosa. El jefe de la caravana, un viejo pequeño e intensamente activo, alineó los vehículos en tres hileras: los carrromatos de carga cerca del almacén, luego los que transportaban a los esclavos, y finalmente la artillería sobre ruedas apuntando hacia la estepa.

Al otro lado del recinto estaba la posada, una estructura de dos plantas de tierra compactada adosada contra las rocas. La taberna, la cocina y el salón principal ocupaban el piso inferior; en el segundo había una hilera de pequeñas habitaciones

que se abrían a un porche. Los tres viajeros encontraron al posadero en el salón: un hombre robusto que llevaba unas botas negras y un delantal marrón, con la piel tan gris como las cenizas de la madera. Con las cejas alzadas, miró primero a Traz con su atuendo de nómada, luego a Anacho con sus ropas Dirdir en otro tiempo elegantes, y luego a Reith, con sus pantalones y su chaqueta estilo terrestre de recia tela, pero no puso ninguna dificultad en conseguirles acomodo y aceptó proporcionarles también ropas nuevas.

Las habitaciones tenían dos metros y metro de ancho por tres de largo. Había una cama de tiras de cuero sujetas a un armazón de madera, con un delgado colchón de paja, una mesa con una jofaina y una jarra de agua. Tras el viaje cruzando la estepa, parecía casi un lujo. Reith se lavó, se afeitó con la navaja de su equipo de supervivencia, se puso sus nuevas ropas que esperaba consiguieran hacerle pasar más desapercibido: unos pantalones amplios de lona gris amarronada, una camisa de tela blanca hecha a mano, una chaqueta negra de manga corta. Salió al porche y miró a su alrededor. ¡Qué remota parecía su antigua vida en la Tierra! Comparada con la sorprendente multiplicidad de Tschai, la vieja existencia carecía de emociones y color... aunque no por ello era menos deseable. Reith se vio obligado a admitir que su desolación inicial había recedido un poco. Su nueva vida, con toda su precariedad, contenía interés y aventura. Miró al otro lado del recinto, hacia el carromato con la casa cercada con barrotes y tela metálica. La muchacha era una prisionera: eso era evidente. ¿Cuál era su destino que la hacía exhibir tal angustia? Intentó identificar el carromato, pero entre todo aquel amontonamiento no pudo encontrar sus formas picudas y angulares. No importaba, se dijo a sí mismo. Ya tenía suficientes problemas sin investigar el destino de una muchacha esclava a la que había visto apenas durante cinco segundos. Volvió a su habitación.

Se metió algunos artículos de su unidad de supervivencia en el bolsillo; ocultó el resto bajo el lavamanos. Bajó al salón principal y encontró a Traz sentado rígidamente en un banco a un lado. Como respuesta a la pregunta de Reith, admitió que nunca antes había estado en un lugar así y que no deseaba ser tomado por un estúpido. Reith se echó a reír y le dio una palmada en el hombro, y Traz consiguió esbozar una dolorida sonrisa.

Anacho apareció, con menos apariencia de Hombre-Dirdir con su atuendo de la estepa. Los tres se dirigieron al comedor, donde les fue servida una comida a base de pan y una espesa sopa oscura, cuyos ingredientes Reith no se atrevió a inquirir.

Tras la comida, Anacho contempló a Reith con ojos especulativamente entrecerrados.

—¿Piensas todavía en ir a Pera?

—Sí.

—Es conocida como la Ciudad de las Almas Perdidas.

—Eso tengo entendido.

—Es una hipérbole, por supuesto —observó alegremente Anacho—. «Alma» es un concepto susceptible a discusión. La teología Dirdir es sutil; no discute el concepto de alma, excepto para observar que... No, mejor no confundirte. Pero volviendo a Pera, la «Ciudad de las Almas Perdidas», ése es el destino de la caravana. Prefiero cabalgar antes que andar; sugiero pues que contratemos el transporte mejor y más confortable que el jefe de la caravana pueda proporcionarnos.

—Una excelente idea —dijo Reith—. Sin embargo, yo... Anacho agitó un dedo en el aire.

—No te preocupes por nada; por el momento al menos, me siento bien dispuesto hacia ti y el muchacho; sois amables y respetuosos; no queréis ir más allá de vuestro status; en consecuencia...

Traz, respirando pesadamente, se puso en pie.

—¡Yo he llevado el Onmale! ¿Puedes entender eso? Cuando abandoné el campamento, ¿crees que olvidé tomar algunos sequins? —Depositó con un golpe sordo una larga bolsa sobre la mesa—. ¡No dependemos de tu indulgencia, Hombre-Dirdir!

—Como quieras —dijo Anacho, lanzando una desconcertada mirada a Reith.

—Puesto que yo no tengo sequins —dijo Reith—, acepto de buen grado lo que me ofrezcáis cualquiera de los dos.

El salón había ido llenándose gradualmente con gente de la caravana: conductores y guardias, los tres exploradores Ilanth, el jefe de la caravana, otros. Todos pidieron comida y bebida. Tan pronto como el jefe de la caravana hubo comido, Anacho, Traz y Reith se le acercaron y solicitaron ser llevados á Pera.

—Siempre que no tengáis prisa —dijo el hombre—. Aguardaremos aquí hasta que llegue la caravana de Aig-Hedajha procedente del norte, luego iremos hasta Golsse; si tenéis prisa podéis hacer otros arreglos.

Reith hubiera preferido viajar rápidamente: ¿qué podía estarle ocurriendo a su lanzadera? Pero sin ninguna otra forma de transporte disponible, tuvo que refrenar su impaciencia.

Había otros que también estaban impacientes. Dos mujeres vestidas con largas túnicas negras y calzando zapatos rojos se acercaron a la mesa. Reith había visto antes a una de ellas, mirando desde la parte de atrás de un carromato. La otra era más delgada pero también más alta, con una piel más macilenta, casi cadavérica. La mujer alta habló con una voz crujiente que reflejaba una ira reprimida, o quizá un antagonismo crónico.

—Sir Baojian, ¿cuánto debemos esperar aquí? El conductor del carromato dice que pueden ser cinco días.

—Cinco días es una buena estimación.

—¡Pero esto es imposible! ¡No llegaremos a tiempo al Seminario!

Baojian, el jefe de la caravana, habló con una voz profesionalmente átona:

—Aguardaremos a la caravana que se dirige hacia el sur, para intercambiar artículos. Partiremos inmediatamente después.

—¡No podemos aguardar tanto! Debemos llegar a Fasm para asuntos de gran importancia.

—Te aseguro, vieja Madre, que te conduciré a tu Seminario tan rápido como me sea posible.

—¡No lo bastante rápido! ¡Tienes que llevarnos inmediatamente! —Esta vez la que estalló fue su compañera, la mujer robusta de marmóreas mejillas que Reith había visto antes.

—Imposible, me temo —dijo seca y llanamente Baojian—. ¿Hay alguna otra cosa que deseéis discutir?

Las dos mujeres se dieron la vuelta sin responder y se dirigieron a una mesa al lado de la pared.

Reith no pudo reprimir su curiosidad.

—¿Quiénes son?

—Sacerdotisas del Misterio Femenino. ¿No conoces el culto? Están por todas partes. ¿De qué parte de Tschai vienes?

—Un lugar muy remoto —dijo Reith—. ¿Quién es la joven que mantienen en la jaula? ¿Alguna sacerdotisa? Baojian se puso en pie.

—Es una esclava de Charchan, o al menos eso supongo. La llevan a Fasm para sus ritos trienales. No es algo que me incumba. Yo conduzco caravanas; hago el trayecto entre Coad en el Dwan hasta Tosthanag en el océano Schanizade. A quién conduzco, hasta dónde, con qué propósito... —Se alzó de hombros, frunció los labios—. Sacerdotisas o esclavos, Hombres-Dirdir, nómadas o híbridos inclasificables: todos son lo mismo para mí. —Les dirigió una fría sonrisa y se marchó.

Los tres regresaron a su mesa.

Anacho inspeccionó a Reith con el ceño pensativamente fruncido.

—Curioso, realmente curioso.

—¿Qué es curioso?

—Tu extraño equipo, tan excelente como el material Dirdir. Tus ropas, de un corte desconocido en Tschai. Tu peculiar ignorancia y tu igualmente peculiar competencia. Casi parece como si fueras lo que afirmas ser: un hombre de un mundo lejano. Absurdo, por supuesto.

—Yo no he afirmado nada de eso —dijo Reith.

—El muchacho lo hizo.

—Entonces la cuestión es entre tú y él. —Reith se volvió para observar a las sacerdotisas, que rumiaban sus problemas sobre sendos bols de sopa. Ahora se les habían unido otras dos sacerdotisas, con la muchacha cautiva entre ellas. Las dos primeras informaron de su conversación con el jefe de la caravana, acompañando sus palabras de gruñidos, agitar de brazos y hoscas miradas por encima del hombro. La muchacha permanecía sentada con aire abatido, las manos sobre el regazo, hasta que una de las sacerdotisas le dio un codazo y le señaló el bol de sopa, y empezó a comer maquinalmente. Reith no podía apartar los ojos de ella. Era un esclava, pensó con una repentina excitación; ¿la llevaban las sacerdotisas para venderla? Casi seguro que no. Aquella muchacha de extraordinaria belleza estaba destinada a alguna extraordinaria finalidad. Reith suspiró, volvió su mirada hacia otro lado, y observó que otras personas —principalmente los Iланth— no se mostraban menos fascinados que él. Los vio observándola, atusándose el bigote, murmurando y riendo, con una vulgaridad tan lasciva que Reith se sintió irritado. ¿Acaso no se daban cuenta de que la muchacha se enfrentaba a un destino trágico? Las sacerdotisas se pusieron en pie. Miraron truculentamente en todas direcciones, y condujeron a la muchacha fuera de la estancia. Durante un tiempo caminaron arriba y abajo por el recinto, con la muchacha a su lado, tirando de ella ocasionalmente cuando retardaba el paso. Los exploradores Iланth salieron también, acucillándose junto a la pared de la posada. Habían cambiado sus cascos de guerra con los cráneos humanos por sombreros cuadrados de suave terciopelo marrón, y cada uno se había pegado un lunar bermellón en su amarillenta mejilla. Comían frutos secos, escupiendo las cáscaras al polvo y sin apartar ni un momento sus ojos de la muchacha. Se cruzaron pullas, una tímida apuesta, y finalmente uno se alzó de pie. Echó a andar cruzando el recinto y, acelerando el paso, fue detrás de las sacerdotisas. Le dijo algo a la muchacha, que lo miró inexpresivamente. Las sacerdotisas se detuvieron y se volvieron en redondo. La más alta alzó un brazo, con el dedo índice apuntando al cielo, y pronunció una agria reconvención. El Iланth, sonriendo insolentemente, se mantuvo en su sitio. No se dio cuenta de la robusta sacerdotisa que se le acercó por un lado y le lanzó un estudiado golpe a la sien. El Iланth se derrumbó al suelo, pero se levantó de nuevo casi instantáneamente, escupiendo maldiciones. La sacerdotisa, sonriendo, avanzó unos pasos. El Iланth intentó golpearla con el puño. Ella lo aferró con un abrazo de oso, golpeó su cabeza contra la de él, lo alzó, tensó sus músculos abdominales, y lo lanzó a lo lejos. Avanzó unos pasos más, pateó al hombre, y las demás se le unieron. El Iланth, rodeado de sacerdotisas, consiguió finalmente alejarse arrastrándose y ponerse en pie. Les gritó maldiciones, le escupió al rostro a la primera sacerdotisa, y luego, retirándose rápidamente, regresó junto a sus burlones camaradas.

Las sacerdotisas, sin dejar de echar miradas ocasionales hacia los Iланth, siguieron andando. El sol descendió hacia su ocaso, arrojando largas sombras en el recinto. De las colinas llegó un grupo de gente harapienta, de estatura algo inferior a la media, pieles blancas, pelo castaño amarillento, perfiles angulosos, ojos pequeños y rasgados. Los hombres empezaron a hacer sonar gongs, mientras las mujeres bailaban una curiosa danza sincopada, saltando hacia adelante y hacia atrás con la rapidez de insectos. Unos niños de aspecto marchito, llevando solamente una especie de mantones, avanzaron por entre los viajeros con bols en la mano, pidiendo monedas. Por todo el recinto los viajeros estaban aireando sábanas y mantas, agitando los cuadrados naranjas, amarillos, marrones y sienas al aire procedente de las colinas. Las sacerdotisas y la muchacha esclava se retiraron a su carromato-casa con su tela metálica.

El sol se ocultó tras las colinas. El crepúsculo se asentó sobre el albergue; el recinto quedó en silencio. Empezaron a encenderse pálidas luces en los carromatos-vivienda. La estepa más allá de las rocas apenas podía verse, orlada por una débil aureola color ciruela.

Reith comió para cenar un bol de aromático goulash, una rebanada de pan de prieta miga y un poco de mermelada. Traz fue a observar a unos jugadores; Anacho no se veía por ninguna parte. Reith salió al recinto, alzó la vista hacia las estrellas. En algún lugar entre las poco familiares constelaciones debía hallarse una débil y minúscula Cefeo, al otro lado del Sol desde aquel punto. Cefeo, una constelación indistinguible, nunca podía ser identificada a ojo desnudo. El Sol, a 212 años luz, debía ser invisible: una estrella de magnitud diez o doce. Sintiendo deprimido, Reith apartó su mirada del cielo.

Las sacerdotisas estaban sentadas fuera de su carromato, murmurando entre sí. La muchacha esclava permanecía dentro de la jaula. Atraído casi contra su voluntad, Reith dio la vuelta al recinto, se acercó por detrás del carro, miró al interior de la jaula.

—Muchacha —llamó—. Muchacha.

Ella se volvió y le miró, pero no dijo nada.

—Ven aquí—dijo Reith—, donde pueda hablarte. Lentamente, ella cruzó la jaula y se le quedó mirando.

—¿Qué van a hacer contigo? —preguntó Reith.

—No lo sé. —Su voz era ronca y suave—. Me arrebataron de mi casa en Cath; me llevaron a la nave y me metieron en una jaula.

—¿Por qué?

—Porque soy hermosa. O eso dicen... Silencio. Nos han oído hablar. Escóndete.

Reith, acobardado, se dejó caer de rodillas. La muchacha permaneció de pie sujetando la tela metálica, mirando desde la jaula. Una de las sacerdotisas inspeccionó al interior de la jaula y, al no ver nada sospechoso, regresó junto a sus hermanas.

La muchacha llamó suavemente a Reith.

—Se ha ido.

Reith se puso en pie, sintiéndose estúpido.

—¿Deseas verte libre de esta jaula?

—¡Por supuesto! —Su voz era casi indignada—. ¡No deseo formar parte de su rito! ¡Me odian! ¡Porque son tan feas! —Miró fijamente a Reith, lo estudió a la parpadeante luz de una ventana próxima—. Te vi antes, de pie junto al sendero.

—Sí. Yo también reparé en ti. Ella volvió la cabeza.

—Vienen de nuevo. Será mejor que te vayas.

Reith se alejó. Desde el otro lado del recinto observó a las sacerdotisas empujar a la muchacha al interior del carromato-casa. Luego regresó al salón principal de la posada. Durante un tiempo observó jugar a la gente. Jugaban al ajedrez, con un tablero de cuarenta y nueve cuadrados con siete piezas a cada lado; a un juego con discos y un cierto número de fichas numeradas, muy complicado; a varios juegos de cartas. Había una jarra de cerveza al lado de cada mano; las mujeres de las tribus de las colinas iban de un lado a otro de la estancia, pidiendo; hubo algunos altercados, sin ninguna consecuencia seria. Un hombre de la caravana sacó una flauta, otro un laúd, otro extrajo sonoras notas bajas de un largo tubo de cristal; juntos interpretaron una música que Reith encontró fascinante tan sólo por lo extraño de su estructura melódica. Traz y el Hombre-Dirdir se habían retirado a sus habitaciones hacía rato; Reith no tardó mucho en imitarles.

Reith despertó con una sensación de peligro inminente que, por un espacio de tiempo, no fue capaz de definir. Luego comprendió su fuente: procedía de la muchacha y de las Sacerdotisas del Misterio Femenino. Permaneció tendido, frunciéndole el ceño al yeso del techo. Era una solemne estupidez complicarse la vida con asuntos que se hallaban más allá de su comprensión. ¿Qué podía conseguir, después de todo?

Bajó al salón principal, comió un plato de gachas servido por una de las desaliñadas hijas del posadero, luego salió y se sentó en un banco, deseoso de captar un atisbo de la cautiva muchacha.

Aparecieron las sacerdotisas, camino de la posada con la muchacha en medio, sin mirar ni a derecha ni a izquierda.

Media hora más tarde volvieron a salir, y fueron a hablar con uno de los pequeños hombres de las colinas, que sonrió y asintió obsequiosamente, con los ojos brillando con fascinada admiración.

Los Ilanth salieron del salón principal. Lanzaron miradas de reojo hacia las sacerdotisas, que se volvieron concupiscentes cuando se clavaron en la muchacha, luego cruzaron el recinto, desataron sus caballos saltadores y empezaron a librarlos de las excrecencias córneas que se formaban en su cuero verde grisáceo.

Las sacerdotisas terminaron su discusión con el hombre de las colinas y echaron a andar hacia la estepa, yendo de un lado para otro frente a los promontorios rocosos, con la muchacha siempre unos pasos más atrás, con honda exasperación de las sacerdotisas. Los Ilanth no las perdían de vista, murmurando entre sí.

Traz salió y se sentó al lado de Reith. Señaló hacia la estepa.

—Los Chasch Verdes están cerca: un grupo grande. Reith no pudo ver nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Huelo el humo de sus fuegos.

—Yo no huelo nada —dijo Reith. Traz se alzó de hombros.

—Es un grupo de tres o cuatrocientos.

—Hummm. ¿Cómo lo sabes?

—Por la fuerza del viento y el olor del humo. Un grupo pequeño hace menos humo que un grupo grande. Este es el humo de unos trescientos Chasch Verdes.

Reith alzó las manos, derrotado.

Los Ilanth montaron en sus caballos saltadores y avanzaron hasta el amparo de las rocas, donde se detuvieron. Anacho apareció junto a Reith y Traz y dejó escapar una seca risa.

—Van a importunar a las sacerdotisas.

Reith se puso en pie, deseoso de observar lo que ocurría. Los Ilanth aguardaron hasta que las sacerdotisas aparecieron a su lado, entonces se lanzaron al galope. Las sacerdotisas retrocedieron alarmadas; los Ilanth, graznando y aullando, agarraron a la muchacha, la echaron sobre una silla, y partieron hacia las colinas. Las sacerdotisas se quedaron contemplando su marcha, consternadas; luego, chillando roncamente, corrieron de vuelta al recinto. Acudieron a Baojian, el jefe de la caravana, y señalaron frenéticamente con dedos temblorosos.

—¡Las bestias amarillas han raptado a la doncella de Cath!

—Sólo para divertirse un poco —dijo Baojian conciliadoramente—. La devolverán cuando hayan terminado con ella.

—¡Inutilizable para nuestros propósitos! ¡Cuando hemos viajado hasta tan lejos y soportado tanto! ¡Es una terrible tragedia! ¡Soy una Gran Madre del Seminario de Fasm! ¡Y tú ni siquiera vas a ayudar!

El jefe de la caravana escupió al polvo.

—Yo no ayudo a nadie. Yo mantengo el orden en la caravana, conduzco mis carros, y no tengo tiempo para nada más.

—¡Eres un hombre vil! ¿Acaso esos brutos no se hallan bajo tus órdenes? ¡Contrólos!

—Yo solamente controlo mi caravana. El suceso ocurrió en la estepa.

—Oh, ¿qué podemos hacer? ¡Hemos sido despojadas! ¡Ya no habrá Rito de Clarificación!

Reith se había instalado ya en la silla de un caballo saltador y galopaba por la estepa. Había sido activado por un impulso mucho más allá del nivel de su mente consciente; incluso mientras su montura lo llevaba con sus prodigiosos saltos a través de la estepa se maravilló de los reflejos que le habían hecho actuar apartándose del jefe de la caravana y montando en un caballo saltador. «Lo que está hecho está hecho», se consoló a sí mismo con una cierta satisfacción amarga; parecía que el triste sino de una hermosa muchacha esclava había pasado por encima de sus propios infortunios.

Los Iланth no habían ido lejos: habían subido por un pequeño valle hasta una pequeña zona plana y arenosa bajo una escarpada pared rocosa. La muchacha estaba acurrucada, con la espalda fuertemente apretada contra la piedra, como si intentara buscar refugio en ella; los Iланth apenas acababan de atar sus caballos saltadores cuando llegó Reith.

—¿Qué quieres? —preguntó uno rudamente—. Lárgate; vamos a probar la calidad de esta chica de Cath.

Otro lanzó una ronca risotada.

—¡Necesitaré instrucciones para los Misterios Femeninos!

Reith sacó su pistola.

—Mataré a cualquiera de vosotros, o a todos, con el máximo placer. —Hizo un gesto a la muchacha—. Ven.

Ella miró alocadamente a su alrededor, como si no supiera en qué dirección echar a correr.

Los Iланth permanecían silenciosos, con sus negros bigotes caídos. Lentamente, la muchacha subió al caballo de Reith, delante de éste; Reith hizo dar media vuelta al animal y lo guió valle abajo. Ella lo miró con una expresión inescrutable, empezó a decir algo, luego calló. Tras ellos, los Iланth montaron en sus propios caballos y regresaron al galope, pasando junto a ellos entre maldiciones, gritos y alaridos.

Las sacerdotisas permanecían inmóviles a la entrada del recinto, mirando hacia la estepa. Reith detuvo el caballo y estudió las cuatro figuras vestidas de negro, que al momento empezaron a hacer perentorias señales.

—¿Cuánto te han pagado? —preguntó frenéticamente la muchacha.

—Nada —dijo Reith—. Acudí por mi propia voluntad.

—Llévame a casa —suplicó la muchacha—. ¡Llévame de vuelta a Cath! Mi padre te pagará mucho más... ¡cualquier cosa que le pidas!

Reith señaló a una moviente línea negra en el horizonte.

—Sospecho que éstos son Chasch Verdes. Será mejor que volvamos a la posada.

—¡Las mujeres me cogerán de nuevo! ¡Me pondrán en la jaula! —La voz de la muchacha se quebró; su compostura, o quizá fuera apatía, empezó a desintegrarse—. ¡Me odian, quieren hacerme lo peor! —Señaló—. ¡Ya vienen! ¡Déjame ir!

—¿Sola? ¿A la estepa?

—¡Lo prefiero!

—No les dejaré que te cojan —dijo Reith. Se encaminó lentamente hacia el recinto. Las sacerdotisas habían avanzado y aguardaban ahora en el paso entre las prominencias rocosas.

—¡Oh, hombre noble! —exclamó la Gran Madre—. ¡Ha sido una gran hazaña! ¿No la han profanado?

—Eso no es de tu incumbencia —dijo Reith.

—¿Qué significa eso? ¿No es de nuestra incumbencia? ¿Cómo puedes decir esto?

—Ella es ahora propiedad mía. Se la arrebaté a los tres guerreros. Si tienes algo que reclamar ve a ellos, no a mí. Siempre me quedo con lo que consigo.

Las sacerdotisas rieron a grandes voces.

—¡Ridículo gallo de pelea! ¡Devuélvenos nuestra propiedad o vas a verte en problemas! ¡Somos Sacerdotisas del Misterio Femenino!

—Seréis sacerdotisas muertas si interferís conmigo o con mi propiedad —dijo Reith. Siguió cabalgando, pasando junto a ellas, hacia el recinto, dejando a las sacerdotisas con la vista clavada en su espalda. Desmontó, ayudó a bajar a la muchacha, y entonces comprendió por qué su instinto lo había enviado en persecución de los Ilanth, pese a todas las advertencias de su buen juicio.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

Ella reflexionó, como si Reith le hubiera preguntado la más desconcertante de las adivinanzas, y finalmente respondió con desconfianza:

—Mi padre es el señor del Palacio de Jade Azul. —Luego añadió—: Somos de la casta de los Aegis. Algunas veces soy anunciada como Flor de Jade Azul, y en ocasiones menos protocolarias como Flor de Belleza, o Flor de Cath... Mi nombre de flor es Ylin-Ylan.

—Todo eso es más bien complicado —murmuró Reith, y la muchacha asintió, como si ella también considerara el asunto muy profundo—. ¿Cómo te llaman tus amigos?

—Eso depende de su casta. ¿Eres noble?

—Sí, por supuesto —dijo Reith, no viendo ninguna razón para reconocer lo contrario.

—¿Tienes intención de hacerme tu esclava? Si es así, no resultará adecuado que uses mi nombre de amigo.

—Nunca he tenido ningún esclavo —dijo Reith—. La tentación es grande, pero... creo que mejor usaré tu nombre de amigo.

—Puedes llamarme la Flor de Cath, que es un nombre de amigo formal, o, si lo deseas, mi nombre de flor, Ylin-Ylan.

—Eso bastará, por el momento al menos. —Observó el recinto y luego, tomando a la muchacha del brazo, la condujo hasta el salón principal de la posada, y allí hasta una mesa en la pared del fondo. Luego estudió a la muchacha, Ylin-Ylan, la Flor de Belleza, la Flor de Cath.

—No sé qué demonios hacer contigo.

Fuera en el recinto, las sacerdotisas estaban discutiendo con el jefe de la caravana, que escuchaba grave y educadamente.

—Puede que el problema se me escape de las manos —dijo Reith—. No estoy demasiado seguro de mis derechos legales.

Traz acudió a reunirse con ellos. Observó con desaprobación a la muchacha.

—¿Qué es lo que pretendes hacer con ella?

—Veré de llevarla de vuelta a su casa, si es que puedo.

—Si lo haces, obtendrás lo que quieras —le dijo ansiosamente la muchacha—. Soy la hija de una casa notable. Mi padre te construirá un palacio.

Ante aquello la desaprobación de Traz disminuyó, y miró hacia el este como viendo ya el viaje.

—No es imposible —dijo.

—Para mí sí lo es —dijo Reith—. Tengo que ir en busca de mi espacionave. Si deseas llevarla tú a Cath, hazlo, y consigue así una nueva vida.

Traz miró dubitativo a las sacerdotisas.

—Sin guerreros ni armas, ¿cómo puedo llevar a alguien como ella a través de las estepas? Seremos esclavizados o muertos a la primera ocasión.

Baojian, el jefe de la caravana, entró en la estancia y se acercó a ellos. Habló con una voz carente de entonación.

—Las sacerdotisas me piden que respalde su petición, cosa que no voy a hacer, puesto que la transferencia de propiedad ocurrió fuera de la caravana. De todos modos, he aceptado plantear la pregunta: ¿cuáles son tus intenciones respecto a la muchacha?

—Eso no es asunto de ellas —dijo Reith—. La muchacha es ahora propiedad mía. Si

desean alguna compensación, deben pedírsela a los Ilanth. Yo no tengo ningún asunto con ellos.

—Ésta es una afirmación razonable —observó Baojian—. Las sacerdotisas lo comprenden, aunque protestan por su desgracia. Me siento inclinado a aceptar que han sido expoliadas.

Reith estudió si el rostro del jefe de la caravana seguía siendo impasible.

—Solamente estoy pensando en términos de derechos de propiedad y de la seguridad de la transferencia —declaró Baojian—. Las sacerdotisas han sufrido una gran pérdida. Para su rito se necesita una cierta clase de muchacha; han tenido mucho trabajo para procurarse una participante idónea, tan sólo para perderla en el último minuto. ¿Qué te parece si te pagaran un derecho de recuperación... digamos la mitad del precio de una mujer de características comparables?

Reith agitó negativamente la cabeza.

—Puede que hayan sufrido una pérdida, pero eso no es de mi incumbencia. Después de todo, ni siquiera han venido a alegrarse con la muchacha por la recuperación de su libertad.

—Sospecho que no están de humor para alegrías, ni siquiera en una ocasión tan festiva —observó Baojian—. Bien, les comunicaré tus observaciones. Indudablemente tomarán otras medidas.

—Espero que la situación no afecte las condiciones de nuestro viaje.

—Por supuesto que no —declaró enfáticamente el jefe de la caravana—. Prohíbo terminantemente el robo y la violencia. La seguridad es mi máximo lema en el negocio. —Hizo una inclinación de cabeza y se fue.

Reith se volvió a Traz y Anacho, que había acudido a unirse al grupo.

—Bien, ¿y ahora qué?

—Es como si ya estuvieras muerto —dijo Traz lúgubrememente—. Las sacerdotisas son brujas. Tuvimos a varias de ellas entre los Emblemas. Las matamos, y las cosas fueron a mejor.

Anacho inspeccionó a la Flor de Cath con la misma fría indiferencia que habría usado con un animal.

—Es una Yao Dorada, una estirpe extremadamente antigua; híbridos de los Primeros Cobrizos y los Primeros Blancos. Hace ciento cincuenta años se volvieron arrogantes y construyeron algunos mecanismos avanzados. Los Dirdir les dieron una buena lección.

—¿Hace ciento cincuenta años? ¿Cuánto dura un año en Tschai?

—Cuatrocientos ochenta y ocho días, aunque no veo la relación que pueda tener esto con el asunto.

Reith calculó. Ciento cincuenta años de Tschai eran el equivalente a aproximadamente doscientos doce años de la Tierra. ¿Coincidencia? ¿O habían enviado los antepasados de la Flor aquel mensaje por radio que lo había traído a él a Tschai?

La Flor de Cath estaba mirando a Anacho con aborrecimiento.

—¡Tú eres un Hombre-Dirdir! —dijo con voz ronca.

—Del Sexto Estado: disto mucho de ser un Inmaculado.

La muchacha se volvió hacia Reith.

—¡Ellos torpedearon Settra y Balisidre; querían destruirnos, por envidia!

—«Envidia» no es la palabra adecuada —dijo Anacho—. Vuestra gente estaba jugando con fuerzas prohibidas, cosas que están más allá de tu comprensión.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Reith.

—Nada —dijo Ylin-Ylan—. Nuestras ciudades fueron destruidas, y los receptónos y el Palacio de las Artes, y las Tramas de Oro... los tesoros de miles de años, ¿es de extrañar que odiemos a los Dirdir? ¡Más que a los Pnume, más que a los Chasch, más que a los Wankh!

—Anacho se alzó de hombros.

—Yo no tuve nada que ver con la eliminación de los Yao.

—¡Pero lo defiendes! ¡En el fondo es lo mismo!

—Hablemos de alguna otra cosa —sugirió Reith—. Después de todo, eso ocurrió

hace doscientos doce años.

—¡Hace tan sólo ciento cincuenta! —le corrigió la Flor de Cath.

—Cierto. Bien, volvamos a ti. ¿No te gustaría cambiarte de ropas?

—Sí. He llevado éstas desde que esas innumerables mujeres me secuestraron en mi jardín. Y me gustaría bañarme. Me daban sólo el agua suficiente para beber...

Reith montó guardia mientras la muchacha se aseaba, luego le tendió unas ropas de la estepa, que no hacían distinción entre hombres y mujeres. Finalmente salió, aún húmeda, llevando unos pantalones grises y una túnica color tostado, y bajaron de nuevo al salón principal, y salieron al recinto, para descubrir una atmósfera de urgente excitación causada por los Chasch Verdes, que se habían aproximado a menos de un par de kilómetros del recinto. Había hombres en las piezas de artillería entre las rocas; Baojian estaba conduciendo sus piezas a las distintas aberturas para cubrir todos los flancos.

Los Chasch Verdes no parecían querer atacar inmediatamente. Trajeron sus propios carromatos, los alinearon en una larga hilera, y erigieron un centenar de altas tiendas negras.

Baojian tironeó irritado de su barbilla.

—La caravana norte-sur no se unirá jamás a nosotros con los nómadas tan cerca. Cuando sus exploradores vean el campamento regresarán con el aviso. Preveo un retraso.

La Gran Madre lanzó una indignada exclamación.

—¡El Rito se celebrará sin nosotras! ¿Tenemos que enfrentarnos con impedimentos a cada instante? Baojian alzó las manos implorando razón.

—¿Acaso no puedes ver la imposibilidad de abandonar el recinto? ¡Vamos a vernos obligados a luchar! ¡Tendremos que hacerlo lo queramos o no!

—¡Envía a las sacerdotisas a danzar su «Rito» delante de los Chasch! —gritó alguien.

—Ahórrales el suplicio a los pobres Chasch —se burló otra voz. Las sacerdotisas se retiraron, furiosas.

El anochecer cubrió la estepa. Los Chasch Verdes encendieron una línea de fogatas, ante las cuales podían verse pasar sus altas siluetas. De tanto en tanto parecían detenerse y mirar hacia el recinto.

—Son una raza telepática —dijo Traz a Reith—; saben lo que piensan los demás. A veces parecen leer los pensamientos de los hombres... yo dudo que lo hagan, pero... ¿quién sabe?

En el comedor fue servida una frugal cena de sopa y lentejas, a media luz para impedir que los Chasch pudieran descubrir las siluetas de aquellos que estaban de guardia. A un lado, algunos hombres jugaban. Los Ilanth bebían alcohol, y empezaron a mostrarse rudos y pendencieros, hasta que el posadero les advirtió que en su establecimiento seguía una política similar a la del jefe de la caravana, y que si deseaban pendencia deberían ir fuera a la estepa. Los tres se apaciguaron en su mesa, los sombreros echados de medio lado sobre sus amarillentos rostros.

El salón principal empezó a vaciarse. Reith llevó a Ylin-Ylan la Flor de Belleza a una habitación al lado de la suya.

—Cierra tu puerta por dentro —le dijo—. No salgas hasta mañana. Si alguien intenta abrir la puerta, golpea la pared para despertarme.

Ella lo miró a través del umbral con una expresión inescrutable, y Reith pensó que nunca había visto una mirada más atractiva. La muchacha preguntó:

—Entonces, ¿realmente no pretendes hacerme tu esclava?

—No.

La puerta se cerró, el cerrojo interior resonó en su sitio. Reith fue a su propia habitación.

Pasó la noche. Al día siguiente, con los Chasch Verdes aún acampados ante el recinto, no había nada que hacer excepto esperar.

Reith, con la Flor de Cath a su lado, inspeccionó con interés los cañones de la caravana, los denominados «lanzaarena». Supo que las armas arrojaban efectivamente arena, cargando electrostáticamente cada grano, acelerándolo

violentemente hasta casi la velocidad de la luz y aumentando la masa de cada grano un millar de veces. Esos granos de arena, al golpear un objeto sólido, penetraban en él, liberando su energía en forma de explosión. Las armas, supo Reith, eran equipo Wankh anticuado, y estaban grabadas con escritura Wankh: hileras de rectángulos de diferentes formas y tamaños.

Volvió a la posada, y encontró a Traz y Anacho discutiendo acerca de la naturaleza de los Phung. Traz afirmaba que eran criaturas generadas por los Pnumekin a partir de los cadáveres de los Pnume.

—¿Has visto alguna vez a una pareja de Phung? ¿O a un niño Phung? No. Siempre van solos. Están demasiado locos, demasiado desesperados, para procrear.

Anacho agitó sus dedos en un gesto de indulgente suficiencia.

—Los Pnume también son solitarios, y se reproducen de una forma peculiar. Peculiar para los hombres y los subhombres, debo decir, porque el sistema parece encajar con los Pnume admirablemente. Son una raza persistente. ¿Sabes que poseen registros de más de un millón de años?

—Eso he oído —admitió Traz hoscamente.

—Antes de que llegaran los Chasch —dijo Anacho—, los Pnume gobernaban en todas partes. Vivían en poblados de pequeños domos, pero toda huella de esos poblados ha desaparecido. Ahora moran en cuevas y pasadizos bajo las viejas ciudades, y sus vidas son un misterio. Incluso los Dirdir consideran que trae mala suerte molestar a un Pnume.

—Entonces, ¿los Chasch llegaron a Tschai antes que los Dirdir? —inquirió Reith.

—Es bien sabido —dijo Anacho—. Sólo un hombre de una provincia aislada... o de un mundo lejano, ignoraría el hecho. —Lanzó a Reith una mirada interrogadora—. Pero los primeros invasores fueron de hecho los Viejos Chasch, hará un centenar de miles de años. Diez mil años más tarde llegaron los Chasch Azules, procedentes de un planeta colonizado en una era anterior por los viajeros espaciales Chasch. Las dos razas Chasch lucharon por el dominio de Tschai, y apelaron a los Chasch Verdes como tropas de choque.

»Hace sesenta mil años llegaron los Dirdir. Los Chasch sufrieron grandes pérdidas hasta que los Dirdir llegaron en tan gran número que se volvieron vulnerables, a partir de cuyo momento se estableció un equilibrio. Las razas siguen siendo enemigas, con pocos intercambios entre ellas.

»En un tiempo comparativamente reciente, hace diez mil años, estalló una guerra espacial entre los Dirdir y los Wankh, y se extendió hasta Tschai, donde los Wankh construyeron fuertes en Rakh y en el sur de Kachan. Pero ahora la lucha es escasa, excepto alguna que otra escaramuza y emboscada. Cada raza teme a las otras dos y anhela la hora en que pueda eliminarlas y conseguir la supremacía. Los Pnume son neutrales y no toman parte en las guerras, aunque observan con interés y toman notas para su historia.

—¿Y qué hay de los hombres? —preguntó Reith con circunspección—. ¿Cuándo llegaron a Tschai?

La mirada de reojo que le lanzó Anacho era sardónica.

—Puesto que afirmas conocer el mundo donde se originaron los hombres, debes poseer ya esa información.

Reith rechazó la provocación y no hizo ningún comentario.

—Los hombres —dijo el Hombre-Dirdir a su manera más didáctica— se originaron en Sibol y vinieron a Tschai con los Dirdir. Los hombres son tan plásticos como la cera, y algunos se metamorfosearon, primero en hombres de las marismas, luego, hace veinte mil años, en este tipo —señaló a Traz—. Otros, esclavizados, se convirtieron en Hombres-Chasch, Pnumekin, incluso Hombres-Wankh. Hay docenas de híbridos y razas extrañas. Existen multitud de variedades incluso entre los Hombres-Dirdir. Los Inmaculados son casi Dirdir puros. Otros exhiben menos refinamiento. Éste es el entorno que rodeó mi propia desafección: exigí prerrogativas que me fueron negadas, pero que adopté pese a todo...

Anacho siguió hablando, describiendo sus dificultades, pero la atención de Reith no estaba con él. Resultaba claro, al menos para Reith, cómo habían llegado los

hombres a Tschai. Los Dirdir conocían el viaje espacial desde hacía más de setenta mil años. Durante este tiempo habían visitado evidentemente la Tierra, dos veces al menos. En la primera ocasión habían capturado una tribu de proto-mongoloides; en la segunda ocasión —hacia veinte mil años, según Anacho— habían recogido un cargamento de proto-caucasianos. Esos dos grupos, bajo las especiales condiciones de Tschai, habían mutado, se habían especializado, habían vuelto a mutar, habían vuelto a especializarse, hasta producir la sorprendente diversidad de tipos humanos que podían hallarse en el planeta.

En conclusión: los Dirdir sabían indudablemente de la existencia de la Tierra y de su población humana, pero quizá lo consideraban como un planeta todavía salvaje. Nada iba a ganarse poniendo al descubierto que la Tierra era ahora un planeta que efectuaba viajes espaciales; de hecho, el que Reith comunicara este hecho podía traer consigo verdaderas calamidades. La lanzadera no llevaba en su interior ningún indicio que apuntara a la Tierra, excepto posiblemente el cuerpo de Paul Waunder. En cualquier caso, los Dirdir habían perdido la posesión de la nave en beneficio de los Chasch Azules.

Sin embargo, quedaba una pregunta por responder: ¿quién había disparado el torpedo que había destruido la *Explorador IV*?

Dos horas antes del amanecer los Chasch Verdes levantaron el campamento. Los carromatos de altas ruedas se desplegaron en un amplio círculo; los guerreros, montados en monstruosos caballos saltadores, se lanzaron al galope; luego, a una señal imperceptible —quizá telepática, reflexionó Reith—, el grupo formó una larga línea y se retiró hacia el este. Los exploradores Ilanth partieron y siguieron a los Chasch a una discreta distancia. Por la mañana regresaron para informar que el grupo parecía dirigirse hacia el norte.

A última hora de la tarde llegó la caravana de Aig-Hedajha, cargada de pieles, maderas aromáticas, musgos, cajas de encurtidos y condimentos.

Baojian, el jefe de la caravana, llevó sus carromatos a la estepa para efectuar los intercambios y las operaciones comerciales. Se instalaron una serie de grúas entre las dos caravanas, pasando mercancías de un lado para otro; los porteadores y los conductores se afanaban, desnudos hasta la cintura, con el sudor chorreando por sus espaldas hasta sus amplios pantalones de tela gruesa.

Una hora antes del ocaso el intercambio de mercancías había terminado, y fueron avisados los pasajeros que se hallaban en el salón principal de la posada. Reith, Traz, Anacho y la Flor de Cath se dirigieron a la estepa cruzando el recinto. No se veía por ninguna parte a las sacerdotisas; Reith supuso que estaban ya en su carromato-casa.

Pasaron junto a los amontonamientos rocosos en dirección a la caravana. Hubo un repentino movimiento; unos brazos sujetaron a Reith con una presa de oso, y se sintió estrujado contra un cuerpo fofo que respiraba pesadamente. Se debatió; los dos rodaron por el suelo. La Gran Madre lo sujetó con sus enormes piernas. Otra sacerdotisa agarró a la Flor de Cath y la arrastró torpemente hacia la caravana. Reith permanecía abrumado en masas de músculos y carne. Una mano apretó su garganta; la sangre se acumuló en sus arterias, notó que sus ojos se desorbitaban. Consiguió liberar un brazo, clavó unos rígidos dedos en el rostro de la Gran Madre, sintió que oprimía algo húmedo. La mujer jadeó y resolló; Reith encontró su nariz, aferró, apretó, retorció; la mujer lanzó un alarido y pateó; Reith se sintió libre.

Un Ilanth estaba rebuscando en su bolsa; Traz estaba tendido, flácido, en el suelo; Anacho se defendía fríamente de las espadas de los otros dos Ilanth. La gran Madre intentó aferrar a Reith por las piernas; pateó furioso, se liberó, hizo una finta hacia un lado cuando el Ilanth que investigaba sus pertenencias alzó la vista y esgrimió un cuchillo hacia él. Reith lanzó un puñetazo contra la barbilla amarillo limón; el hombre se derrumbó. Reith saltó a la espalda de uno de los Ilanth que estaban atacando al Hombre-Dirdir, lo hizo caer, y Anacho lo ensartó hábilmente. Reith se echó a un lado para evitar el golpe del tercer Ilanth, agarró el tendido brazo, arrojó al hombre dando una voltereta por encima de su hombro. El Hombre-Dirdir, de pie a su lado, volvió a manejar la espada, cortando limpiamente el amarillo cuello. El

Ilanth que quedaba emprendió presuroso la huida.

Traz se puso trabajosamente en pie, sujetándose la cabeza. La Gran Madre estaba subiendo en aquellos momentos los peldaños del carromato-casa.

En su vida se había sentido Reith tan furioso. Recogió su mochila y se dirigió hacia donde estaba Baojian, el jefe de la caravana, dando instrucciones a los pasajeros»

—¡He sido atacado! —rugió Reith—. ¡Supongo que lo habrás visto! ¡Las sacerdotisas se han llevado por la fuerza a la muchacha de Cath a su casa y la retienen prisionera!

—Sí —dijo Baojian—. Vi algo de eso.

—¡Bien, entonces ejerce tu autoridad! ¡Haz cumplir tus normas contra la violencia!

Baojian agitó severamente la cabeza.

—El suceso tuvo lugar en esa parte de la estepa entre el recinto y la caravana, donde yo no tengo ninguna responsabilidad respecto al mantenimiento del orden. Parece que las sacerdotisas han recuperado su propiedad de la misma manera en que la perdieron. No tienes ninguna razón de queja.

—¿Qué? —rugió Reith—. ¿Vas a permitirles que usen a una persona inocente en su Misterio Femenino? Baojian alzó las manos.

—No tengo elección. No puedo encargarme del orden en la estepa; ni pretendo intentarlo.

Reith lo fulminó con una mirada de furia y desprecio, luego se volvió para examinar el carromato-casa de las sacerdotisas.

—Debo prevenirte contra cualquier conducta desordenada mientras seas un pasajero —dijo Baojian—. Soy muy severo con la disciplina de la caravana.

Por un momento, Reith no encontró palabras para responderle. Finalmente murmuró:

—Entonces, ¿no te preocupan las fechorías?

—¿Fechorías? —Baojian se echó a reír sin alegría—. En Tschai esta palabra no tiene ningún significado. Las cosas existen... o no existen. Si una persona se adhiere a algún otro sistema de conducta terminará rápidamente de existir... o se volverá loca como un Phung. Ahora permíteme que te muestre tu compartimiento, puesto que vamos a partir inmediatamente. Quiero avanzar unas cuantas leguas esta noche, antes de que vuelvan los Chasch Verdes. Parece que por el momento vamos a poder disponer solamente de un explorador.

5

A Reith, Traz y Anacho les fueron asignados compartimientos en uno de los carrmatos-barracones, compuestos cada uno de ellos por una hamaca y un pequeño armario. Cuatro carrmatos más adelante estaba el carrmato-casa de las sacerdotisas. Durante toda la noche avanzaron sobre sus enormes ruedas, con todas las luces apagadas.

Incapaz de pensar en ningún plan de rescate realizable, Reith se fue a su hamaca, y se hundió en un sueño casi hipnótico a causa del movimiento del carrmato.

Poco después de que el descolorido sol hubiera salido de entre el grisor, la caravana se detuvo. Todo el mundo pasó por el carrmato de provisiones para recoger una torta coronada con carne caliente y una jarra de cerveza. Una bruma baja remolineaba en torno a ellos; los pequeños ruidos de la caravana parecían acentuar aún más el enorme silencio de la estepa. Los colores parecían haber desaparecido: solamente existía el pizarra del cielo, el apagado gris marrón de la estepa, el aguado lechoso de la bruma. No se observaba ningún signo de vida en el carrmato-casa; las sacerdotisas no aparecieron, y a la Flor de Cath no se le permitió salir a la jaula de la parte delantera.

Reith fue al encuentro del jefe de la caravana.

—¿Está muy lejos el Seminario? ¿Cuándo llegaremos a él?

El jefe de la caravana masticó su torta de carne mientras meditaba.

—Esta noche acamparemos junto al otero Slugh. Otro día hasta el depósito de Zadno, luego a la mañana siguiente llegaremos al cruce de Fasm. Muy justo para las sacerdotisas; temen que lleguemos tarde a su Rito.

—¿En qué consiste su «Rito»? ¿Qué ocurre en él? Baojian se alzó de hombros.

—Sólo puedo hablar de rumores. Las sacerdotisas son un grupo selecto, y odian a los hombres, o al menos eso me han dicho, con un fervor anormal. El sentimiento se extiende a todos los aspectos de las relaciones normales hombre-mujer, e incluye también a las mujeres que estimulan las conductas eróticas. El Rito parece purgar esas intensas emociones; y me han dicho que las sacerdotisas se ven presas de un auténtico frenesí durante esas solemnidades.

—Entonces, dos días y medio.

—Dos días y medio hasta el cruce de Fasm.

La caravana avanzaba por la estepa, siguiendo un rumbo paralelo a las colinas que se erguían, ahora altas, ahora bajas, al sur. Ocasionalmente se abrían barrancos y hendiduras entre las colinas, ocasionalmente había bosquecillos o matorrales de espinosa vegetación. Reith, que examinaba el paisaje con su sondoscopio, podía divisar criaturas observándoles desde las sombras: supuso que eran Phung, o posiblemente Pnume.

Su atención estaba fijada en su mayor parte en el carrmato-casa. Durante todo el día no mostró el menor signo de vida o movimiento, y por la noche solamente se pudo divisar la mas tenue de las luces. Ocasionalmente, Reith saltaba del gran carrmato en el que viajaba para caminar durante un cierto tiempo al lado de la caravana. Cada vez que se aproximaba al carrmato-casa uno de los servidores de las piezas de artillería que avanzaban cerca extraía y montaba rápidamente su arma. Evidentemente, Baojian había dado órdenes tajantes de que las sacerdotisas no fueran molestadas.

Anacho intentó desviar hacia otro lado sus inquietudes.

—¿Por qué te preocupas por esa mujer en particular? Ni siquiera te has dignado echar una mirada a los tres grupos de esclavos que hay un poco más adelante. La

gente vive y muere por todas partes, y a ti no parece importarte. ¿Qué tienes que decir de las víctimas de los Viejos Chasch y sus juegos? ¿Qué de los nómadas caníbales que crían hombres y mujeres en las regiones medias del Kislovan del mismo modo que otras tribus crían ganado de engorde? ¿Qué de los Dirdir y Hombres-Dirdir que se pudren en las mazmorras de los Chasch Azules? Ignoras todo eso; te has sentido alucinado por esa polilla de la arena: ¡estás fascinado por esa mujer y sus grotescas tribulaciones!

Reith consiguió esbozar una sonrisa.

—Un hombre no puede hacerlo todo. Empezaré salvando a esa mujer del Rito... si puedo.

Una hora más tarde, Traz hizo una protesta similar.

—¿Y qué me dices de tu nave espacial? ¿Vas a abandonar tus planes? Si interfieres con las sacerdotisas, van a matarte o a mutilarte.

A lo cual Reith se limitó a asentir pacientemente, admitiendo la justicia de las observaciones de Traz, pero sin permitirse ser persuadido por ellas.

A finales del segundo día las colinas empezaron a mostrarse rocosas y abruptas, y de tanto en tanto la estepa se veía rota por formaciones de rocas.

Al anochecer la caravana llegó al depósito de Zadno, un pequeño recinto para caravanas excavado en la cara de una de las formaciones rocosas, donde se detuvieron para descargar una serie de artículos y cargar cristales de roca y losas de malaquita. Baojian instaló los carromatos pegados a las rocas, con las piezas de artillería mirando a la estepa. Reith, al pasar junto al carromato-casa de las sacerdotisas, se sintió galvanizado por un apagado gemido, el impresionante lamento que podía emitir una persona estando dormida. Traz, casi presa del pánico, sujetó su brazo.

—¿No te das cuenta de que estás siendo vigilado a cada instante? ¡El jefe está esperando que causes algún alboroto!

Reith exhibió una sonrisa lobuna mientras miraba hacia el conjunto de la caravana.

—¡Voy a causar un alboroto, no lo dudes! ¡Y recuerda, quiero que tú te mantengas al margen! ¡Me ocurra lo que me ocurra, tú sigue tu camino!

Traz le lanzó una mirada de reproche e indignación.

—¿Crees que voy a quedarme a un lado? ¿Acaso no somos camaradas?

—Sí. Pero...

—No hay más que decir —afirmó Traz, con algo más que un asomo del antiguo Onmale en su voz.

Reith alzó las manos, se alejó del carromato-casa y se adentró en la estepa. El tiempo se estaba acabando. Tenía que actuar, pero... ¿cuándo? ¿Durante la noche? ¿Durante el viaje al cruce de Fasm? ¿Después de que las sacerdotisas abandonaran la caravana?

Actuar ahora era atraer el desastre sobre su persona.

Y lo mismo sería durante la noche, o a la mañana siguiente, cuando las sacerdotisas, sabiendo que podía efectuar un acto desesperado, estarían más vigilantes que nunca.

¿Entonces en el cruce de Fasm, después de que hubieran abandonado la protección del jefe de la caravana? Aquello iba a ser una incógnita. Presumiblemente habrían tomado las correspondientes medidas para protegerse.

El crepúsculo dio paso a la noche; de la estepa llegaban sonidos amenazadores. Reith fue a su compartimiento, se tendió en su hamaca. No pudo dormir; no deseaba dormir. Saltó al suelo.

Las lunas estaban en el cielo. Az colgaba a medio camino del horizonte hacia el este, y no tardó en desaparecer tras unas lomas. Braz, baja en el este, lanzaba un melancólico resplandor sobre el paisaje. El depósito estaba casi completamente a oscuras, excepto unas cuantas luces de guardia: allí no había ninguna posada con un ruidoso salón para reunirse todos. Dentro del carromato-casa las luces oscilaban mientras sus ocupantes se movían de un lado para otro, más activas de lo habitual, o al menos eso parecía. Repentinamente las luces se apagaron; la casa quedó a oscuras.

Reith, intranquilo y sin poder dormir, rodeó el carromato. ¿Un ruido? Se detuvo un seco, escrutando la oscuridad. Había algo allí delante. El sonido se produjo de nuevo: el roce de un vehículo moviéndose. Abandonando toda cautela, Reith corrió hacia delante. Se detuvo en seco. Muy cerca de él le llegó el sonido de voces susurradas. Había alguien casi allí mismo, una masa negra en medio de las sombras. Hubo un repentino movimiento, algo golpeó a Reith en la cabeza. Danzaron luces en su cerebro, el mundo empezó a girar...

El mismo ruido de roce que había oído antes le hizo recobrar el conocimiento: crujido-roce, crujido-roce. Desde un lugar subconsciente de su memoria le llegó el conocimiento de haber sido transportado, alzado, depositado... Se dio cuenta de que algo lo sujetaba; no podía mover ni brazos ni piernas. Bajo él había una superficie dura que oscilaba y daba brinco: el suelo de un pequeño carromato. Sobre su cabeza veía el cielo nocturno, con crestas y valles desfilando a ambos lados. Evidentemente el carromato avanzaba por un sendero irregular entre las colinas. Reith se tensó, intentando mover los brazos. Estaban atados con toscas cuerdas. El esfuerzo le produjo dolorosos calambres. Se relajó, apretando los dientes. Desde la parte delantera llegaba una apagada conversación; alguien volvió la vista hacia él. Reith se mantuvo inmóvil, fingiendo estar inconsciente; la forma oscura se volvió de nuevo hacia delante. Uña sacerdotisa, sin duda. ¿Por qué estaba atado, por qué no le habían matado al momento?

Reith creyó saberlo.

Se tensó de nuevo contra sus ligaduras, pero otra vez no consiguió nada más que infligirse dolor. Cualquiera que lo había atado lo había hecho muy apresuradamente. Solamente le había sido quitada la espada; su bolsa estaba todavía unida a su cinturón.

El carromato dio un gran bote; Reith se sintió sacudido, y aquello le dio una idea. Se retorció, arrastrándose hacia la parte trasera del carromato, sudando ante el temor de que alguien pudiera volverse a mirarle. Alcanzó el borde de la plataforma; el carromato dio un nuevo brinco, y Reith saltó fuera. El carromato siguió adelante, hundiéndose en la oscuridad. Ignorando sus magulladuras, Reith se retorció, giró sobre sí mismo, rodó fuera del sendero, cayendo por una rocosa pendiente hasta sombras profundas. Se quedó allí completamente inmóvil, temeroso de que su caída hubiera sido notada. El chirrido-roce del carromato había desaparecido; la noche estaba silenciosa excepto el ronco susurro del viento.

Reith se tensó, se curvó, consiguió ponerse de rodillas. Tanteando en la oscuridad, encontró el borde afilado de una roca y empezó a frotar contra él sus ligaduras. El proceso era interminable. Sus muñecas empezaron a despellejarse y a sangrar; su cabeza pulsaba; se sentía abrumado por una curiosa sensación de irrealidad, una pesadillesca identificación con la oscuridad y las rocas, como si todo ello compartiera la misma consciencia elemental. Con un esfuerzo, aclaró su mente, siguió frotando sus ligaduras. Finalmente las cuerdas se partieron; sus brazos quedaron libres.

Por un momento permaneció sentado, flexionando sus dedos, desentumeciendo sus músculos. Luego se inclinó para liberar sus piernas, una operación enloquecedoramente tediosa en la oscuridad.

Finalmente se puso en pie, tambaleándose, y tuvo que apoyarse en una roca para sostenerse. Braz se asomó por el borde superior de la montaña, llenando el valle con una luz tremendamente pálida. Reith subió dolorido la ladera y finalmente alcanzó el camino. Miró a uno y otro lado del sendero. Atrás estaba el depósito de Zadno; delante, a una distancia desconocida, el carromato seguía su marcha, chirriando y crujiendo, quizá más rápidamente ahora que las sacerdotisas habrían descubierto su ausencia. En el carromato, casi con toda seguridad, iba Ylin-Ylan. Reith echó a andar en su persecución, saltando y cojeando, tan rápido como le era posible. Según Baojian, el cruce de Fasm estaba a otro medio día de caravana, y el Seminario a una distancia desconocida del cruce. Aquel sendero de montaña era evidentemente un camino más corto y directo.

El sendero empezó a ascender, torciendo hacia un paso entre las colinas. Reith

siguió andando, jadeando en busca de aliento. No tenía ninguna esperanza de alcanzar el carromato, que avanzaba a un paso constante al ritmo de las ocho suaves patas de los animales de tiro. Alcanzó el paso y se detuvo para descansar, luego echó a andar de nuevo, descendiendo hacia una altiplanicie boscosa, indistinta a la luz azul tinta de Braz. Los árboles eran maravillosamente extraños, con troncos de un resplandeciente color blanco alzándose en espirales, girando sobre sí mismos una y otra vez, enredándose a veces en las espirales de los otros árboles más próximos. El follaje era de un color negro intenso, y cada árbol estaba rematado por una bola más o menos llena de depresiones y vagamente luminosa.

Del bosque llegaban sonidos: crujidos, lamentos de una cualidad tan humana que Reith se detuvo a menudo en su marcha, llevando la mano a la bolsa de su cinto, palpando la tranquilizadora forma de su célula de energía.

Braz se hundió en el bosque; el follaje relumbró aquí y allá, los contrastes de luz y sombra se movieron entre los árboles al ritmo de los pasos de Reith.

Caminó, trotó, corrió, volvió de nuevo al paso de marcha. Una enorme criatura pálida se deslizó suavemente por el aire sobre su cabeza. Parecía tan frágil como una polilla, con grandes alas blandas y una redonda cabeza de bebé. En otro momento Reith creyó oír graves voces hablando, a no mucha distancia. Cuando se detuvo para escuchar, no había nada que oír. Siguió adelante, luchando contra la convicción de que avanzaba en medio de un sueño, a través de un interminable paisaje mental, con las piernas llevándole hacia atrás en vez de hacia delante.

El sendero empezó a subir de forma empinada, trazó una curva cruzando una estrecha garganta. Hubo un tiempo en que una alta pared de piedra había cerrado la abertura; ahora yacía en ruinas a un lado. Un alto portal formando arco se mantenía aún en pie, y el camino pasaba por debajo de él. Reith se detuvo en seco, alertado por un cosquilleo bajo la capa más superficial de su mente. Todo aquello era demasiado inocente, o lo parecía al menos.

Reith lanzó una piedra a través de la abertura. No hubo ninguna respuesta, ninguna reacción. Abandonó el sendero y, con gran cuidado, cruzó la pared en ruinas, apretándose contra la pared de la garganta. Al cabo de un centenar de metros volvió al camino. Miró hacia atrás, pero si realmente existía algún peligro en el portal no podía detectarse en la oscuridad.

Siguió adelante. Cada pocos minutos se paraba a escuchar. Las paredes de la garganta se ensancharon y disminuyeron en altura, el cielo pareció acercarse, las constelaciones de Tschai iluminaron las grises rocas de las laderas.

Delante: ¿un resplandor en el cielo? Un murmullo, un sonido medio estridente, medio bronco. Reith echó a correr. El camino ascendió, rodeó un peñasco. Reith se detuvo, mirando hacia abajo, a una escena tan extraña y alocada como el propio Tschai.

El Seminario del Misterio Femenino ocupaba una zona llana de irregulares dimensiones rodeada de riscos y despeñaderos. Un enorme edificio de piedra de cuatro plantas se alzaba en mitad de una hondonada, entre un par de riscos. A todo su alrededor había cobertizos de madera y juncos, corrales y chozas, edificios anexos, establos y comederos. Directamente debajo de Reith brotaba de la ladera una plataforma, con un edificio de dos plantas, rodeándola en los lados y en la parte de atrás.

Las celebraciones estaban en su apogeo. Las llamas de varias docenas de hogueras lanzaban luces rojas, bermellones y anaranjadas sobre un par de centenares de mujeres que se movían en trance de un lado para otro, medio danzando, medio saltando, en un estado de auténtico frenesí. Excepto unos pantalones negros y unas botas negras iban desnudas, incluso con el pelo de sus cabezas afeitado. Muchas no tenían pechos, exhibiendo a cambio un par de feas cicatrices rojas: esas mujeres, las más activas, no paraban ni un momento, con sus cuerpos brillando de aceite y sudor. Otras permanecían sentadas en bancos, con aspecto atontado, descansando o exaltadas más allá del mero frenesí. Más abajo de la plataforma, en una hilera de jaulas bajas, había acuciados una docena de hombres desnudos. Esos hombres eran quienes producían el ronco canto que Reith había oído desde las colinas.

Cuando alguno de ellos se debilitaba, brotaban chorros de llamas del suelo bajo sus pies, e inmediatamente reanudaba su canto a voz en grito. Las llamas eran controladas desde un cuadro de mandos frente a las jaulas; ante él estaba sentada una mujer completamente vestida de negro, y era ella quien orquestaba el demoníaco rugir. *Aquí estaría yo cantando*, pensó Reith, *de no haber conseguido saltar del carromato.*

Uno de los cantantes se derrumbó. Los chorros de llamas sólo consiguieron que se retorciera en la jaula. Fue sacado de ella a rastras; le echaron una bolsa de transparente membrana sobre su cabeza, y la ataron fuertemente a su cuello; fue arrojado a un pesebre a un lado. Otro cantante fue metido en la jaula: un hombre joven y fuerte, con los ojos brillantes de odio. Se negó a cantar, y sufrió los chorros de fuego en furioso silencio. Una sacerdotisa avanzó y le arrojó al rostro una vaharada de humo; inmediatamente empezó a cantar con los demás.

¡Cómo odiaban a los hombres!, pensó Reith. Una troupe de cómicos apareció en escena... altos y flacos hombres-payaso con la piel pintada de blanco y las cejas pintadas muy altas y muy negras. Reith los observó con horrorizada fascinación saltar y efectuar cabriolas y rebajarse y envilecerse con gran celo, mientras las sacerdotisas reían y gritaban alegremente.

Cuando los hombres-payaso se retiraron apareció un mimo; llevaba una peluca de largo pelo rubio y una máscara con enormes ojos y una sonriente boca roja que simulaban una hermosa mujer. Reith pensó: *¡No solamente odian a los hombres, sino también el amor y la juventud y la belleza!*

Mientras el mimo efectuaba su escandaloso número fue descorrida una cortina en la parte de atrás, revelando a un enorme cretino desnudo, con el cuerpo y miembros muy velludos, en un estado de intensa excitación erótica. Luchó por conseguir entrar en una jaula de delgados barrotes de cristal, pero era incapaz de manejar el complicado cerrojo. En un rincón de la jaula había una muchacha vestida con una túnica de fina gasa: la Flor de Cath.

El andrógino mimo terminó su curiosa actuación. Los cantantes recibieron instrucciones de iniciar una nueva canción, un suave y ronco ulular, y las sacerdotisas se apiñaron en torno al estrado donde estaba la jaula, atentas a los esfuerzos del torpe bruto.

Reith se había apartado ya de su puesto de observación. Manteniéndose en las sombras, trazó un círculo descendiendo hacia la parte de atrás de la plataforma.

Pasó junto al cobertizo donde descansaban los hombres-payaso. Cerca, un conjunto de pequeñas jaulas albergaban dos docenas de hombres jóvenes, aparentemente destinados a los cantos. Estaban custodiados por una vieja y arrugada mujer con un fusil casi tan grande como ella.

De la parte delantera llegó un ávido murmullo. Aparentemente el bruto había conseguido abrir el cerrojo de la jaula. Sin ninguna consideración hacia la galantería, Reith se dejó caer detrás de la vieja, la derribó *de un golpe*, echó a correr a lo largo de la hilera de jaulas, abriendo las puertas. Los hombres salieron en confusión al pasillo, mientras la troupe de hombres-payaso observaban consternados.

—Tomad el fusil —dijo Reith a los hombres recién liberados—. Soltad a los cantantes.

Saltó a la plataforma. El bruto había entrado en la jaula y estaba haciendo jirones la túnica de gasa de la muchacha. Reith apuntó su pistola, lanzó una aguja explosiva a la enorme espalda. Se oyó un apagado *ithump!*... el bruto se estremeció, pareció deshincharse. Se alzó de puntillas, giró sobre sí mismo y cayó muerto. Ylin Ylan, la Flor de Cath, miró con ojos desorbitados a su alrededor y vio a Reith. Éste le hizo un gesto; la muchacha salió torpemente de la jaula y cruzó el estrado.

Las sacerdotisas lanzaron gritos de furia, luego de temor, porque alguno de los hombres liberados, llevando el fusil, empezó a disparar una y otra vez contra las espectadoras. Otros soltaron a los cantantes. El joven más recientemente enjaulado cargó contra la sacerdotisa en el panel de control. La agarró, la arrastró hasta la vacía jaula, la encerró dentro; luego, regresando a la consola, pulsó el mando de la

válvula del fuego, y la sacerdotisa empezó a ulular con voz de contralto. Otro de los ex cautivos tomó una antorcha y prendió fuego a uno de los cobertizos; otros agarraron palos y se lanzaron contra las enloquecidas concelebrantes.

Reith condujo a la sollozante muchacha alejándola del tumulto, agarrando de pasada una capa, que echó sobre sus hombros.

Las sacerdotisas intentaban huir... colina arriba, bajando hacia el camino del este. Algunas intentaban ocultar sus semidesnudos cuerpos bajo los cobertizos, solamente para ser arrastradas de nuevo fuera por los pies y eliminadas a golpes.

Reith condujo a la muchacha hacia el camino principal que avanzaba al este. Un carromato apareció procedente de los establos, conducido frenéticamente por cuatro sacerdotisas. Entre ellas, alta y dominante, destacaba la Gran Madre. Mientras Reith observaba, un hombre saltó a la parte trasera del carromato, agarró a la Gran Madre, e intentó estrangularla con sus manos desnudas. Ella alzó sus enormes brazos, lo arrojó contra el piso, y empezó a patear su cabeza. Reith saltó tras ella y le dio un tremendo empujón; la mujer cayó del carromato. Reith se volvió hacia las otras sacerdotisas: las tres habían viajado con la caravana.

—¡Fuera! ¡Al suelo!

—¡Seremos asesinadas! ¡Los hombres son seres locos! ¡Están matando a la Gran Madre!

Reith se volvió para mirar: cuatro hombres habían rodeado a la Gran Madre, que se debatía impotente, rugiendo como un oso. Una de las sacerdotisas, aprovechando la distracción de Reith, intentó acuchillarle. Reith la arrojó al suelo, y las otras dos no tardaron en seguir su mismo camino. Hizo subir a la muchacha a su lado y condujo el carromato al camino del este, hacia el cruce de Fasm.

Ylin-Ylan la Flor de Cath se acurrucó contra él, exhausta, incapaz de reaccionar. Reith, golpeado, arañado, más allá de las emociones, permanecía envarado en su asiento. El cielo tras ellos empezó a enrojecer; las llamas ascendieron hacia el negro cielo.

Una hora después del amanecer alcanzaron el cruce de Fasm: tres lúgubres estructuras de ladrillos de tierra cocida al borde de la estepa, con sus altas paredes puntuadas por oscuras ventanas de lo más pequeño y estrecho que Reith hubiera visto nunca, y rodeadas por una empalizada de maderos. La puerta estaba cerrada; Reith detuvo el carromato, golpeó y llamó, sin ningún efecto. La pareja, agotada por el cansancio y el torpor subsiguiente a la extrema emoción, decidió aguardar hasta que la gente de la encrucijada estuviera dispuesta a abrir las puertas. Investigando la parte posterior del carromato, Reith encontró, entre otros efectos, dos pequeños saquitos conteniendo sequins, en un número que no pudo ni siquiera estimar.

—Así que ahora somos poseedores de las riquezas de las sacerdotisas —le dijo a la Flor de Cath—. Suficiente, me atrevería a pensar, para pagar tu camino de vuelta a casa.

La voz de la muchacha sonó desconcertada.

—¿Vas a entregarme los sequins y a enviarme a casa sin pedir nada a cambio?

—Nada —dijo Reith con un suspiro.

—La broma del Hombre-Dirdir parece real —dijo la muchacha severamente—. Actúas como si procedieras realmente de un lejano mundo —y se apartó a medias de él.

Reith miró a través de la estepa, sonriendo algo tristemente. Suponiendo lo improbable, es decir que fuera capaz de regresar a la Tierra, ¿se contentaría con quedarse en ella, con vivir su vida allí sin regresar nunca a Tschai? No, probablemente no, meditó. Era imposible predecir cuál iba a ser la política de la Tierra, pero él mismo no se sentiría jamás contento mientras los Dirdir, los Chasch y los Wankh explotaban a los hombres y los utilizaban como despreciables subordinados. La situación era como una afrenta personal. Con voz medio ausente, preguntó a Ylin-Ylan:

—¿Qué es lo que piensa tu gente de los Hombres-Dirdir, los Hombres-Chasch y los otros?

Ella frunció el ceño, perpleja, y por alguna razón oscura para Reith pareció irritada.

—¿Qué es lo que hay que pensar? Existen. Cuando no nos molestan, los ignoramos. ¿Por qué hablas de los Hombres-Didir? ¡Estábamos hablando de ti y de mí!

Reith la miró. Ella lo contempló con una pasiva expectación. Reith inspiró profundamente, se acercó más a ella, y entonces la puerta del recinto se abrió y un hombre miró desde allá. Era bajo y rechoncho, con gruesas piernas y largos brazos; su rostro exhibía una nariz larga y torcida, con piel y pelo color plomo: evidentemente un Gris.

—¿Quiénes sois? Este es un carromato del Seminario. La noche pasada las llamas iluminaron el cielo. ¿Se trataba del Rito? Las sacerdotisas son de lo más extraño durante el Rito.

Reith dio una respuesta evasiva y condujo el carromato al interior del recinto.

Desayunaron té, infusión de hierbas y pan duro, y volvieron al carromato para esperar la llegada de la caravana. El humor de primera hora de la mañana había pasado; ambos se sentían laxos y poco comunicativos. Reith dejó el asiento delantero a Ylin-Ylan y se tendió en el fondo del carromato. Ambos se quedaron adormecidos a la cálida luz del sol.

Al mediodía la caravana ya estaba a la vista: una larga línea de grises y negros. El explorador Ilanth superviviente y un joven de redondo y ceñudo rostro promovido a este puesto desde artillero fueron los primeros en llegar al cruce, tras lo cual,

haciendo dar media vuelta a sus caballos saltadores, regresaron a la caravana. Los altos carromatos tirados por animales de almohadilladas patas llegaron finalmente, con los conductores envueltos en voluminosas capas y sus delgados rostros cubiertos por sombreros de anchas alas. Luego llegaron los carromatos-vivienda con los pasajeros sentados a la entrada de sus cubículos. Traz saludó a Reith con evidente placer; Anacho, el Hombre-Dirdir, hizo un alado gesto con los dedos que posiblemente no significara nada.

—Estábamos seguros de que habías sido secuestrado o muerto —dijo Traz a Reith— Buscamos por las colinas, salimos a la estepa, pero no hallamos nada. Hoy estábamos dispuestos a ir a buscarte al Seminario.

—¿«Estábamos»? —inquirió Reith.

—El Hombre-Dirdir y yo. No es un tipo tan malo como puede parecer a primera vista.

—El Seminario ya no existe —dijo Reith.

Baojian apareció, se detuvo en seco al ver a Reith y a Ylin-Ylan, pero no hizo ninguna pregunta. Reith, que sospechaba a medias que Baojian había facilitado la marcha de las sacerdotisas del depósito de Zadno, no ofreció ninguna información. Baojian les asignó dos compartimientos, y aceptó el carromato de las sacerdotisas como pago del pasaje hasta Pera.

Fueron descargados algunos bultos, otros fueron cargados en los carromatos, y la caravana prosiguió hacia el nordeste.

Pasaron los días: días tranquilos y monótonos de avanzar traqueteante por la estepa. Durante un período de tiempo rodearon un enorme y poco profundo lago de lodosas aguas, luego cruzaron con grandes precauciones unas marismas llenas de enormes juncos blancos y articulados. El explorador descubrió una emboscada tendida por una tribu de hombres enanos de las marismas, que huyeron inmediatamente entre los juncos antes de que la artillería de la caravana llegara a tiro.

En tres ocasiones un aparato Dirdir sobrevoló la caravana a baja altura, y Anacho se ocultó en su compartimiento. En otra ocasión una plataforma de los Chasch Azules hizo lo mismo.

Reith hubiera gozado del viaje si no se hubiera sentido tan ansioso respecto a su lanzadera. Estaba también el problema de Ylin-Ylan, la Flor de Cath. Una vez alcanzara Pera, la caravana regresaría a Coad sobre el Dwan Zher, donde la muchacha podría tomar pasaje a bordo de un barco hacia Cath. Reith supuso que ése sería el plan de la muchacha, aunque ella no hablaba en absoluto del asunto y de hecho su actitud era un tanto fría, ante el desconcierto de Reith.

Así fueron transcurriendo los días, y la caravana siguió avanzando hacia el norte, bajo los cielos pizarrosos de Tschai. En dos ocasiones el atardecer se vio quebrado por sendas tormentas, pero en su mayor parte el tiempo fue bueno. Cruzaron un oscuro bosque, y al día siguiente siguieron un antiguo camino que cruzaba una enorme y negra ciénaga cubierta de plantas burbuja e insectos burbuja que adoptaban la forma de las plantas burbuja. La ciénaga era el hábitat de numerosas y fascinantes criaturas: cosas sin alas del tamaño de sapos que se propulsaban cruzando el aire mediante la vibración de colas parecidas a abanicos; criaturas más grandes, mitad arañas, mitad murciélagos, que merodeaban anclándose mediante los hilos que exudaban y cabalgaban en la brisa extendiendo unas alas parecidas a una cometa.

En el depósito de la Montaña de los Vientos se encontraron con una caravana que se dirigía a Magalash, al sur, más allá de las colinas, en el golfo de Hedajha. En dos ocasiones fueron avistados pequeños grupos de Chasch Verdes, pero en ninguna atacaron. El jefe de la caravana afirmó que eran grupos de apareamiento camino de una zona de procreación al norte de la Estepa Muerta. En otra ocasión un grupo de nómadas se detuvo para observarles pasar: hombres y mujeres altos con los rostros pintados de azul. Traz los identificó como caníbales y afirmó que las mujeres luchaban en la batalla al mismo nivel que los hombres. Dos veces pasaron cerca de ciudades en ruinas; en una ocasión se desviaron hacia el sur para entregar

sustancias aromáticas, esencias y madera de ánfir a una ciudad de Viejos Chasch que Reith encontró particularmente fascinante. Había miríadas de bajos domos blancos medio ocultos bajo el follaje, con jardines por todas partes. El aire tenía un frescor peculiar, exudado por altos árboles amarillos verdosos, no muy distintos de los álamos, conocidos como adaraks. Reith supo que eran cultivados a la vez por los Viejos Chasch y por los Chasch Azules por la limpidez que daban al aire.

La caravana hizo un alto en una zona oval cubierta por una densa y corta hierba, y Biojan llamó inmediatamente a todo el personal de la caravana a su alrededor.

—Esto es Golsse, un ciudad de los Viejos Chasch. No abandonéis las inmediaciones, o podéis veros sometidos a los trucos de los Viejos Chasch. Puede que sean simples travesuras, como atraparos en un laberinto o administraros una esencia que haga que exudéis un terrible hedor durante semanas. Pero si se excitan, o se sienten particularmente graciosos, los trucos pueden llegar a ser crueles e incluso fatales. En una ocasión atontaron a uno de mis conductores con una esencia y le injertaron nuevos rasgos a su rostro, así como una enorme barba gris. Recordadlo: bajo ninguna circunstancia salgáis de este óvalo, ni siquiera aunque los Chasch os animen a hacerlo u os tienten de alguna forma. Son una raza vieja y decadente; no tienen piedad y piensan solamente en sus olores y esencias y en sus bromas. De modo que estáis advertidos: manteneos dentro del óvalo, no paseéis por los jardines, no importa cómo os seduzcan, y si valoráis en algo vuestras vidas y vuestra cordura no entréis en los domos de los Viejos Chasch.

No dijo nada más.

Los artículos fueron cargados en las bajas carretillas a motor Chasch, manejadas por unos cuantos Hombres-Chasch de aspecto decaído: más pequeños y quizá no tan evolucionados como los Hombres-Chasch Azules que Reith había visto antes. Eran delgados y de hombros hundidos, con arrugados rostros grises, frentes abultadas, bocas fruncidas en forma de pequeños botones sobre casi inexistentes barbillas. Como los Hombres-Chasch azules, llevaban un falso cráneo de sobresalía sobre sus ojos y se alzaba formando una punta. Su comportamiento era furtivo y apresurado, no hablaban con nadie de la caravana, y tenían ojos solamente para su trabajo. Finalmente aparecieron cuatro Viejos Chasch. Caminaron directamente hacia el carromato-vivienda; Reith pudo verles de cerca, y le recordaron grandes lepismas grotescamente dotados de piernas y brazos semihumanos. Su piel era como satinado marfil, casi imperceptiblemente escamosa; parecían frágiles, casi disecados; tenían ojos como pequeñas cuentas plateadas, que se movían independientemente y no dejaban de mirar a uno y otro lado. Reith los observó con gran interés; ellos captaron su mirada y se detuvieron para devolvérsela. Asintieron suavemente y le dedicaron afables gestos, a los que Reith respondió educadamente. Le inspeccionaron un momento más con sus brillantes ojos plateados, luego prosiguieron su camino.

Baojian no perdió tiempo en Golsse. Tan pronto como hubo recargado sus carromatos con cajas de productos químicos y tintes, balas de telas de encaje, frutos secos en tarros y pasteles, dispuso la caravana en orden de marcha y partieron de nuevo hacia el norte, prefiriendo pasar la noche al abierto en la estepa que arriesgarse a los caprichos de los Viejos Chasch.

La estepa era una extensión herbosa y vacía, llana como el sobre de una mesa. De pie en el carromato-vivienda, Reith podía contemplar una treintena de kilómetros con ayuda de su sondascopio, y así pudo descubrir un gran grupo de Chasch Verdes antes incluso que los exploradores. Se lo notificó a Baojian, el cual ordenó inmediatamente la caravana en un anillo defensivo con la artillería dominando toda el área circundante. Los Chasch Verdes cabalgaban en sus enormes animales, exhibiendo estandartes amarillos y negros al extremo de sus lanzas, lo cual indicaba truculencia y belicosidad.

—Acaban de bajar del norte —le dijo Traz a Reith—. Eso es lo que significan los estandartes. Se atiborran de platijas y de angbut; su sangre se espesa, y eso los vuelve irritables. Cuando ostentan estandartes amarillos y negros incluso los Emblemas se retiran antes que enfrentarse a ellos en la batalla.

Con o sin estandartes amarillos y negros, los guerreros Verdes no molestaron a la caravana, sino que se detuvieron a más de un kilómetro. Reith los estudió a través de su sondascopio, para descubrir a unas criaturas completamente distintas de los Viejos Chasch. Éstos tenían entre dos metros y dos metros y medio de altura, eran recios y de gruesos miembros, sus escamas estaban claramente definidas y relucían con un brillo verde metálico. Sus rostros eran pequeños, ceñudos, malignamente feos bajo el enorme saliente de sus cráneos. Llevaban toscos delantales de cuero y corrajes de los que colgaban espadas, picas de batalla y catapultas similares a las de los Emblemas. Criaturas temibles en combate cuerpo a cuerpo, pensó Reith. Permanecieron sentados en sus sillas estudiando la caravana durante unos buenos cinco minutos, luego dieron media vuelta y se encaminaron hacia el este.

La caravana volvió a formarse en orden de marcha y prosiguió su camino. Traz se sintió desconcertado por la prudencia de los Chasch Verdes.

—Cuando exhiben el amarillo y el negro se comportan alocadamente. Quizá preparen alguna emboscada desde detrás de un bosque.

Baojian sospechaba una estratagema similar, y mantuvo a sus exploradores muy avanzados durante los siguientes días. Por la noche no se tomaron precauciones especiales, puesto que los Chasch Verdes eran torpes en la oscuridad y en general no eran más que masas gruñentes y roncantes hasta el despuntar del día.

Pera estaba ante ellos: el destino de la caravana. El transcom de Reith especificaba un vector de cien kilómetros al oeste hasta su transcom gemelo. Hizo algunas preguntas al jefe de la caravana, que le informó que la ciudad Dadiche de los Chasch Azules estaba ubicada en aquella localización.

—Evítales; son tortuosos, sutiles como los Viejos Chasch, salvajes como los Verdes.

—¿No comercian con los hombres?

—Hay un comercio considerable; de hecho, Pera es un depósito para comerciar con los Chasch Azules, y las operaciones son llevadas por una casta de comerciantes que operan más allá de Pera; sólo ellos tienen acceso a Dadiche. De todos los Chasch, considero que los Azules son los más detestables. Los Viejos Chasch no son una gente amistosa, pero son maliciosos antes que malvados. A veces, por supuesto, el efecto es el mismo, del mismo modo que una tormenta —señaló hacia el oeste, donde grandes masas de negras nubes estaban arracimándose en el cielo— puede empaparnos más que si nos sumergiéramos en el océano.

—En Pera, ¿darás media vuelta y regresarás directamente a Coad en el Dwan Zher?

—Dentro de tres días.

—Entonces la princesa Ylin-Ylan regresará contigo y tomará allí un barco hacia Cath.

—¿Puede pagar?

—Por supuesto.

—Entonces no hay ninguna dificultad. ¿Y tú? Supongo que también querrás ir a Cath.

—No. Seguramente me quedaré en Pera. Baojian dirigió a Reith una penetrante mirada, agitó secamente la cabeza.

—Los Yao Dorados de Cath son una gente estimable. Pero en Tschai nunca puede predecirse nada excepto los problemas. Los Chasch Verdes están siguiéndonos los talones. Es un milagro que no hayan atacado. Empiezo a confiar en que podamos alcanzar Pera sin ningún incidente.

Baojian se equivocaba. Con Pera —una ciudad de arruinados edificios y derribados monumentos rodeando una ciudadela central, muy parecida a otras junto a las que habían pasado— ya a la vista, los Chasch Verdes atacaron desde el este. Coincidiendo con el ataque estalló la tormenta. Los relámpagos se estrellaron contra la estepa; al sur, negras rachas de lluvia barrieron el suelo.

Baojian decidió que Pera no ofrecía refugio y ordenó la caravana en un círculo defensivo. Apenas a tiempo: esta vez los Chasch Verdes no mostraron ni indecisión ni cautela. Inclinatorios sobre sus enormes animales, aparecieron a la carga, pendientes solamente de romper el anillo de carromatos.

Los cañones de la caravana lanzaron su curioso eructo gorgoteante, apenas audible entre los truenos; y la lluvia hacía que el manejo efectivo de las armas fuera difícil. Los Chasch Verdes, quizá coordinados telepáticamente, avanzaron en grupo; algunos fueron golpeados por el chorro de arena y muertos; algunos resultaron aplastados bajo sus derribadas monturas. Por unos momentos hubo una terrible confusión, luego nuevos rangos avanzaron sobre los cuerpos de sus compañeros. Los artilleros dispararon de nuevo frenéticamente a través de la lluvia, con los relámpagos y los truenos proporcionando un ensordecedor acompañamiento a la batalla.

Los Chasch Verdes caían con más rapidez de lo que podían avanzar, y cambiaron de táctica. Aquellos que se habían visto desmontados, agazapados tras sus caballos saltadores, accionaron sus catapultas; la primera lluvia de flechas mató a tres artilleros. Los guerreros montados cargaron de nuevo, con la esperanza de alcanzar el círculo por puro impulso. De nuevo fueron rechazados, con los cañones que habían quedado sin servidores manejados ahora por conductores, y de nuevo hubo una lluvia de flechas, y más artilleros cayeron de las plataformas de las armas.

Los Chasch Verdes cargaron por tercera vez, con sus monturas saltando y caracoleando. Tras ellos, los relámpagos parecían romper el negro cielo, y los truenos eran un incesante rumor de fondo a los gritos y chillidos y maldiciones de la batalla. Los Chasch Verdes estaban sufriendo terribles pérdidas, el suelo hormigueaba de gimientes formas, pero otros seguían avanzando, y finalmente los cañones estuvieron al alcance de las espadas de los Chasch Verdes.

El resultado de la batalla estaba ya fuera de toda duda. Reith sujetó la mano de la Flor de Cath, hizo una seña a Traz. Los tres echaron a correr hacia la ciudad, siguiendo a toda una hilera de fugitivos presas del pánico que brotaban de los carromatos-vivienda, seguidos ahora por los conductores y artilleros supervivientes. La caravana fue abandonada.

Gritando su triunfo, los Chasch Verdes se lanzaron tras los fugitivos, decapitando y tasajeando hombros y espaldas. Un guerrero de llameantes ojos se lanzó tras Reith, Ylin-Ylan y Traz. Reith tenía su pistola preparada, pero dudaba en malgastar la preciosa munición, y esquivó el silbante golpe de la espada. El caballo saltador, al frenar, resbaló en la húmeda hierba; el guerrero fue proyectado de lado de su silla, aullando. Reith corrió hacia delante, alzó su espadín Emblema y golpeó con él el recio cuello, cortando tendones, venas y arterias. El guerrero pateó y se agitó, negándose a morir; los tres no aguardaron a que lo hiciera. Reith recogió la espada del Chasch Verde, que estaba burdamente forjada de una sola hoja de acero tan alta como él mismo y ancha como su brazo. Era demasiado pesada y larga para serle útil; la arrojó a un lado. Los tres siguieron corriendo bajo la lluvia, que ahora caía en una cortina tan densa que oscurecía la visión. De tanto en tanto podía verse algún Chasch Verde como un agitado fantasma; ocasionalmente podían verse también las frenéticas formas de los fugitivos, corriendo desesperadamente, inclinadas bajo la lluvia, intentando alcanzar las ruinas de Pera.

Con las ropas empapadas, con el suelo chapoteando bajo sus pies, los tres alcanzaron finalmente un montón de losas desmoronadas de cemento que señalaban la periferia de Pera, y se consideraron algo más a salvo de los Chasch Verdes. Buscaron refugio bajo un saliente de cemento y se quedaron allá, temblando y miserables, mientras la lluvia seguía trenzando una cortina ante sus rostros. Traz dijo filosóficamente:

—Al menos estamos en Pera, donde queríamos llegar.

—Muy poco gloriosamente —dijo Reith—, pero vivos.

—Ahora, ¿qué crees que debemos hacer? Reith rebuscó en su bolsa, extrajo su transcorn, comprobó el vector del indicador.

—Señala a Dadiche, a treinta kilómetros al oeste. Supongo que iré allí.

Traz resopló desaprobadoramente.

—Los Chasch Azules no van a recibirte amistosamente.

La muchacha de Cath se reclinó de pronto contra la pared, hundió el rostro entre las manos, y se echó a llorar: la primera vez que Reith la veía dar rienda suelta a

sus emociones. Tentativamente, palmeó su hombro.

—¿Qué te ocurre? ¿Aparte de sentirte helada, hambrienta y terriblemente asustada?

—Nunca volveré a mi casa en Cath. ¡Nunca! Lo sé.

—¡Por supuesto que lo harás! ¡Habrá otras caravanas!

La muchacha, claramente no convencida, se secó los ojos y contempló el descorazonador paisaje. La lluvia estaba empezando a disminuir. Los relámpagos derivaban hacia el este; los truenos se convertían en un rumor lejano. Algunos minutos más tarde, las nubes se abrieron y la luz del sol emergió oblicua entre la lluvia para resplandecer en la húmeda piedra y en los charcos. Los tres, aún empapados, salieron de su refugio, casi para chocar contra un hombre pequeño envuelto en una antigua capa de cuero y que iba cargado con una gavilla de ramas. Saltó hacia atrás, alarmado, dejó caer su gavilla, se inclinó rápidamente para recogerla, y se preparaba ya a salir corriendo cuando Reith lo sujetó por su capa.

—¡Espera! ¡No tan aprisa! ¡Dinos dónde podemos conseguir comida y un techo!

El rostro del hombre se relajó lentamente. Miró circunspecto a los tres desde debajo de unas espesas cejas, luego tiró con gran dignidad de su capa para librarla de la presa de Reith.

—Comida y un techo: cosas difíciles de encontrar; sólo trabajando. ¿Podéis pagar?

—Sí, podemos pagar. El hombre se lo pensó.

—Entonces dispongo de una confortable morada con tres aberturas... —Agitó reluctantemente la cabeza—. Pero será mejor que vayáis a la Posada de la Estepa Muerta. Si os alojo, los Gnashters se embolsarán mi beneficio y no me quedará nada.

—¿La Posada de la Estepa Muerta es la mejor de Pera?

—Sí, ofrece un espléndido alojamiento. Los Gnashters os pedirán un buen dinero, pero eso es lo que debemos pagar por nuestra seguridad. En Pera nadie puede robar ni violar excepto Naga Goho y los Gnashters; y eso es una ventaja. Imaginaos lo que ocurriría si todo el mundo gozara de esa licencia.

—Entonces, ¿Naga Goho es el gobernante de Pera?

—Sí, puede decirse de este modo. —Señaló hacia una enorme estructura de bloques y losas en la prominencia central de la ciudad—. Allí está su palacio, en la ciuda-dela, y allí vive con sus Gnashters. Pero no diré más; después de todo, ellos echaron a los Phung fuera del norte de Pera; hay comercio con Dadiche; los bandidos evitan la ciudad; las cosas podrían ser peores.

—Entiendo —dijo Reith—. Bien, ¿dónde podemos encontrar la posada?

—Hacia allá, al pie de la colina: en la terminal de caravanas.

La Posada de la Estepa Muerta era la estructura más grandiosa que Reith había visto nunca en las ruinas de una ciudad: un largo edificio con un complicado conjunto de techos y gabletes construido en la colina central de Pera. Como en todas las posadas de Tschai, había una enorme sala común llena de mesas con caballetes, pero en vez de toscos bancos la Posada de la Estepa Muerta alardeaba de espléndidas sillas de respaldo alto de negra madera tallada. Tres candelabros de cristal coloreado y hierro negro iluminaban la estancia; en las paredes colgaba un cierto número de máscaras de terracota muy antiguas: rostros fantásticamente semihumanos.

Las mesas estaban atestadas con fugitivos de la caravana; un apetitoso olor flotaba en el aire. Reith empezó a sentirse algo más animado. Aquí al menos había algunas pequeñas concesiones a la comodidad y al estilo.

El posadero era un hombre bajito y regordete con una cuidada barba roja y protuberantes ojos castaño rojizos. Sus manos no dejaban de moverse y sus pies se agitaban hacia delante y hacia atrás como si la prisa dominara completamente su vida. Ante la petición de alojamiento de Reith, agitó desesperado las manos.

—¿Acaso no lo habéis oído? Los demonios verdes han destruido la caravana de Baojian. Aquí están los supervivientes, y debo encontrarles acomodo. Algunos no pueden pagar; ¿qué opináis de eso? Pero tengo órdenes de Naga Goho de procurarles alojamiento pese a todo.

—Nosotros también estábamos en la caravana —dijo Reith—. Sin embargo, podemos pagar. El posadero pareció más optimista.

—Os buscaré una habitación para los tres; tendréis que arreglaros con eso. Una advertencia. —Miró rápidamente por encima de su hombro—. Sed discretos. Ha habido cambios en Pera.

Los tres fueron conducidos a un cubículo de aceptable limpieza; dentro habían sido instalados tres camastros. La posada no podía proporcionar ropas secas; con sus atuendos aún mojados, los tres descendieron al salón principal, donde descubrieron a Anacho, el Hombre-Dirdir, que había llegado una hora antes. A un lado, contemplando pensativamente el fuego, estaba Baojian.

Para cenar les fueron servidos grandes bols de estofado y rodajas de pan duro. Mientras comían entraron siete hombres, que contemplaron truculentamente el salón en todas direcciones. Eran todos hombres fuertes de recia osamenta, un poco entrados en carne, de piel enrojecida por el buen vivir. Seis de ellos llevaban túnicas de un rojo apagado, estilizado calzado de piel negra y lascivos gorros con colgantes abalorios. Gnashters, pensó Reith. El séptimo, que llevaba una especie de sobretodo bordado, era evidentemente Naga Goho: un hombre alto y delgado, con una cabeza lobuna peculiarmente ancha. Se dirigió a una estancia que se había vuelto repentinamente silenciosa.

—¡Bienvenidos todos, bienvenidos todos a Pera! Como habréis podido observar, tenemos una ciudad ordenada y feliz. Las leyes son cumplidas a rajatabla. Cobramos un impuesto por estancia. Si alguien carece de fondos debe contribuir con su trabajo al beneficio común. Así pues... ¿hay alguna pregunta o queja?

Miró a su alrededor, pero nadie dijo nada. Los Gnashters empezaron a circular entre la gente, recogiendo monedas. A regañadientes, Reith pagó un impuesto de nueve sequins por él, Traz y la Flor de Cath. Nadie de los presentes pareció encontrar la exacción irrazonable. Tan generalizada era la falta de disciplina social, decidió Reith, que la explotación de la ventaja era algo que todo el mundo daba por sentado.

Naga Goho observó la presencia de la Flor de Cath y se puso rígido, atusándose el bigote. Hizo una seña al posadero, que se apresuró a acercarse. Ambos hombres mantuvieron un murmurante coloquio, sin que Naga Goho apartara los ojos de Ylin-Ylan.

El posadero cruzó la estancia y murmuró al oído de Reith:

—Naga Goho ha reparado en la mujer. —Señaló a la Flor—. Desea conocer su status. ¿Es una esclava? ¿Una hija? ¿Una esposa?

Reith miró de reojo a Ylin-Ylan, sin encontrar una respuesta inmediata; había visto ya envararse a la muchacha. Si declaraba que era una mujer sola e independiente, iba a ponerla a merced de Naga Goho. Si proclamaba que era suya, sin duda provocaría una indignada refutación. Dijo:

—Soy su escolta. Se halla bajo mi protección.

El posadero frunció los labios, se alzó de hombros y regresó a informar a Naga Goho, que hizo un breve signo cortés con la cabeza y dirigió su atención a otro lado. Poco después se marchó.

Reith descubrió que su pequeña habitación proporcionaba una inquietante promiscuidad con la Flor de Cath. La muchacha permanecía sentada en su camastro, sujetándose desconsolada las rodillas.

—Anímate —dijo Reith—. Las cosas no están tan mal como eso.

Ella agitó tristemente la cabeza.

—Estoy perdida entre bárbaros: no soy más que un guijarro arrojado a los abismos de Tembara, en el que nadie piensa.

—Tonterías —exclamó Reith—. Vas a viajar de vuelta a casa con la próxima caravana que abandone Pera. Ylin-Ylan no se mostró convencida.

—En casa darán a otra el nombre de Flor de Cath; ella tomará mi flor en el Banquete de la Estación. Los príncipes pedirán a las muchachas que pronuncien sus nombres, y yo no estaré allí. Nadie me lo pedirá, nadie sabrá mis nombres.

—Dime a mí tus nombres entonces —dijo Reith—. Me encantará oírlos.

La Flor se volvió para mirarle.

—¿Lo dices de veras? ¿Realmente lo dices de veras? Reith se sintió desconcertado por la intensidad de su voz.

—Por supuesto.

La muchacha dirigió una rápida mirada a Traz, que estaba ocupado en arreglar su camastro.

—Sal fuera —susurró al oído de Reith, y se puso apresuradamente en pie.

Reith la siguió al balcón. Durante un cierto tiempo permanecieron juntos inclinados sobre la barandilla, sus codos tocándose, mirando a la ciudad en ruinas. Az estaba alta entre desgarradas nubes; abajo había unas pocas luces; desde algún lugar les llegó un melancólico canto, el tañir de un plectro. La Flor habló con una voz ronca y presurosa:

—Mi flor es el Ylin-Ylan, y esto ya lo sabes; mi nombre de flor. Pero éste es un nombre utilizado solamente en reuniones y fiestas. —Lo miró conteniendo el aliento, tan cerca de él que Reith podía oler el aroma a la vez ácido y dulce de su persona.

—¿Tienes otros nombres también? —preguntó Reith con voz ronca.

—Sí. —La muchacha suspiró y se arrimó más a Reith, que notó que empezaba a faltarle el aliento—. ¿Por qué no lo preguntaste antes? Hubieras debido saber que te los diría.

—Bien —dijo Reith—; entonces, ¿cuáles son tus nombres?

—Mi nombre de corte es Shar Zarin —murmuró gravemente la muchacha. Dudó, luego, inclinando la cabeza sobre el hombro de él (porque Reith tenía un brazo en torno a su talle) dijo—: Mi nombre de niña era Zozi, pero solamente mi padre me llama así.

—Nombre de flor, nombre de corte, nombre de niña... ¿Qué otros nombres tienes?

—Mi nombre de amigo, mi nombre secreto y... otro. ¿Quieres oír mi nombre de amigo? Si te lo digo, entonces seremos amigos, y tú deberás decirme también tu nombre de amigo.

—Naturalmente —dijo Reith—. Naturalmente.
—Derl.
Reith besó el rostro de ella, vuelto hacia el suyo.
—Mi nombre de pila es Adam.
—¿Es tu nombre de amigo?
—Sí... supongo que puede decirse así.
—¿Tienes un nombre secreto?
—No. No que yo sepa.
Ella dejó escapar una pequeña risa nerviosa.
—Quizá esté bien así. Porque si yo te lo pidiera, y tú me lo dieras, entonces yo conocería tu alma secreta, y entonces... —Miró a Reith, conteniendo el aliento—. Tienes que poseer un nombre secreto; uno que solamente tú conoces. Yo lo tengo. Fascinado, Reith echó por la borda todas las precauciones.
—¿Cuál es el tuyo?
Ella alzó su boca hasta el oído de él.
—L'lae. Es una ninfa que vive en las nubes sobre el monte Daramthissa y ama al dios-estrella Ktan. —Le miró fijamente, expectante, fundiéndose, y Reith la besó fervientemente. Ella suspiró—. Cuando estemos solos, debes llamarme L'lae, y yo te llamaré Ktan, y ese será tu nombre secreto.
Reith se echó a reír.
—Si tú lo quieres.
—Aguardaremos aquí, y pronto habrá una caravana que partirá hacia el este: cruzando la estepa hasta Coad, donde podremos atravesar el Draschade hasta Vervode, en Cath.
Reith puso una mano sobre su boca.
—Debo ir a Dadiche.
—¿Dadiche? ¿La ciudad de los Chasch Azules? ¿Todavía sigues tan obsesionado? ¿Pero por qué?
Reith alzó los ojos, miró al cielo nocturno como si deseara acumular fuerza de las estrellas, aunque ninguna de las visibles podía ser el Sol... ¿Qué podía decir? Si le contaba la verdad, la muchacha pensaría que estaba loco, pese a que habían sido sus antepasados los que habían enviado las señales a la Tierra.
De modo que dudó, disgustado ante su propia blandura de espíritu. La Flor de Cath —Ylin-Ylan, Shar Zarin, Zozi, Derl, L'lae, según las circunstancias sociales— apoyó las manos en sus hombros y miró directamente a su rostro.
—Puesto que te conozco por Ktan y tú me conoces por L'lae, tu mente es mi mente, tu placer es mi placer. Así que... ¿qué es lo que te empuja a Dadiche?
Reith inspiró profundamente.
—Vine a Kotan en una nave espacial. Los Chasch Azules casi me mataron, y se llevaron la nave espacial a Dadiche, o al menos eso supongo. Debo recuperarla.
La Flor de Cath se mostró asombrada.
—¿Pero dónde aprendiste a pilotar una nave espacial? No eres un Hombre-Dirdir ni un Hombre-Wankh... ¿O lo eres?
—No, por supuesto que no. No más que tú. Fui instruido.
—Todo esto es un misterio tan enorme. —Sus manos se crisparon en los hombros de él—. Y... si fueras capaz de recuperar la nave espacial, ¿qué harías entonces?
—En primer lugar, llevarte de vuelta a Cath. Ahora los dedos se clavaron en sus hombros, los ojos escrutaron en la oscuridad.
—¿Y luego qué? ¿Regresarías a tu propio país?
—Sí.
—¿Tienes mujer... una esposa?
—Oh, no. En absoluto.
—¿Alguien que conozca tu nombre secreto?
—Nunca tuve nombre secreto hasta que tú me diste uno.
La muchacha retiró las manos de sus hombros e, inclinándose sobre la barandilla, contempló melancólicamente la antigua Pera.
—Si vas a Dadiche, te olerán y te matarán.

—¿Me «olerán»? ¿Qué quieres decir? Ella le lanzó una rápida mirada.

—¡Eres un enigma! ¡Sabes tanto y a la vez tan poco! ¡Una llega a pensar que procedes de la más remota isla de Tschai! ¡Los Chasch Azules huelen con tanta agudeza como nosotros podemos ver!

—De todos modos, tengo que intentarlo.

—No lo comprendo —dijo ella con voz apagada—. Te he dicho mi nombre; te he ofrecido lo que es más precioso para mí; y ni siquiera te conmueves. No alteras tu forma de pensar.

Reith la tomó en sus brazos. Ella se envaró, luego, lentamente, fue relajándose.

—Estoy conmovido —dijo Reith—. Mucho. Pero debo ir a Dadiche... tanto por tu bien como por el mío.

—¿Por mi bien? ¿Para ser llevada de vuelta a Cath?

—Eso y más. ¿Sois felices de sentirnos dominados por los Dirdir y los Chasch y los Wankh, sin mencionar a los Pnume?

—No lo sé... Nunca he pensado en ello. Los hombres son fenómenos, elaboraciones, o al menos eso nos han dicho siempre. Aunque el rey loco Hopsin insistía en que los hombres procedían de un lejano planeta. Les envió un mensaje pidiéndoles ayuda, que por supuesto nunca llegó. Eso fue hace ciento cincuenta años.

—Es mucho tiempo para esperar —dijo Reith. La besó de nuevo; ella le dejó hacer apáticamente. El fervor había desaparecido.

—Me siento... extraña —murmuró—. No sé cómo.

Permanecieron apoyados en la barandilla, escuchando los sonidos de la posada: las apagadas risas del salón principal, las protestas de los niños, las regañinas de las madres. La Flor de Cath dijo:

—Creo que me iré a la cama. Reith la retuvo un instante.

—Derl.

—¿Sí?

—Cuando vuelva de Dadiche...

—Nunca volverás de Dadiche. Los Chasch Azules te tomarán para sus juegos... Ahora voy a intentar dormir y olvidar que estoy viva.

Regresó al cubículo. Reith permaneció fuera en el balcón, primero maldiciéndose a sí mismo, luego preguntándose cómo podría haber actuado de otra forma... a menos que hubiera estado compuesto de otra cosa distinta a carne y sangre.

Mañana, pues: Dadiche, para averiguar de una vez por todas la forma que adoptaría su futuro.

Pasó la noche; llegó la mañana; primero una tonalidad sepia, luego un pálido color amarillento, luego la aparición de Carina 4269. Desde las cocinas empezó a alzarse el humo de los fuegos, el ruido de los cacharros. Reith bajó al salón principal, donde encontró a Anacho, el Hombre-Dirdir, sentado ante una taza de té. Reith se le unió, y una muchacha de la cocina le trajo té también para él.

—¿Qué sabes de Dadiche? —preguntó al Hombre-Dirdir.

Anacho calentó sus largos dedos pálidos colocándolos en torno a la taza.

—La ciudad es relativamente antigua: veinte mil años o así. Es el principal espaciopuerto Chasch, aunque mantienen pocas comunicaciones con su mundo natal, Godag. Al sur de Dadiche hay fábricas y plantas técnicas, e incluso puede detectarse algún pequeño comercio entre Dirdir y Chasch, aunque ambas partes pretenden lo contrario. ¿Qué es lo que buscas en Dadiche? —Y clavó sus ojos de búho, azul acuosos, en Reith.

Reith reflexionó. No ganaba nada confiando en Anacho, al que seguía considerando como un elemento incógnita. Finalmente dijo:

—Los Chasch me arrebataron algo de gran valor para mí. Quiero recuperarlo, si es posible.

—Interesante —dijo Anacho, con una entonación sardónica en su voz—. Me siento curioso. ¿Qué pueden haberle arrebatado los Chasch a un subhombre para que éste viaje un millar de leguas para recuperarlo? ¿Y cómo espera recuperarlo, o incluso encontrarlo de nuevo?

—Puedo encontrarlo. El problema es lo que ocurra después.

—Me intrigas —dijo el Hombre Dirdir—. ¿Qué propones hacer primero?

—Necesito información. Quiero saber si las personas como tú y yo podemos entrar en Dadiche y marcharnos luego sin problemas.

—Yo no —dijo Anacho—. Me olerían como el Hombre-Dirdir que soy. Poseen narices de una sorprendente particularidad. La comida que tomas envía esencias a tu piel; los Chasch pueden identificarlas, y separar a los Dirdir de los Wankh, los hombres de las marismas de los hombres de las estepas, los ricos de los pobres; sin mencionar las variaciones causadas por las enfermedades, la suciedad, los ungüentos, las aguas y una docena de otras condiciones. Pueden oler el aire salado de los pulmones de un hombre si ha estado cerca del océano; pueden detectar el ozono de un hombre que ha bajado de las alturas. Captan si estás hambriento, irritado o temeroso; pueden definir tu edad, tu sexo, el color de tu piel. Sus narices les proporcionan toda una dimensión de percepción.

Reith permaneció sentado reflexivamente.

Anacho se puso en pie, se dirigió a una mesa cercana donde permanecían sentados tres hombres vestidos con toscas ropas: hombres de pieles cerúleas blanco grisáceas, pelo castaño claro, grandes ojos blandos. Respondieron deferentemente a las preguntas de Anacho; éste regresó junto a Reith.

—Ésos tres son ganaderos; visitan regularmente Dadiche. La zona al oeste de Pera es segura; los Chasch Verdes evitan las armas de la ciudad. Nadie nos molestará por el camino...

—¿«Nos»? ¿Vas a venir?

—¿Por qué no? Nunca he visto Dadiche ni sus jardines exteriores. Podemos alquilar un par de caballos saltadores y acercarnos hasta un par de kilómetros de distancia. Los Chasch raras veces abandonan la ciudad, o eso al menos me han dicho los ganaderos.

—Bien —dijo Reith—. Hablaré con Traz; él puede quedarse haciendo compañía a la muchacha.

En el corral en la parte trasera de la posada, Reith y el Hombre-Dirdir contrataron caballos saltadores de una raza de altas y flexibles patas desconocida para Reith. El mozo de la cuadra ensilló los animales, metió los travesaños de guía en los agujeros en el cráneo de los animales, y con ello hizo que chillaran y azotaran el aire con sus palpos. Fueron sujetadas las riendas, Reith y Anacho subieron a las sillas; los corceles dieron furiosos saltos de costado, luego partieron al galope hacia el camino.

Cruzaron el centro de Pera, donde, a lo largo y ancho de una zona considerable, la gente había construido todo tipo de moradas a partir de los cascotes y los trozos de cemento. La población era mayor de lo que Reith había esperado, alcanzando quizá los cuatro o cinco mil. Y arriba, en la cima de la antigua ciudadela, dominando todo lo demás, estaba la enorme y tosca mansión donde vivía Naga Goho u su séquito de Gnashters.

Al llegar a la plaza central, Reith y Anacho se detuvieron en seco ante la visión de un despliegue de horribles objetos. Al lado de un enorme patíbulo había una serie de tocones de desollar manchados de sangre. Unos puntiagudos postes mantenían en el aire a un par de hombres empalados. De una grúa colgaba una pequeña jaula; dentro había acurrucada una criatura desnuda ennegrecida por el sol, apenas reconocible como un hombre. Un Gnashter permanecía tranquilamente sentado en las inmediaciones, un hombre joven y mofletudo vestido con una chaquetilla rojo oscuro y una falda escocesa negra hasta la altura de las rodillas: el uniforme de los Gnashters. Reith tiró de las riendas del caballo saltador y, señalando la jaula, preguntó al Gnashter:

—¿Qué crimen ha cometido?

—Recalcitrancia, cuando Naga Goho pidió a su hija para su servicio.

—¿Cuánto tiempo lleva colgado ahí?

El Gnashter le lanzó una indiferente mirada.

—Todavía durará otros tres días. La lluvia lo ha refrescado; está lleno de agua.

—¿Y éstos? —Reith señaló a los cuerpos empalados.

—Defraudadores. Alguna gente impenitente rechina los dientes ante la idea de entregar unas monedas de sus riquezas a Naga Goho.

Anacho tiró a Reith del brazo.

—Vámonos.

Reith se dio la vuelta: era imposible arreglar todas las cosas que estaban mal en aquel terrible planeta. Pero al lanzar por encima de su hombro una última mirada a la ruina encerrada dentro de la jaula sintió una oleada de vergüenza. De todos modos... ¿qué opciones tenía? Meterse con Naga Goho podía conducirle fácilmente a la pérdida de su vida, sin el menor beneficio para nadie. Si conseguía recuperar su lanzadera y regresar a la Tierra, la suerte de todos los hombres en Tschai mejoraría enormemente. Reith se lo repitió a sí mismo una y otra vez, e intentó olvidar la escena que acababa de presenciar.

Más allá de Pera había un gran número de irregulares campos cultivados, donde mujeres y muchachas atendían todo tipo de cosechas. Carros cargados con comida y productos de granja avanzaban hacia el oeste a lo largo del camino que conducía a Dadiche: un comercio sorprendente para Reith, que no esperaba unos intercambios tan formalizados.

Los dos hombres cabalgaron durante una quincena de kilómetros en dirección a una baja cordillera de grises colinas. Allá donde el camino ascendía por un barranco de empinadas paredes, una puerta cortaba el camino, y se vieron obligados a esperar mientras un par de Gnashters inspeccionaban un carro lleno de cajas de coles de aspecto pulposo, luego cobraban el correspondiente peaje. Reith y Anacho pagaron un sequin cada uno para cruzar la puerta.

—Naga Goho desaprovecha muy pocas ocasiones de obtener beneficios —gruñó Reith—. ¿Qué demonios hará con sus riquezas?

El Hombre-Dirdir se alzó de hombros.

—¿Qué hace todo el mundo con sus riquezas?

El camino serpenteaba hacia arriba y cruzaba un desfiladero. Más allá de extendían

las tierras de los Chasch Azules: una región boscosa atravesada por docenas de pequeños ríos, que se estancaban en innumerables charcas. Había centenares de tipos distintos de árboles: rojas palmas con hojas como plumas, verdes coníferas, árboles con troncos negros y ramas de las que colgaban blancos globos; y muchas plantaciones de adaraks. Todo el paisaje era un inmenso jardín, atendido con meticuloso cuidado.

Más abajo estaba Dadiche: bajos y planos domos y curvadas superficies blancas, medio sumergidas en follaje. El tamaño y la población de la ciudad era imposible de estimar; no había diferenciación entre ciudad y parque. Reith se vio obligado a admitir que los Chasch Azules vivían en agradables condiciones.

El Hombre-Dirdir, sometido a otros preceptos estéticos, habló con condescendencia. —Típico de la mentalidad de los Chasch: informe, caótica, tortuosa. ¿Has visto alguna ciudad Dirdir? ¡Realmente noble! ¡Una visión que hace que el corazón se te pare! Esta semibucólica chapucería —Anacho hizo un gesto burlón— refleja el capricho de los Chasch Azules. No tan flácido y decadente como el de los Viejos Chasch, por supuesto (¿recuerdas Golsee?), pero los Viejos Chasch llevan moribundos veinte mil años... ¿Qué estás haciendo? ¿Qué es este instrumento?

Reith, incapaz de hallar un método de utilizar discretamente su transcom, lo había sacado y estaba leyendo sus indicadores.

—Es un dispositivo que señala una dirección y una distancia de casi seis kilómetros.

—Miró siguiendo la dirección de la aguja—. La línea cruza esa estructura grande con el domo alto. —Señaló—. La distancia es la correcta.

Anacho estaba contemplando el transcom con lúgubre fascinación.

—¿Dónde conseguiste este instrumento? Nunca antes había visto ese tipo de artesanía. Y esas indicaciones: ¡no son ni Dirdir, ni Chasch, ni Wankh! ¿Hay algún lejano rincón en Tschai donde los subhombres fabrican artículos de esta calidad? ¡Estoy sorprendido! ¡Siempre había creído que los subhombres eran incapaces de cualquier actividad más complicada que la agricultura!

—Anacho, amigo mío, aún te queda mucho por aprender —dijo Reith—. Puede que el proceso signifique un gran shock para ti.

Anacho se masajeó la mandíbula inferior y se echó el suave casco negro sobre su frente.

—Eres tan misterioso como un Pnume.

Reith extrajo el sondoscopio de su bolsa e inspeccionó el paisaje. Siguió el curso del camino, colina abajo, cruzando una plantación de árboles en forma de llama con enormes hojas verdes y púrpuras, luego un muro que no había visto anteriormente y que con toda evidencia protegía Dadiche de los Chasch Verdes. El camino cruzaba un portal en aquel muro y penetraba en la ciudad. A intervalos a lo largo del camino había carros que penetraban en Dadiche cargados de comestibles, y salían con cajas de productos manufacturados.

Anacho inspeccionó el sondoscopio, emitió un sonido de irritado desconcierto, pero contuvo cualquier comentario.

—No tiene ningún sentido seguir el camino —dijo Reith—; sin embargo, si cabalgamos siguiendo la cresta un par o tres de kilómetros, podremos echarle otro vistazo a ese gran edificio.

Anacho no puso ninguna objeción; cabalgaron en dirección al sur durante casi tres kilómetros, y luego Reith tomó una nueva lectura del transcom. La línea de visión cruzaba la misma enorme estructura con el domo. Reith asintió, seguro ya.

—En este edificio hay artículos que eran míos y me fueron arrebatados, y que deseo recuperar.

Los labios del Hombre-Dirdir se curvaron en una sonrisa.

—Muy bien... ¿pero cómo? No puedes entrar cabalgando en Dadiche, llamar a la puerta de ese edificio, y gritar: «¡Devolvedme mis objetos!» Te vas a sentir decepcionado. Dudo también que seas un ladrón lo suficientemente hábil como para engañar a los Chasch. Así pues, ¿qué piensas hacer?

Reith miró pensativamente hacia el gran domo blanco.

—Primero, un reconocimiento desde más cerca. Necesito mirar el interior de ese

edificio. Porque lo que más deseo puede que no esté allí.

Anacho agitó la cabeza en un suave reproche.

—Hablas en acertijos. Primero declaras que tus artículos están ahí, luego que puede que no estén ahí después de todo.

Reith simplemente se echó a reír, aparentando una confianza mayor de la que sentía. Ahora que estaba cerca de Dadiche, y presumiblemente de la lanzadera, la tarea de recobrar su posesión parecía animadora.

—Creo que ya basta por hoy. Volvamos a Pera.

Cabalaron, botando y bamboleándose en los caballos saltadores, de regreso al camino, donde hicieron una pausa para observar a los carros que pasaban resonantes por su lado. Algunos iban propulsados a motor, otros por animales de tiro de lenta andadura. Los que iban a Dadiche llevaban alimentos: melones, cajas de aves muertas y desplumadas, balas de una especie de seda blanca tejida por los insectos de las marismas, redes llenas de purpúreas entrañas de animales.

—Esos carros entran en Dadiche —dijo Reith—. Iré con ellos. ¿Por qué debería haber alguna dificultad? El Hombre-Dirdir agitó lúgubrementemente la cabeza.

—Los Chasch Azules son impredecibles. Puede que te encuentres de pronto realizando trucos para divertirlos. Trucos como caminar sobre inestables troncos encima de pozos llenos de inmundicias o escorpiones de ojos blancos. Y si mantienes el equilibrio, los Chasch calentarán los troncos, o harán pasar electricidad por ellos, de modo que saltes y hagas trucos desesperados. O quizá te encuentres dentro de un laberinto de cristal con un atormentado Phung. O puede que te venden los ojos y te metan en un anfiteatro con un ciclodón, también con los ojos vendados. O, si fueras un Dirdir o un Hombre-Dirdir, podrías ser puesto a resolver problemas lógicos para evitar desagradables castigos. Su ingeniosidad no tiene límites.

Reith frunció el ceño a la ciudad.

—¿Los hombres de los carros corren todos esos riesgos?

—Tienen permiso para ir y venir sin ser molestados, a menos que violen alguna ordenanza.

—Entonces iré como carrero. Anacho asintió.

—La obvia estratagema. Sugiero que esta noche te desembaraces de todas tus ropas, se frotes concienzudamente con barro sucio, permanezcas un rato junto al humo de huesos quemándose, camines bastante sobre estiércol, y comas panibales, ramos y cosas ahumadas, todo lo cual permeará tu cuerpo con sus olores y eliminará la grasa de tu piel. Luego vístete de piel para afuera con ropas usadas de carrero. Y como última precaución, nunca pases junto a un Chasch Azul con el viento en su dirección, y contén el aliento allá donde uno de ellos pueda detectar el olor de tus dientes o tu respiración.

Reith consiguió esbozar una sonrisa que no tenía nada de alegre.

—El plan suena menos realizable a cada minuto que pasa. Pero no me importa morir. Tengo demasiadas responsabilidades. Como el devolver a la muchacha a Cath.

—¡Bah! —resopló Anacho—. Eres una víctima del sentimentalismo. Esa chica es una fuente de problemas, vanidosa y preocupada solamente por sí misma. ¡Abandónala a su destino!

—Si no fuera vanidosa, sospecharía que era estúpida —afirmó Reith con pasión.

Anacho se besó la punta de los dedos: un gesto de fervor mediterráneo.

—¡Cuando dices «belleza» debes referirte a las mujeres de mi raza! ¡Ah! ¡Criaturas elegantes, pálidas como la nieve, con sus cráneos desnudos relucientes como espejos! Tan próximas a los Dirdir que los propios Dirdir se sienten atraídos por ellas... A cada cual sus gustos. La muchacha de Cath nunca podrá ser otra cosa más que una fuente de tribulaciones. Esas mujeres arrastran consigo el desastre como una nube arrastra la lluvia; ¡piensa en las veces que has tenido que luchar por ella!

Reith se alzó de hombros y espoleó el caballo saltador para que se pusiera en movimiento; partieron hacia el este siguiendo la carretera, adentrándose en la estepa, hacia el montón de ruinas blanco grisáceas que era Pera.

A última hora de la tarde entraron en la arruinada ciudad. Devolvieron los caballos saltadores a los establos, cruzaron la plaza hasta la larga posada semisubterránea, con el bajo sol iluminando sus espaldas.

El salón principal estaba medio lleno de gente tomando una cena temprana. Ni Traz ni la Flor de Cath estaban allí, ni tampoco en el pequeño cubículo de su habitación en el segundo piso. Reith regresó abajo y buscó al posadero.

—¿Dónde están mi amigos, el joven y la muchacha de Cath? No los encuentro por aquí.

El posadero exhibió un rostro compungido, miró hacia todas partes excepto a los ojos de Reith.

—Tendrías que saber dónde está; ¿cómo podría estar en otro lugar? En cuanto al joven, se puso irrazonablemente furioso cuando vinieron a llevársela. Los Gnashters le abrieron la cabeza y se lo llevaron consigo a rastras para ser colgado.

—¿Cuánto tiempo hace que ocurrió todo esto? —preguntó Reith, con una voz precisa y controlada.

—No hace mucho. Aún debe estar pataleando. El chico fue un estúpido. Una muchacha como ésa es una flagrante provocación; no tenía derecho a defenderla.

—¿Se llevaron la muchacha a la torre?

—Eso supongo. ¿Pero a mí qué me importa? Naga Goho hace lo que quiere; suyo es el poder en Pera.

Reith regresó junto a Anacho, le tendió su bolsa, reteniendo solamente sus armas.

—Cuida de mis pertenencias. Si no vuelvo, consérvalas.

—¿Tienes intención de correr algún nuevo peligro? —preguntó Anacho, con sorpresa y desaprobación—. ¿Qué hay de tu objetivo?

—Puede esperar —dijo Reith, corriendo ya hacia la ciudadela.

La luz del sol poniente brillaba aún en las plataformas de piedra y bloques de monta que rodeaban el patíbulo. Los colores contenían esa curiosa plenitud de todos los colores en Tschai: incluso los marrones y grises, los opacos ocre, los sienas de todos aquellos que habían acudido a ver la ejecución impartían una sensación de rica esencia. Las chaquetillas rojo oscuro de los Gnashters resplandecían intensamente; eran seis. Dos estaban junto a la cuerda del patíbulo; dos sostenían a Traz, que permanecía de pie sobre inseguras piernas, la cabeza baja, un hilillo de sangre descendiendo por su frente. Uno estaba negligentemente recostado contra un poste, la mano apoyada en el disparador de su catapulta; el último estaba dirigiéndose a un apático grupo reunido ante el patíbulo.

—¡Por orden de Naga Goho, este furioso criminal que se ha atrevido a usar la violencia contra los Gnashters debe ser colgado!

El nudo fue colocado ceremoniosamente en torno al cuello de Traz. Este alzó la cabeza, lanzó una vidriosa mirada a la gente reunida ante él. Si vio a Reith, no hizo el menor signo de haberle reconocido.

—¡Que el incidente y sus consecuencias enseñen obediencia a todos!

Reith se dirigió hacia un lado del patíbulo. No había tiempo para melindres ni delicadezas... si de hecho esas cosas habían existido alguna vez en Tschai. Los Gnashters junto a la cuerda lo vieron acercarse, pero su actitud era tan casual que no le prestaron la menor atención y se volvieron esperando la señal. Reith deslizó el cuchillo buscando el corazón del primero, que dejó escapar un ronco croar de sorpresa. El segundo volvió la vista; Reith cortó su garganta de un tajo, luego lanzó el cuchillo hendiendo la frente del Gnashter que permanecía de pie junto al poste. En un instante los seis se habían convertido en tres. Reith saltó hacia delante con la espada en la mano y derribó al hombre que había hecho la proclama, pero ahora los dos que sujetaban a Traz, sacando sus hojas, se lanzaron contra Reith, rugiendo su ultraje. Reith retrocedió, apuntó su catapulta Emblema, derribó al primero; el segundo, ahora el único superviviente de los seis, se detuvo en seco. Reith lo atacó, arrancó la espada de su mano, lo derribó con un golpe en la sien. Liberó el nudo del cuello de Traz, lo pasó por el cuello del caído Gnashter, lo cerró, señaló a dos de los hombres que había delante del grupo de fascinados espectadores.

—Vosotros, tirad; tirad de la cuerda. Vamos a colgar al Gnashter, no al joven. —Al ver que dudaban, gritó—: ¡Tirad os digo; obedecedme! ¡Vamos a mostrarle a Naga Goho quién gobierna en Pera! ¡Arriba con el Gnashter!

Los hombres saltaron hacia la cuerda; el Gnashter fue izado en el aire, pataleando y agitando los brazos. Reith corrió hacia la grúa. Desató la cuerda que mantenía suspendida la jaula, la bajó al suelo, abrió la tapa superior. El desgraciado que había en su interior, agazapado en el angosto espacio, alzó la vista con temerosa expectación, luego con una imposible esperanza. Intentó levantarse, pero estaba demasiado débil. Reith se inclinó y lo ayudó. Hizo una seña a los dos hombres que habían tirado de la cuerda.

—Tomad a este hombre y al joven y llevadlos a la posada; ved que cuiden de ellos. Ya no necesitáis temer más a los Gnashters. Tomad las armas de los hombres muertos; ¡si aparecen más Gnashters, matadlos! ¿Habéis comprendido? ¡Ya no hará más Gnashters en Pera, no más impuestos, no más ahorcamientos, no más Naga Goho!

Desconfiadamente, los hombres tomaron las armas, luego se volvieron para mirar hacia la ciudadela.

Reith aguardó solamente el tiempo suficiente para ver cómo Traz y el hombre de la

jaula eran llevados hacia la posada, luego se volvió y echó a correr colina arriba hacia el palacio provisional de Naga Goho.

Un muro de cascotes apilados bloqueaba el camino, cerrando una especie de patio. Había una docena de Gnashters sentados en largas mesas, bebiendo cerveza y comiendo aves asadas en largos espetones. Reith miró a derecha e izquierda, luego se deslizó a lo largo del muro.

La ladera de la colina se convertía bruscamente en un precipicio; Reith se apretó contra la pared, aferrándose a las protuberancias y huecos entre los bloques. Llegó a una abertura: una ventana cruzada por barras de hierro. Miró cautelosamente dentro, sin ver otra cosa más que oscuridad. Más adelante había otra ventana más grande, pero el camino hasta allí era peligroso, sobre un precipicio de más de veinte metros. Reith dudó, luego siguió avanzando, moviéndose con una dolorosa lentitud, colgado de los irregulares bordes y huecos con las puntas de sus dedos. Era casi invisible a la declinante luz del atardecer, apenas una mancha en el muro. Abajo se extendía la vieja Pera, con sus amarillentas luces empezando a parpadear entre las ruinas. Reith alcanzó la ventana, que estaba protegida por un enrejado de juncos trenzados. Miró a su través: era un dormitorio. En una cama había la silueta de alguien durmiendo... una mujer. ¿Durmiendo? Escrutó en la penumbra. Las manos estaban alzadas como en súplica, las piernas muy abiertas, el cuerpo completamente inmóvil. La mujer estaba muerta.

Reith arrancó la reja, penetró en la estancia. La mujer había sido golpeada en la cabeza y luego estrangulada; su boca estaba abierta, su lengua asomaba grotescamente hinchada. Viva debía haber sido agraciada, o al menos eso conjeturó Reith. Muerta, era una deprimente visión.

Llegó hasta la puerta en tres largas zancadas, miró a un jardín interior. De un porche al otro lado llegaba un murmullo de voces.

Reith se deslizó por el patio interior, miró desde el porche a una especie de comedor adornado con tapices amarillos, rojos y negros. El suelo estaba cubierto por alfombras; el mobiliario consistía en pesadas sillas, una mesa de madera ennegrecida por la edad. Bajo un gran candelabro que arrojaba una luz amarillenta estaba sentado Naga Goho, cenando, con una espléndida capa de piel echada hacia atrás sobre sus hombros. Al otro lado de la habitación estaba sentada la Flor de Cath, con la cabeza baja, el pelo caído sobre su rostro. Tenía las manos unidas sobre su regazo; Reith vio que sus muñecas estaban atadas con tiras de cuero. Naga Goho comía con una exagerada delicadeza, llevándose los trozos a su boca con un estudiado gesto de sus dedos índice y pulgar. Hablaba mientras comía, y al tiempo que hablaba esgrimía un látigo corto en un gesto de siniestra diversión.

La Flor permanecía sentada inmóvil, sin alzar en ningún momento los ojos de su regazo. Reith observó y escuchó por unos instantes, una parte de él tan inexorablemente obcecada como un tiburón, otra asqueada y horrorizada, otra más sardónicamente divertida ante la grotesca sorpresa que le aguardaba a Naga Goho. Se deslizó silenciosamente dentro de la habitación. Ylin-Ylan alzó la vista, el rostro completamente inexpresivo. Reith le hizo una seña para que guardara silencio, pero Naga Goho captó algo en los ojos de la muchacha y se volvió en su silla. Saltó en pie, la capa de piel resbaló de sus hombros y cayó al suelo.

—¡Hey! —exclamó, sorprendido—. ¡Una rata en el palacio! —Corrió en busca de su espada, que colgaba en su funda del respaldo de la silla; Reith llegó primero y, sin dignarse a extraer su propia hoja, golpeó a Naga Goho con su puño y lo envió, brazos y piernas abiertos, sobre la mesa. Naga Goho, un hombre fuerte y rápido, dio un brusco giro y estuvo de nuevo en pie. Reith saltó tras él. Y entonces se dio cuenta de que Naga Goho era tan experto en la lucha cuerpo a cuerpo al estilo de Tschai como Reith lo era en las intrincadas técnicas de la Tierra. Para confundir a Naga Goho, Reith empezó a lanzarle ganchos de izquierda al rostro. Cuando Naga Goho intentó sujetar el brazo izquierdo de Reith, para intentar derribarle o rompérselo, éste dio un paso adelante y golpeó a su contrincante en el cuello y rostro. Naga Goho, desesperado, intentó una terrible patada, pero Reith estaba preparado; agarrando su pie, tiró hacia arriba, lo retorció y lo empujó con la

intención de romperle el tobillo. Naga Goho cayó de espaldas. Reith lanzó una patada a su cabeza, y un instante más tarde Naga Goho yacía tendido con los brazos atados a la espalda y un trapo metido en la boca.

Reith liberó a Ylin-Ylan, que cerró los ojos. Estaba tan pálida, tan exhausta, que Reith pensó que iba a desvanecerse. Pero se mantuvo en pie, limitándose a reclinarsse sollozando contra el pecho de Reith. Este la abrazó por unos instantes, acariciando su cabeza; luego dijo:

—Tenemos que salir de aquí. Hasta ahora hemos tenido buena suerte; puede que no dure. Hay una docena o más de sus hombres abajo.

Reith ató una cuerda en torno al cuello de Naga Goho y tiró secamente.

—En pie; rápido.

Naga Goho siguió tendido, mirándole furioso, produciendo irritados sonidos a través de su mordaza. Reith tomó el látigo y azotó la mejilla del hombre.

—En pie. —Tiró de la cuerda. El jefe prisionero se puso en pie.

Con Naga Goho cojeando dolorosamente, cruzaron un pasillo iluminado por una humeante antorcha, y penetraron en el patio donde los Gnashters permanecían sentados ante sus jarras de cerveza. Reith tendió la cuerda a la Flor.

—Sigue caminando. No te apresures. No prestes atención a los hombres. Conduce a Goho camino abajo.

Ylin-Ylan, tomando la cuerda, caminó cruzando el camino, tirando de Naga Goho. Los Gnashters se volvieron en sus bancos, contemplando incrédulos. Naga Goho produjo urgentes y roncós sonidos; los Gnashters se pusieron vacilantes en pie. Uno de ellos avanzó lentamente unos pasos. Reith surgió al patio esgrimiendo la catapulta.

—Atrás; a vuestros asientos.

Mientras dudaban, se deslizó cruzando el patio. Ylin-Ylan y Naga Goho estaban empezando a bajar la colina. Reith dijo a los Gnashters:

—Naga Goho está acabado. Vosotros también. Cuando bajéis la colina, será mejor que dejéis atrás vuestras armas. —Se hundió en la oscuridad—. No vengáis tras nosotros. —Aguardó. De arriba llegó un furioso balbuceo de conversaciones. Dos de los Gnashters avanzaron hacia la abertura. Reith apareció en ella, derribó al primero con la catapulta, retrocedió de nuevo a la oscuridad. Dentro del patio, mientras Reith colocaba una nueva flecha en la canal, se produjo un absoluto silencio. Reith miró. Todos permanecían en el extremo más alejado del patio, contemplando el cadáver de su compañero. Reith se volvió, echó a correr sendero abajo, donde la Flor se debatía por controlar a Naga Goho, que tiraba de la cuerda de su cuello, intentando atraerla para poder caer sobre ella, quizá conseguir que perdiera el sentido. Reith agarró la cuerda y arrastró a buen paso a Naga Goho, tambaleándose y cojeando, hacia el pie de la colina.

Az y Braz cabalgaban por el cielo oriental; los blancos bloques de la vieja Pera parecían resplandecer con una tenue luz interior.

En la plaza se había reunido toda una multitud, atraída por los rumores y las alocadas noticias, preparada para huir entre las ruinas en caso de que los Gnashters bajaran del palacio con intenciones agresivas. Al ver solamente a Reith, la muchacha y el cojeante Naga Goho, lanzaron exclamaciones de sorpresa y se acercaron paso a paso.

Reith se detuvo, contempló el círculo de rostros, pálidos a la luz de la luna. Dio un tirón a la cuerda, sonrió a la multitud.

—Bien, aquí tenéis a Naga Goho. Ya no es el jefe. Ha cometido un crimen de más. ¿Qué debemos hacer con él?

La multitud se agitó inquieta, con la vista clavada primero en el palacio, luego en Reith y Naga Goho, que permanecía de pie mirándoles con ojos llameantes, prometiendo una terrible venganza. Una voz de mujer, baja, ronca, temblorosa de rabia, dijo:

—Desollémoslo. Desollemos a la maldita bestia.

—Empalémoslo —murmuró un hombre viejo—. Él empaló a mi hijo: idejemos que sienta el palo en su carne!

—¡Las llamas! —chilló otra voz—. ¡Asémoslo a fuego lento!
—Nadie pide clemencia —observó Reith. Se volvió a Naga Goho—. Tu tiempo ha llegado. —Le quitó la mordaza—. ¿Tienes algo que decir?
Naga Goho no consiguió encontrar palabras, limitándose a emitir extraños sonidos ahogados desde la parte de atrás de su boca.

—Concedámosle un fin rápido... aunque probablemente se merezca algo peor —dijo Reith a la multitud—. Tú... tú... tú. —Señaló—. Bajad al Gnaster. Esta cuerda servirá para Naga Goho.

Cinco minutos más tarde, con la oscura forma pateando aún a la luz de la luna, Reith se dirigió a la multitud:

—Soy un recién llegado a Pera. Pero me resulta claro, como debe resultaros claro a vosotros, que la ciudad necesita un gobierno responsable. ¡Contemplad cómo Naga Goho y un puñado de matones brutalizaron a toda la ciudad! ¡Sois hombres! ¿Por qué actuar como animales? Mañana debéis reuniros para seleccionar a cinco hombres experimentados para vuestro Consejo de Ancianos. Dejadles que elijan a un jefe para que gobierne durante, digamos, un año, sometido a la aprobación del consejo, el cual será quien juzgará a los criminales e impondrá las penas. Luego deberéis organizar una milicia, una tropa de guerreros armados para luchar contra los Chasch Verdes, quizá perseguirles y destruirles. ¡Somos hombres! ¡No lo olvidéis nunca! —Miró hacia la ciudadela—. Diez u once Gnashters siguen aún en el palacio. Mañana vuestro Consejo puede decidir qué hacer con ellos. Es posible que intenten escapar. Sugiero que sea apostada una guardia: veinte hombres a lo largo del sendero deberían ser suficientes. —Reith señaló a un hombre alto con una negra barba—. Tú pareces robusto. Ocúpate de ello. Quedas nombrado capitán. Elige dos docenas de hombres, o más, y monta la guardia. Ahora tengo que ir a ver a mi amigo. Reith y la Flor echaron a andar hacia la Posada de la Estepa Muerta. Mientras se alejaban oyeron al hombre de la barba negra decir:

—Muy bien; durante muchos meses hemos estado actuando como unos pusilánimes. Ahora vamos a hacerlo mejor. Veinte hombres con armas: ¿quién da un paso adelante? Naga Goho escapó simplemente ahorcado; démosles a los Gnashters algo mejor...

Ylin-Ylan tomó la mano de Reith y la besó.

—Gracias, Adam Reith.

Reith rodeó su cintura con un brazo; ella se detuvo, se reclinó contra él, y de nuevo empezó a sollozar, de simple cansancio y agotamiento nervioso. Reith besó su frente; luego, cuando ella alzó el rostro, su boca, pese a todas sus buenas intenciones.

Finalmente llegaron a la posada. Traz estaba dormido en una habitación. A su lado estaba sentado Anacho, el Hombre-Dirdir. Reith preguntó:

—¿Cómo se encuentra?

—Bastante bien —dijo Anacho con voz áspera—. He lavado su cabeza. Sólo es una herida, no hay fractura. Estará en pie mañana.

Reith regresó al salón principal. La Flor de Cath no se veía por ninguna parte. Reith comió pensativamente un bol de estofado y subió a la habitación en el segundo piso, donde la encontró aguardándole.

—Todavía tengo mi último nombre —dijo ella—, mi nombre más secreto, para decírselo solamente a mi amante. Si te acercas más...

Reith se inclinó ligeramente, y ella le susurró el nombre en su oído.

A la mañana siguiente Reith visitó el depósito de transporte en el extremo sur de la ciudad: un lugar de plataformas y cajas donde se amontonaban los productos de la región. Los carros iban de un lado para otro en las zonas de carga, los conductores maldecían y sudaban buscando las mejores posiciones, despreciando el polvo, los olores, las protestas de los animales, las quejas de los cazadores y los agricultores cuyas mercancías se veían constantemente amenazadas por los tambaleantes carros.

Algunos de los carros llevaban dos conductores, o un conductor y un ayudante; otros eran manejados por un solo hombre. Reith se acercó a uno de esos últimos.

—¿Vas hoy a Dadiche?

El carrero, un hombre bajo y delgado con unos ojos negros en un rostro que parecía todo él nariz y estrecha frente, agitó la cabeza, suspicaz.

—Aja.

—Cuando llegas a Dadiche, ¿cuál es el procedimiento?

—Para empezar, no voy a llegar nunca si pierdo el tiempo hablando.

—No te preocupes; te *pagaré* lo que valga tu charla. ¿Qué es lo que haces?

—Conduzco hasta el muelle de descarga; los descargadores vacían el carro; el encargado me entrega el recibo; paso la barrera y recibo los sequins o un vale, según cobre en dinero o en carga. Si he de recibir carga, tomo mi vale y lo llevé a la fábrica o al almacén correspondiente, cargo, y luego emprendo el camino de vuelta a Pera.

—Así pues... ¿no hay restricciones respecto a los lugares donde puedes ir dentro de Dadiche?

—Por supuesto que hay restricciones. No les gusta ver los carros a lo largo de la orilla del río, entre los jardines. No desean ver a la gente al sur de la ciudad, cerca de la pista de carreras, donde grupos de Dirdir tiran de sus carros, o al menos eso se dice.

—En todos los demás lugares, ¿no hay regulaciones? El conductor miró de reojo a Reith por encima del impresionante pico de su nariz.

—¿Por qué haces estas preguntas?

—Quiero ir contigo a Dadiche y volver.

—Imposible. No tienes licencia.

—Tú me proporcionarás esa licencia.

—Entiendo. Supongo que estarás dispuesto a pagar.

—Una suma razonable. ¿Cuánto vas a pedir?

—Diez sequins. Otros cinco sequins por la licencia.

—¡Demasiado! Diez sequins por todo, o doce si conduces hasta donde yo te diga.

—¡Bah! ¿Me tomas por un estúpido? ¡Igual me pides que te conduzca hasta la península de Fargon!

—No hay ningún peligro de ello. Muy poca distancia dentro de Dadiche, la suficiente para ir a echarle una ojeada a algo que me interesa.

—Hecho por quince sequins; ni un céntimo menos.

—Oh, muy bien —dijo Reith—. Pero me proporcionarás ropa de carrero.

—De acuerdo, y te daré también unas cuantas instrucciones: no lleves nada de metal que hayas llevado antes; retiene un aroma que los alarma. Tira todas tus ropas, frótate con barro y sécate con hojas de *annel*, y mastica *annel* para disimular tu aliento. Y tienes que hacer todo esto inmediatamente, porque cargo y parto dentro de media hora.

Reith hizo todo lo indicado, aunque su piel empezó a hormiguarle al pegajoso

contacto de las viejas y bastas ropas del conductor y el sombrero de paja y fieltro. Emmink, como dijo llamarse el carrero, lo registró para asegurarse de que Reith no llevaba armas, las cuales estaban prohibidas dentro de la ciudad. Clavó con un imperdible una placa de cristal blanco en el hombro de Reith.

—Esto es la licencia. Cuando pases la puerta, di tu número, así: «¡Ochenta-y-seis!». Luego no digas nada más, y no bajes del carro. Si te huelen como un extraño no podré hacer nada por ayudarte, así que no me mires.

Reith, ya intranquilo, no se sintió muy animado con esas observaciones.

El carro emprendió el camino hacia el oeste, en dirección a las grises colinas, llevando una carga de aves desplumadas, cuyos amarillos picos y abiertos ojos muertos se alternaban con las hileras de también amarillas patas, formando un esquema macabro.

Emmink era un hombre taciturno y poco comunicativo; no mostró el menor interés en los motivos de la visita de Reith, y Reith, tras algunos intentos de conversación, decidió guardar silencio.

El carro trepó camino arriba, con los generadores a torsión de cada una de sus ruedas gimiendo y zumbando. Penetraron en el paso que Emmink denominó puerto de Belbal, y ante ellos se abrió Dadiche: una escena de extraña y en cierto modo amenazadora belleza. La intranquilidad de Reith se hizo más intensa. Pese a sus sucias ropas, no tenía la impresión de parecerse a los demás conductores, y su única esperanza era oler como un carrero. ¿Y Emmink? ¿Podía confiarse en él? Reith lo estudió disimuladamente: un hombre pequeño y reseco, con una piel del color del cuero hervido, todo él nariz y frente estrecha, y una pequeña boca fruncida. Un hombre como Anacho, como Traz, como él, término en último derivado de la cepa de la Tierra, meditó Reith. ¡Qué diluida, qué tenue era ahora la esencia terrestre! Emmink se había convertido en un hombre de Tschai, con su alma condicionada por el paisaje de Tschai, por la luz ámbar del sol, por el cielo metálico, los suaves e intensos colores. Reith no confiaba en la lealtad de Emmink más allá de la longitud de su brazo, si es que podía confiar hasta tan lejos. Contemplando la extensión de Dadiche, preguntó:

—¿Dónde descargas lo que llevas?

Emmink tardó en responder, como si estuviera buscando alguna razón plausible para eludir la respuesta. A regañadientes, dijo:

—Allá donde consigo el mejor precio. Puede ser el Mercado del Norte o el Mercado del Río. Puede ser el Bazar Bonte.

—Entiendo —dijo Reith. Señaló hacia la gran estructura blanca que había localizado el día antes—. ¿Qué es ese edificio de ahí?

Emmink dejó que sus estrechos hombros se alzaran en un ligero movimiento de desinterés.

—No es asunto mío. Yo compro, transporto y vendo; más allá de eso no me preocupa nada.

—Entiendo... Bien, deseo ir un poco más allá de ese edificio.

Emmink lanzó un gruñido.

—Eso se aparta de mi ruta habitual.

—No me importa si lo hace. Para eso te pago. Emmink gruñó de nuevo, y por un momento guardó silencio. Luego dijo:

—Primero al Mercado del Norte, para asegurar la venta de mis aves, luego al Bazar Bonte. Por el camino pasaré junto al edificio.

Descendieron la colina, cruzaron un terreno desnudo donde se amontonaban las basuras y los cascotes, luego penetraron en un jardín de plumosos arbustos verdes y moteadas cιδadáceas blancas y negras. Ante ellos se alzaba el muro que rodeaba Dadiche, una estructura de diez metros de altura construida de un material sintético de aspecto lustroso. Los carros de Pera cruzaban por la puerta, sometiéndose al escrutinio de un grupo de Hombres-Chasch con pantalones púrpura, camisas verdes y altos sombreros cónicos de fieltro negro. Llevaban armas al costado y largas y finas varillas, que clavaban profundamente en las cargas de los nuevos carros.

—¿Cuál es la razón de esto? —preguntó Reith, mientras los Hombres-Chasch, no sin cierta complacencia, ensartaban una y otra vez la carga del carro que tenían delante.

—Así impiden que los Chasch Verdes puedan introducirse subrepticamente en la ciudad. Hace cuarenta años, un centenar de Chasch Verdes entraron en Dadiche ocultos en la carga; hubo una gran matanza antes de que todos los Chasch Verdes fueran muertos. ¡Oh, los Chasch Azules y los Chasch Verdes son mortales enemigos! ¡A los unos les encanta ver la sangre de los otros!

—¿Qué debo decir si me hacen alguna pregunta? —quiso saber Reith.

Emmink se alzó de hombros.

—Eso es asunto tuyo. Si me preguntan a mí, les diré que me has pagado para que te llevara a Dadiche. ¿Acaso no es la verdad? Entonces tú deberás decir tu verdad, si te atreves... Grita tu número cuando yo grite el mío.

Reith le dedicó una hosca sonrisa pero no dijo nada.

El camino estaba despejado; Emmink condujo cruzando el portal y se detuvo encima de un triángulo rojo.

—¡Cuarenta-y-cinco! —gritó.

—¡Ochenta-y-seis! —gritó Reith.

Los Hombres Chasch avanzaron unos pasos, clavaron sus varillas en el amontonamiento de aves desplumadas, mientras otro daba la vuelta el torno al carro: un hombre fornido de arqueadas piernas y rasgos hundidos en el centro de su rostro, tan carente de barbilla como Emmink pero con una pequeña nariz en forma de botón y una frente baja que parecía más grotesca aún con el falso cráneo que se alzaba formando un cono hasta unos cinco centímetros o más por encima de su cráneo normal. Su piel era correosa, y teñida de azul por algo que podía ser un cosmético. Sus dedos eran cortos y rollizos, sus pies anchos. En opinión de Reith se desviaba de la forma humana, tal como él la conocía, considerablemente más que Anacho el Hombre-Dirdir. El guardia miró indiferente a Emmink y Reith, retrocedió unos pasos, e hizo un gesto con el brazo. Emmink empujó hacia delante la palanca de la marcha y el carro avanzó hacia una amplia avenida. Emmink se volvió hacia Reith con una acida sonrisa.

—Has tenido suerte de que ninguno de los capitanes Chasch Azules estuviera a mano. Hubieran olido tu sudor. Casi yo puedo olerlo. Cuando un hombre tiene miedo, suda. Si quieres pasar por un carrero, necesitas más sangre fría.

—Eso es pedir mucho —dijo Reith—. Haré lo que pueda.

El carro penetró en Dadiche. Podían verse Chasch Azules en los jardines, podando árboles, retirando piedras, moviéndose suavemente en las sombras que rodeaban sus villas de redondos techos. Ocasionalmente Reith captó olores de un jardín o una artesa: emanaciones ácidas, pungentes, especiadas, aromas de ámbar quemado, jarabe de musgo, fermentos anómalos, inquietantes en su elusividad: ¿eran repulsivos o exquisitamente deliciosos?

El camino proseguía entre las villas durante un par de kilómetros o tres. Los Chasch Azules no se preocupaban demasiado por lo que Reith consideraba una preocupación normal por la intimidad; y sus villas parecían espaciadas sin ninguna planificación a lo largo del camino. Ocasionalmente podían verse Hombres-Chasch y Mujeres-Chasch dedicados a labores humildes; Reith apenas pudo ver a Hombres-Chasch en compañía de Chasch Azules; siempre trabajaban separadamente, y cuando por azar debían permanecer juntos físicamente, cada uno ignoraba al otro como si no existiera.

Emmink no hizo ningún comentario ni observación. Reith expresó su sorpresa ante la aparente indiferencia de los Chasch Azules respecto a los carros. Emmink lanzó un bufido de ácido regocijo.

—¡No te dejes engañar! Si los consideras despreocupados respecto a los carros, ¡simplemente salta de uno de ellos y camina al interior de una de las villas! Te verás ensartado en menos de un parpadeo y llevado a uno de sus gimnasios antes de que te des cuenta para demostrarte algunos de sus juegos. ¡Oh, son astutos, astutos, astutos! ¡Tan crueles como burlones! ¡Despiadados y perversos! ¿Has oído

hablar del truco que le hicieron al pobre Phosfer Ajan el carrero? Bajó de su carro para cumplir con una imperiosa necesidad de la naturaleza: una loca estupidez, por supuesto. ¿Qué podía esperar excepto resentimiento? De modo que Phosfer Ajan, con los pies atados, fue colocado en un depósito lleno de pútridas inmundicias que le llegaban hasta la barbilla. En el fondo había una válvula. Cuando la porquería se volvía demasiado caliente, Phosfer Ajan tenía que zambullirse hasta el fondo y cerrar la válvula, tras lo cual la hediondez empezaba a enfriarse terriblemente, y Phosfer tenía que zambullirse y volver a abrirla, y así sucesivamente, mientras la porquería que lo rodeaba lo helaba y lo hacía arder alternativamente. Sin embargo, aguantó; se zambulló y se zambulló estoicamente, y al cuarto día le permitieron regresar a su carro a fin de que pudiera llevar su relato a Pera. Como puedes suponer, adaptan sus juegos a cada ocasión, y en conjunto constituyen el grupo de humoristas más llenos de recursos que jamás se haya conocido. —Emmink volvió a Reith una calculadora mirada—. ¿Qué problemas planeas causarles? Puedo predecir con bastante exactitud la forma en que van a responder.

—No pretendo causarles ningún problema —dijo Reith—. Simplemente me siento curioso, y quiero conocer cómo viven los Chasch Azules.

—Viven como unos jocosos maníacos, desde el punto de vista de aquellos que pretenden irritarlos. He oído que una de sus diversiones favoritas consiste en hacerles travesuras a un robusto Chasch Verde y a un Phung emplumado, juntos, por supuesto. Luego, si tienen la suerte de capturar a un Dirdir y a un Pnume, les obligan a representar vulgares farsas antiguas. Todo ello en bien de la diversión, por supuesto; lo que más odian los Chasch Azules es el aburrimiento.

—Me pregunto por qué al final todo eso no desemboca en una buena guerra —meditó Reith—. ¿Acaso los Dirdir no son mucho más poderosos que los Chasch Azules?

—Por supuesto que lo son; y sus ciudades son enormes, o al menos eso he oído. Pero los Chasch poseen torpedos y minas listos para destruir todas las ciudades Dirdir en caso de ataque. Es una situación común: cada uno es lo suficientemente fuerte como para eliminar al otro; en consecuencia, ninguno de los dos se atreve a ir más lejos de pequeñas bromas sin importancia... Oh, bueno, mientras ellos me ignoren a mí, yo voy a hacer lo mismo con ellos... Ahí delante está el Mercado del Norte. Observa que los Chasch Azules están aquí por todas partes. Les gusta regatear, aunque prefieren engañar. Debes guardar silencio. No hagas ninguna señal, no asientas ni te agites. De otro modo proclamarán que les he vendido a un precio que les ha arruinado.

Emmink dirigió su carro a una zona abierta protegida por un enorme parasol. Entonces empezó el más frenético de los regateos que Reith hubiera visto nunca. Un Chasch Azul se acercó, examinó los cuerpos de las aves y croó una oferta, que Emmink declinó con un ultrajado grito. Durante algunos minutos se lanzaron insultos el uno al otro, no ahorrándose ninguna palabra, hasta que finalmente el Chasch Azul hizo un furioso gesto de disgusto y fue a buscar sus aves a otro carro. Emmink lanzó a Reith un guiño malicioso.

—De tanto en tanto mantengo el precio alto, solamente para excitar a los Azules. Así descubro también a qué nivel se fijarán los precios de venta. Ahora probaremos el Bazar Bonte.

Reith fue a recordarle a Emmink lo del enorme edificio ovalado, luego se lo pensó mejor. El listo Emmink no había olvidado nada. Hizo dar la vuelta al carro, condujo a lo largo de un camino que avanzaba hacia el sur medio kilómetro tierra adentro a partir del río, con jardines y villas entre medio. A la izquierda había pequeños domos y cobertizos entre árboles de disperso follaje, zonas de tierra donde jugaban niños pequeños: los hogares de los Hombres-Chasch. Emmink dijo, lanzando una ojeada a Reith:

—Aquí está el principio de los Chasch Azules; o al menos así me fue explicado por un Hombre-Chasch con cuidadosos detalles.

—¿Cómo?

—Los Hombres-Chasch creen que en cada uno de ellos crece un homúnculo que se

desarrolla a lo largo de su vida y es liberado después de su muerte, para convertirse en un Chasch completo. Eso al menos es lo que enseñan los Chasch Azules; ¿no es grotesco?

—Esa es mi opinión —respondió Reith—. ¿Acaso los Hombres-Chasch no han visto nunca cadáveres humanos? ¿O niños Chasch Azules?

—Sin duda. Pero proporcionan explicaciones para cada discrepancia y desacuerdo. Esto es lo que desean creer: ¿de qué otro modo pueden justificar su servilismo a los Chasch?

Emmink quizá fuera un individuo mucho más profundo de lo que sugería su apariencia, pensó Reith.

—¿Creen también que los Dirdir se originan de los Hombres-Dirdir? ¿O los Wankh de los Hombres-Wankh?

—Es probable que lo crean. —Emmink se alzó de hombros—. Quizá sí... Ahora mira: ahí delante está tu edificio.

El amontonamiento de viviendas de los Hombres-Chasch había quedado atrás, oculto por una cortina de árboles verde pálido con enormes flores amarronadas. El carro estaba rodeando el núcleo central de la ciudad.

Junto a una avenida había edificios públicos o administrativos, sostenidos por esbeltos arcos, con techos formando las más distintas curvas. En el lado opuesto se alzaba la gran estructura que contenía la nave espacial, o eso creía Reith. Era tan grande como un campo de fútbol, con bajas paredes y un enorme techo semiesférico; un *tour de force* arquitectónico, desde todos los ángulos.

La función del edificio no era evidente. Había pocas entradas, y ninguna abertura grande ni facilidades para el transporte pesado. Reith decidió finalmente que estaban avanzando a lo largo de la parte trasera del edificio.

En el Bazar Bonte, Emmink vendió sus aves en una atmósfera de furioso regateo, mientras Reith se mantenía a un lado y contra el viento ante los compradores Chasch Azules.

Emmink no se mostró totalmente complacido con la transacción. Al volver al carro tras la descarga, gruñó:

—Hubiera debido conseguir otros veinte sequins; las aves eran de primera. ¿Pero cómo demonios hacerle comprender eso al Azul? Estaba observándote e intentando olerte, la forma en que te mantenías con la cabeza baja e intentabas pasar desapercibido despertaría sospechas incluso en una vieja Mujer-Chasch. En justicia, tienes que reembolsarme de esta pérdida.

—Me cuesta creer que consiguiera engañarte —dijo Reith—. Vamos; regresemos.

—¿Y mis veinte sequins de pérdida?

—Olvídalos; son imaginarios. Mira; los Azules están observándonos.

Emmink subió apresuradamente al asiento del conductor y puso en marcha el carro. Al parecer por pura perversidad, empezó a regresar por el mismo camino por el que había venido. Reith dijo severamente:

—Conduce por el camino del este, ante la parte frontal del gran edificio; ino más trucos!

—Siempre he ido por el oeste —se quejó Emmink—. ¿Por qué debería cambiar ahora?

—Si sabes lo que es mejor para ti...

—¡Ja!, ¿amenazas? ¿En medio de Dadiche? ¿Cuando todo lo que necesito es hacerle señas a un Azul...?

—Sería la última seña que hicieras en tu vida.

—¿Qué hay de mis veinte sequins?

—Ya has conseguido quince de mí, además de tu beneficio. ¡Ya basta con tus quejas! Conduce tal como te digo o te retorceré el pescuezo.

Gimiendo, protestando, lanzando rencorosas miradas de soslayo, Emmink obedeció. El edificio blanco se erguía ante ellos. El camino avanzaba paralelo a la parte frontal a una distancia de setenta y cinco metros, con una franja de jardín intermedia. Un camino de acceso se desviaba de la avenida principal y avanzaba hasta el edificio, rodeándolo. Conducir por el camino del acceso los hubiera hecho extremadamente

sospechosos, de modo que prosiguieron por la avenida principal en compañía de los otros carros y carromatos y unos cuantos vehículos más pequeños conducidos por Chasch Azules. Reith miraba ansiosamente a la fachada. Tres enormes puertas rompían la uniformidad de la pared delantera. La de la izquierda y la del centro estaban cerradas; la de la derecha estaba abierta de par en par. Cuando pasaron por delante Reith miró a su interior y pudo ver la enorme maquinaria, el resplandor del metal al rojo, el casco de una plataforma similar a la que había alzado la lanzadera del pantano.

Reith se volvió a Emmink.

—¡Este edificio es una factoría donde construyen las aeronaves y las espacionaves!

—Sí, por supuesto —gruñó Emmink.

—Te lo pregunté; ¿por qué no me lo dijiste?

—No me pagaste para darte información. No doy nada por nada.

—Da una vuelta al edificio.

—Tendré que cobrarte cinco sequins extra.

—Dos. Y ninguna queja, o te haré saltar los dientes.

Maldiciendo para sí mismo, Emmink hizo que el carro diera otra vuelta a la factoría.

Reith preguntó:

—¿Has visto alguna vez lo que hay dentro de las puertas del centro o de la izquierda del edificio?

—Oh, sí; varias veces.

—¿Qué es lo que hay?

—¿Cuánto vale esa información?

—No mucho. Tendré que verlo por mí mismo.

—¿Un sequin?

Reith asintió secamente.

—A veces los otros portales están abiertos de par en par. En el centro construyen secciones de espacionaves, que luego son sacadas y llevadas a otros lugares para ser ensambladas. En la parte de la izquierda construyen espacionaves más pequeñas, cuando son necesitadas. Últimamente ha habido poco trabajo; a los Chasch Azules no les gusta el viaje espacial.

—¿Les has visto traer aquí naves espaciales para reparar? ¿Hace algunos meses?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—La información te costará dinero —dijo Reith. Emmink mostró unos grandes dientes amarillos en una sonrisa de sardónica apreciación, y no dijo nada más.

Empezaron a pasar junto a la fachada delantera una segunda vez.

—Lentamente —ordenó Reith, puesto que Emmink había empujado la palanca de la velocidad fuertemente hacia delante y el destartado carro avanzaba a toda marcha por la avenida.

Emmink obedeció a regañadientes.

—Si vamos demasiado lentos pensarán que somos curiosos, y nos harán preguntas acerca de por qué miramos y tendemos nuestros cuellos.

Reith observó con atención a lo largo del camino adyacente al edificio, por el que caminaban algunos Chasch Azules y un número ligeramente superior de Hombres-Chasch.

—Salte del camino —dijo Reith a Emmink—. Para el carro uno o dos minutos.

Emmink inició su protesta habitual, pero Reith tiró hacia atrás de la palanca y el carro se detuvo. Emmink miró furioso a Reith, sin hablar.

—Baja —dijo Reith—. Revisa tus ruedas, o comprueba tu célula de energía. Haz algo que te mantenga ocupado. —Saltó al suelo, se quedó de pie mirando hacia la gran factoría, pues ésta parecía ser la naturaleza del edificio. El portal de la derecha estaba tentadoramente abierto. Tan cerca, y sin embargo tan lejos... ¡Si tan sólo se atreviera a cruzar los setenta y cinco metros que lo separaban del portal y mirar dentro!

¿Y luego qué? Supongamos que veía su lanzadera. Seguramente no se hallaría en condiciones operativas; había muchas posibilidades de que los técnicos Chasch Azules hubieran desmantelado al menos parcialmente el mecanismo. Deberían

formar un asombrado grupo, pensó Reith. La tecnología, la ingeniería, todo el diseño en sí, deberían parecerles extraños y poco familiares. La presencia de un cuerpo humano aún los desconcertaría más. La situación no era en modo alguno halagüeña. La nave estaba posiblemente allí dentro, en desmanteladas condiciones de no utilización. O tal vez no. Si estaba allí, no tenía ni la más remota idea de cómo entrar en posesión de ella. Si no estaba en el edificio, si lo único que había allí era el transcom de Paul Waunder, entonces debería revisar todos sus esquemas de pensamiento y hacer nuevos planes... Pero por el momento el primer paso era mirar dentro de la factoría. Parecía sencillo. Tan sólo necesitaba caminar setenta y cinco metros y echar una ojeada... pero no se atrevía. Si al menos llevara algún disfraz que pudiera engañar a los Chasch Azules... que le diera la apariencia de un Hombre-Chasch. Olvídalo, pensó Reith. Con sus rasgos, no se parecía a un Hombre-Chasch en absoluto.

Aquellas reflexiones le habían ocupado durante muy poco tiempo: apenas un minuto, pero Emmink estaba empezando a dar claras muestras de nerviosismo. Reith decidió pedir su consejo.

—Emmink, supongamos que desearas saber si un objeto determinado, por ejemplo una espacionave pequeña, está dentro de ese edificio. ¿Cómo te las arreglarías?

Emmink soltó un bufido.

—Nunca se me ocurriría tamaña insensatez. Volvería a ocupar mi lugar en el carro y me marcharía mientras aún conservaba mi salud y mi cordura.

—¿No puedes pensar en algún pretexto que pueda llevarnos al interior del edificio?

—Ninguno en absoluto. ¡Estás soñando!

—¿O un poco más cerca, pasado ese portal abierto?

—¡No, no! ¡Por supuesto que no!

Reith estudió anhelante el edificio y el portal abierto. Tan cerca, y sin embargo tan lejos... Se sintió furioso consigo mismo, con las intolerables circunstancias, con los Chasch Azules, con Emmink, con el planeta Tschai. Setenta y cinco metros: medio minuto a lo sumo. Dijo secamente a Emmink:

—Espera aquí. —Y echó a andar a largas zancadas cruzando la zona ajardinada.

Emmink lanzó una ronca llamada:

—¡Ven aquí, vuelve! ¿Estás loco?

Pero Reith se limitó a apresurar el paso. En el camino contiguo al edificio había algunos Hombres-Chasch, aparentemente trabajadores de la factoría, que no le prestaron la menor atención. Reith alcanzó el sendero. El portal abierto estaba a diez pasos de distancia. Tres Chasch Azules salieron por él. El corazón de Reith empezó a latir fuertemente; sus manos estaban húmedas. Los Chasch Azules olerían su sudor; ¿iban a reconocerlo como el olor del miedo? Pareció como si, preocupados por sus propios asuntos, no le prestaran la más mínima atención. Con la cabeza baja, el sombrero de caída ala echado sobre su rostro, Reith pasó apresurado junto a ellos. Luego, cuando estaba tan sólo a siete metros del portal, los tres se volvieron en redondo como activados por el mismo estímulo. Uno de ellos habló con una voz glogloteante, formando las palabras con órganos que no tenían nada que ver con las cuerdas vocales.

—¡Hombre! ¿Adonde vas?

Reith se detuvo y respondió con la explicación que había pensado mientras cruzaba desde la avenida principal:

—Vengo a buscar la chatarra.

—¿Qué chatarra?

—Junto al portal, en una caja; al menos, eso me dijeron.

—¡Jah...! —Un sonido jadeante, que Reith fue incapaz de interpretar—. ¡No hay chatarra!

Uno de los otros murmuró suavemente algo, y los tres emitieron un silbido, el análogo para los Chasch Azules de la risa humana.

—Chatarra, ¿eh? No en la factoría. Allá: ¿ves ese otro edificio? ¡Allá está la chatarra!

—¡Gracias! —dijo Reith—. Pero echaré un vistazo. —Dio los últimos pasos que lo

separaban del abierto portal, miró hacia un gran espacio lleno de murmurante maquinaria y que olía a aceite y metal y ozono. Cerca de él había los componentes de una plataforma en proceso de fabricación. Chasch Azules y Hombres-Chasch trabajaban conjuntamente, sin ninguna distinción obvia de casta. Por las paredes, como en cualquier fábrica o taller terrestre, había bancos, armarios para herramientas y estantes. En el centro podía verse una sección cilíndrica de lo que parecía ser una espacionave de mediano tamaño. Más allá, apenas visible, había una forma familiar: la lanzadera en la que Reith había llegado a Tschai.

No pudo detectar ningún daño en el casco. Si la maquinaria había sido desmantelada, no había ninguna evidencia de ello. Pero había una buena distancia entre él y la nave, y tan sólo tuvo tiempo de echarle una mirada rápida. Tras él los tres Chasch Azules seguían observándole, con sus enormes cabezas azules escamosas medio inclinadas, como si escucharan. En realidad, se dio cuenta Reith, estaban oliéndole. Parecieron repentinamente excitados, repentinamente interesados, y empezaron a caminar lentamente hacia él.

—¡Hombre! —dijo uno de ellos, con su recia y extraña voz—. ¡Escucha!. Vuelve aquí. Aquí no hay chatarra.

—Hueles a miedo de hombre —dijo otro—. Hueles a extrañas sustancias.

—Una enfermedad —respondió Reith.

—Hueles como un hombre vestido de forma extraña que encontramos junto a una extraña espacionave —dijo otro—; hay algo falso en ti.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó el tercero del grupo—. ¿Para quién espías?

—Para nadie; soy carrero, y debo regresar a Pera.

—Pera es un nido de espías; quizá haya llegado el momento de hacer una criba con su población.

—¿Dónde está tu carro? No habrás venido a pie. Reith empezó a alejarse.

—Mi carro está ahí en la avenida. —Señaló, luego miró consternado. Emmink y el carro habían desaparecido. Se volvió a los tres Chasch Azules—. ¡Mi carro! ¡Me lo han robado! ¿Quién puede haberlo hecho? —Y con un gesto de apresurada despedida hacia los desconcertados Chasch, echó a correr por la zona ajardinada que separaba los dos caminos. Tras un macizo de algodonosas plantas blancas y plumas gris verdosas, se detuvo para echar una mirada atrás, y lo que vio no le tranquilizó en lo más mínimo. Uno de los Chasch Azules había echado a correr unos pocos pasos tras él, y estaba apuntando una especie de instrumento hacia todos lados por entre las plantas. Otro estaba hablando con gran urgencia por un micrófono de mano. El tercero se había dirigido al portal y estaba mirando hacia la lanzadera, como si quisiera comprobar su presencia.

—La he fastidiado —murmuró Reith para sí mismo—. He dejado que todo el asunto se me caiga encima. —Fue a seguir su camino, pero se detuvo un instante más para observar a un pelotón de Hombres-Chasch, con uniformes púrpuras y grises, avanzar por el camino contiguo a la factoría montados en largas motocicletas bajas. Los Chasch Azules les dieron tensas instrucciones, señalando hacia la zona ajardinada. Reith no aguardó más. Echó a correr hacia la avenida, y cuando un carro cargado con cestos vacíos pasó junto a él, saltó, se agarró a la parte trasera, se izó, y se arrastró detrás de una pila de cestos, sin llamar la atención a su conductor.

Tras él aparecieron media docena de motocicletas a gran velocidad. Pasaron junto al carro con un furioso zumbido de propulsión eléctrica. ¿Para establecer un bloqueo? ¿O para reforzar a los guardias en las puertas principales?

Probablemente para ambas cosas, pensó Reith. La aventura, como había predicho Emmink, iba a terminar en un fracaso. Reith dudaba de que los Chasch Azules lo emplearan en sus infames juegos; probablemente preferirían extraerle información. ¿Y luego? En el mejor de los casos, la libertad de acción de Reith iba a verse anulada. En el peor de ellos... Pero no valía la pena pensar ahora en esas cosas. El carro estaba avanzando a buena velocidad, pero Reith sabía que no tenía ninguna posibilidad de cruzar la puerta. Cerca del Mercado del Norte, saltó al suelo, e inmediatamente buscó refugio tras una larga y baja estructura de poroso cemento

blanco: un almacén o un cobertizo para guardar cosas. Puesto que desde allí no podía ver nada, trepó por la pared y se subió al techo. Desde allí podía ver toda la avenida principal hasta la puerta, y sus temores quedaron ampliamente justificados: un buen número de policías de seguridad con uniformes grises y púrpuras copaban el portal, inspeccionando con gran cuidado el tráfico. Si Reith quería salir de la ciudad tendría que elegir otra ruta. ¿El río? Para eso debería aguardar hasta la noche y entonces flotar corriente abajo sin ser visto. Pero Dadiche se extendía a lo largo de una treintena de kilómetros o más por la orilla del río, con otras villas y jardines de los Chasch Azules más allá. Además, Reith no sabía nada de las criaturas que moraban en el río. Si eran tan malignas como otras formas de la vida de Tschai, no deseaba saber nada de ellas.

Un débil zumbido atrajo la atención de Reith. Alzó la vista, y se sorprendió al ver un aerodeslizador, a no más de cien metros de distancia, avanzando lentamente por el aire. Los pasajeros eran Chasch Azules, y llevaban unos peculiares cascos que parecían enormes antenas insectoides. Reith estuvo seguro al principio de que había sido visto; luego estuvo seguro de que las antenas eran alguna especie de amplificadores olfativos: un equipo utilizado para rastrearle.

El aerodeslizador siguió avanzando sin cambiar de rumbo. Reith dejó escapar el aliento. Aparentemente, su aprensión había sido infundada. ¿Qué eran las altas antenas? ¿Atuendos ceremoniales? ¿Adornos? Puede que nunca llegue a saberlo, se dijo a sí mismo. Registró el cielo en busca de otros aerodeslizadores, pero no pudo ver ninguno. Alzándose de rodillas, miró de nuevo a su alrededor. Un poco a su izquierda, tras una pantalla de los omnipresentes árboles adarak, estaba el Mercado del Norte: altos parasoles de cemento, discos suspendidos, mamparas de cristal; figuras moviéndose en ropas negras, azul oscuro, rojo oscuro; escamas resplandeciendo con un azul metálico. La brisa, soplando del norte, le traía un complicado aroma de especias, de materias vegetales, de carne cocida, fermentada, adobada, de levaduras y pasteles.

A la derecha estaban las viviendas de los Hombres-Chasch, esparcidas entre los jardines. Más allá, apoyado contra el muro, había un amplio edificio escudado por altos árboles negros. Si Reith podía trepar a la parte superior de ese edificio, tal vez pudiera saltar el muro. Miró hacia el cielo. El atardecer sería el mejor momento para aquella aventura; dentro de un par de horas o tres como máximo.

Reith descendió del techo y se detuvo un momento, pensando. Los Chasch Azules, tan sensibles a los olores; ¿no iban a ser capaces de rastrearle por su olor, como los perros? No era una teoría irrazonable, y si era así, no tenía tiempo que perder.

Encontró dos trozos cortos de madera, los ató a sus zapatos y, dando largas zancadas, se alejó cuidadosamente cruzando el jardín.

Llevaba caminados solamente cincuenta metros cuando oyó ruidos a sus espaldas, e instantáneamente se puso a cubierto. Mirando por entre los arbustos, vio que su suposición había sido no solamente exacta, sino oportuna. Junto al cobertizo aparecieron tres Hombres-Chasch, guardias de seguridad con sus uniformes púrpura y gris, con un par de Chasch Azules, uno de los cuales llevaba un detector conectado a un generador y de ahí a una máscara que cubría su orificio nasal. El Chasch Azul, paseando el detector por el suelo al extremo de su larga pértiga, olisqueaba sin dificultad las huellas de Reith. En la parte de atrás del edificio, el Chasch Azul pareció confuso, pero finalmente descubrió huellas de que Reith había subido al techo. Todos retrocedieron rápidamente, con la creencia aparente de que Reith seguía aún en el techo.

Desde su punto de observación a cincuenta metros de distancia, Reith no pudo reprimir una risita, preguntándose lo que pensarían los Chasch Azules cuando no descubrieran a Reith en el techo y no hallaran ninguna huella perceptible de su partida. Luego, aún sobre sus protecciones de madera, siguió cruzando los jardines hacia el muro.

Se acercó con grandes precauciones hacia el gran edificio y se detuvo tras un alto árbol para revisar la situación. El edificio era oscuro y de aspecto lúgubre, y aparentemente estaba desocupado. Como Reith había supuesto, el techo estaba

muy cerca de la parte superior del muro.

Reith miró hacia la ciudad. Podían verse más aerodeslizadores, al menos una docena. Volaban bajos por encima de la zona que acababa de cruzar, arrastrando negros cilindros al extremo de cables: casi con toda seguridad detectores olfativos. Si uno de ellos pasaba por encima de su cabeza o a favor del viento, cualquiera que fuese el olor distintivo que exudaba Reith sería detectado. Era pues importante que se pusiera con toda rapidez a cubierto, y el sombrío edificio contra el muro parecía el único refugio práctico: si estaba desocupado.

Reith observó durante algunos minutos más. No pudo discernir ningún movimiento en su interior. Escuchó, pero no oyó ningún sonido. No se atrevía aún a acercarse. Por otra parte, mirando hacia los aerodeslizadores por encima de su hombro, se dio cuenta de que no se atrevía tampoco a quedarse. Decidiéndose, dio un tentativo paso hacia delante... luego, al oír sonidos a sus espaldas, saltó de cabeza al refugio.

Captó el resonar rítmico de un gong. Por la parte de arriba del camino se acercaba una procesión de Hombres-Chasch ataviados de gris y blanco. En medio de ella, sobre un catafalco llevado por cuatro portadores, había un cadáver envuelto en tela blanca; detrás avanzaban una serie de Hombres-Chasch y Mujeres-Chasch gimiendo y salmodiando. El edificio era un mausoleo o una funeraria, pensó Reith; su sombrío aspecto era el adecuado.

Los golpes de gong se hicieron más espaciados. El grupo se detuvo bajo el arco de entrada del edificio. El gong enmudeció. El catafalco avanzó en medio de un absoluto silencio y fue colocado en el porche. El cortejo retrocedió y aguardó. El gong emitió una sola nota.

Una puerta se abrió lentamente, una hendidura que parecía dar paso a un vacío infinito. Un intenso rayo dorado cayó oblicuamente sobre el cadáver. Procedentes de la derecha y la izquierda aparecieron un par de Chasch Azules, llevando unos correaes ceremoniales de cintas de cuero, remaches, placas y ribetes dorados. Se acercaron al cadáver, retiraron el sudario para exponer el rostro y el falso cráneo, luego se echaron a un lado. Una cortina descendió para ocultar al difunto.

Transcurrieron unos momentos. El rayo de luz dorada se convirtió en un resplandor; hubo un repentino sonido como un lamento, como el producido por una cuerda de un arpa al romperse. La cortina se alzó. El difunto permanecía tendido como antes, pero el falso cráneo estaba hendido, y el verdadero también. Sobre el frío cerebro estaba sentado un minúsculo Chasch Azul, mirando directamente al cortejo.

El gong dejó oír once exultantes golpes; los Chasch Azules gritaron:

—¡La elevación se ha producido! ¡Un hombre ha trascendido su primera vida!
¡Compartid la beatitud! ¡Inhalad el jubilante olor! ¡El hombre, Zugel Edgz, ha entregado su alma a este delicioso pequeño! ¿Puede haber mayor felicidad? ¡A través de la diligencia, por la aplicación de los principios aprobados, la misma gloria puede llegar a todos vosotros!

—En mi primera vida yo fui el hombre Sagaza Oso... —dijo uno.

—Yo fui la mujer Diseun Furwg... —dijo el otro. Y a coro:

—...y así todos los demás. ¡Partid con alegría! El pequeño Zugel Edgz debe ser untado con el bálsamo de la salud; el vacío cuerpo humano regresará a la tierra. ¡Dentro de dos semanas podréis visitar a vuestro querido Zugel Edgz!

El cortejo, ya no triste, regresó por el sendero a los golpes rápidos del gong y se perdió de vista. El catafalco con el cadáver y el pequeño Chasch de enormes ojos se deslizó dentro del edificio. Los Chasch Azules lo siguieron, y la puerta se cerró.

Reith rió suavemente, y reprimió rápidamente su risa cuando un aerodeslizador pasó alarmantemente cerca. Arrastrándose entre el follaje, se acercó a la funeraria. No se veía a nadie, ni Chasch ni Hombre-Chasch; se deslizó hasta la parte de atrás del edificio, que casi tocaba el muro.

Casi a ras de suelo había una abertura en forma de arco. Reith se deslizó junto a ella, escuchó, oyó un ahogado rumor de maquinaria, y se estremeció ante el pensamiento del macabro trabajo que debía estarse realizando. Miró hacia la oscuridad,

para ver lo que parecía ser un almacén, un lugar donde dejar los objetos desechados. A lo largo de estanterías se alineaban botes, jarras, montones de ropas viejas, una serie de polvorientos mecanismos de inimaginable finalidad. La estancia estaba descuidada, y aparentemente era usada muy poco. Reith echó una última mirada hacia el cielo y se deslizó al interior del edificio.

La habitación se comunicaba con otra a través de un amplio y bajo arco. Más allá había otra estancia, y otra, y otra, todas ellas iluminadas por una luz enfermiza procedente de paneles en el techo. Reith se contentó con ocultarse tras una estantería y aguardar.

Pasó una hora, dos horas. Reith empezó a sentirse intranquilo, y se aventuró a una cautelosa exploración. En una sala lateral encontró un tonel conteniendo falsos cráneos, cada uno de ellos con una etiqueta y una serie de caracteres. Tomó uno, se lo probó. Parecía encajar; Reith despegó y tiró la etiqueta. De un montón de ropas seleccionó una vieja capa y se la echó por encima, cerrándola bajo la barbilla. Desde una cierta distancia, y siempre que no fuera examinado muy atentamente, podía ser tomado por un Hombre-Chasch.

La luz al otro lado de las ventanas disminuyó de pronto; Reith miró y vio que el sol se había ocultado tras una capa de nubes. Los árboles adarak se agitaban sobre un fondo de luz acuosa. Reith salió, escrutó el cielo: por el momento no se veían aerodeslizadores. Buscó un árbol adecuado y empezó a trepar. La corteza era una pulpa deslizante, que hacía su proyecto más difícil de lo que había anticipado. Finalmente, pegajoso de aromática savia, sudando bajo sus hediondas ropas, alcanzó el techo de la funeraria.

Se agazapó, miró hacia Dadiche. Los aparatos volantes habían desaparecido; el cielo había adquirido una tonalidad gris amarronada con la llegada del crepúsculo.

Reith se dirigió al borde trasero del tejado, miró al otro lado del muro. La parte superior estaba a unos dos metros de distancia; plana, con unas protuberancias de treinta centímetros de largo sobresaliendo cada quince metros aproximadamente. ¿Dispositivos de alarma? Reith no podía imaginar otra finalidad. Al otro lado había una caída de ocho a diez metros, aún sujetándose con las manos al borde antes de dejarse caer. Reith consideró las posibilidades de llegar abajo sin ningún hueso roto o tendón distendido: dos sobre tres, según el suelo que hubiera debajo. Con una cuerda, el descenso no ofrecería ningún problema. En el sótano de la funeraria no había visto cuerdas, pero había gran cantidad de viejas ropas que podían ser anudadas juntas. Pero primero tenía que considerar: ¿qué ocurriría cuando alcanzara la parte superior de la pared?

Para saberlo, Reith se quitó la capa. Avanzó a lo largo del techo hasta situarse cerca de uno de los salientes, y agitó la capa hacia afuera y por encima de las protuberancias.

El resultado fue instantáneo y estremecedor. De las protuberancias a ambos lados brotaron lanzas de fuego blanco, que perforaron la capa y prendieron al momento la tela. Reith la retiró a toda prisa, pateó el fuego para apagarlo, y miró apresuradamente a uno y otro lado del muro. Indudablemente, en algún lugar se había desencadenado una alarma. ¿Debía correr el riesgo de saltar el muro, huyendo a través del terreno desnudo al otro lado? Las posibilidades, muy malas en cualquier caso, serían inexistentes si era atrapado en terreno abierto. Corrió hacia el árbol, descendió mucho más rápidamente de lo que había ascendido. Sobre la ciudad estaban apareciendo ya aerodeslizadores. Reith oyó un lejano y extraño silbido que crispó sus nervios... Corrió, con la capa azotando tras él, de vuelta bajo los árboles. Un destello de agua llamó su atención: un pequeño estanque, lleno de pálidas plantas acuáticas de color blancuzco. Arrojando a un lado su capa y su falso cráneo, Reith saltó al agua, se sumergió hasta la nariz, y aguardó.

Pasaron los minutos. Un pelotón de guardias de seguridad montados sobre motocicletas eléctricas pasó a toda velocidad. Dos aeroplanoadores arrastrando detectores olfativos cruzaron sobre su cabeza, uno a su derecha, el otro a su izquierda. Desaparecieron hacia el este; evidentemente, los Chasch Azules pensaban que había cruzado el muro, que estaba ya fuera de la ciudad. Si éste era

el caso, si decidían que había escapado a las montañas, sus posibilidades se verían muy mejoradas... De pronto se dio cuenta de que algo se movía en el fondo del estanque. Parecía muscular, y avanzaba con una finalidad definida. ¿Una anguila? ¿Una serpiente de agua? ¿Un tentáculo? Saltó fuera del estanque. A tres metros de distancia, algo agitó la superficie del agua y emitió un sonido parecido a un bufido de disgusto.

Reith recogió la capa y el falso cráneo y se alejó, chorreante, de la funeraria. Llegó a un pequeño sendero que serpenteaba entre las casitas de los Hombres-Chasch. De noche parecían cerradas, secretas, celosas de su intimidad. Las ventanas eran pequeñas, y ninguna estaba a menos de dos metros y medio del suelo. Algunas derramaban una oscilante luz amarilla, como procedente de una lámpara, lo cual sorprendió a Reith. Seguramente una raza tan capaz técnicamente como los Chasch Azules podía proveer a sus ciudades de iluminación nucleónica... Otra paradoja de Tschai.

Sus húmedas ropas no solamente le picaban sino que hedían abominablemente... una situación que servía a las mil maravillas para ocultar su propio olor, pensó Reith. Se colocó el falso cráneo sobre la cabeza, se echó la capa en torno a los hombros. Caminando lentamente y con las piernas rígidas, prosiguió hacia la puerta.

El cielo estaba oscuro; ni Az ni Braz estaban en él, y los arrabales de Dadiche conocían tan sólo la más casual de las iluminaciones. Aparecieron dos Hombres-Chasch. Reith bajó la barbilla, hundió los hombros, siguió caminando estoicamente. Los dos pasaron sin apenas dirigirle una mirada.

Algo más animado, Reith alcanzó el paseo central, con la puerta a doscientos metros de distancia. Una serie de altas lámparas arrojaban un resplandor amarillento al portal. Se veían tres guardias vestidos de púrpura y gris, pero parecían cansados y poco interesados en su cometido, y Reith reafirmó su creencia de que los Chasch Azules pensaban que había abandonado la ciudad.

Desgraciadamente, pensó, los Chasch Azules estaban equivocados.

Consideró la posibilidad de cruzar el portal a la carrera, hundiéndose al otro lado en la oscuridad. Los aerodeslizadores estarían inmediatamente tras él, junto con pelotones de guardias con motocicletas eléctricas. Y con aquellas hediondas ropas no tenía ningún lugar donde ocultarse... a menos que se librara de todas ellas y comerá desnudo por la noche.

Reith lanzó un bajo gruñido de desaprobación... Su atención fue atraída por una taberna en los sótanos de un alto edificio. De las bajas ventanas brotaba una parpadeante luz roja y amarilla, roncadas conversaciones, algún ocasional estallido de estentórea risa. Aparecieron tres Hombres-Chasch, tambaleándose; Reith se volvió de espaldas y miró por la ventana a un tenebroso interior, iluminado tan sólo por el fuego de la chimenea y unas cuantas lámparas amarillentas. Una docena de Hombres-Chasch, con los rostros fruncidos y retorcidos bajo sus grotescos falsos cráneos, permanecían sentados ante jarras de gres llenas de licor, intercambiando bromas atrevidas con un pequeño grupo de Mujeres-Chasch. Esas últimas llevaban vestidos negros y verdes y adornaban sus falsos cráneos con cintas y lentejuelas. Una escena descorazonadora, pensó Reith; pero señalaba la humanidad esencial de los Hombres-Chasch. Allí estaban los ingredientes universales de la celebración: la bebida vigorizadora, las grises mujeres, la camaradería. La versión Hombres-Chasch parecía sin embargo algo más triste y apagada... Otro par de Hombres-Chasch pasaron junto a Reith sin prestarle la menor atención. Hasta ahora el disfraz había sido efectivo, aunque Reith no estaba seguro de poder pasar un examen más detenido. Caminó lentamente hacia la puerta, hasta que estuvo apenas a unos cincuenta metros de distancia. No se atrevió a acercarse más. Se ocultó en una estrecha abertura entre dos edificios y se instaló lo más cómodamente que pudo para observar la puerta.

La noche fue avanzando. El aire se volvió silencioso y frío, y Reith empezó a captar los olores de los jardines de Dadiche.

Se quedó adormilado. Cuando despertó Az había aparecido tras una línea de

adaraks que parecían centinelas. Reith cambió de posición, gruñó, se masajeó el cuello, frunciendo la nariz ante el olor de sus aún húmedas ropas.

En la puerta, dos de los guardias de seguridad habían desaparecido. El tercero daba la impresión de haberse quedado dormido de pie. En las cabinas, los vigilantes contemplaban sentados, con aire aburrido, el vacío campo. Reith se acomodó como mejor pudo en su nicho.

El este empezó a palidecer con las primeras luces del alba; la ciudad cobró vida. El relevo llegó al portal. Reith observó cómo el grupo entrante y el saliente intercambiaban información.

Una hora más tarde empezaron a llegar los carros de Pera. El primero, arrastrado por un par de grandes animales de tiro, llevaba barrilitos de condimentos y carne en adobo, y olía con tanta intensidad que Reith se sintió avergonzado de su propio olor. En el asiento del conductor iban dos personas: Emmink, más taciturno que nunca, y Traz.

—¡Cuarenta-y-tres! —gritó Emmink. Y Traz—: ¡Ciento-y-uno! —Los guardias se acercaron, contaron los barriles, inspeccionaron el carro, luego ordenaron a Emmink que siguiera adelante.

Cuando el carro pasó por su lado, Reith emergió de su escondite y echó a andar a su lado.

—Traz —llamó.

Traz bajó la vista y lanzó una ahogada exclamación de alegría.

—Sabía que estarías vivo.

—Apenas. ¿Tengo el aspecto de un Hombre-Chasch?

—No demasiado. Mantén la capa sobre tu barbilla y nariz. Cuando regresemos del mercado, métete debajo del animal de la derecha, junto a la pata delantera derecha.

Reith se desvió y se ocultó bajo una protección que lo escudaba de miradas indiscretas, y observó como el carro proseguía su marcha hacia el mercado.

Regresó una hora más tarde, avanzando lentamente. Emmink lo conducía por el lado de la derecha del camino. Pasó junto a Reith; este emergió de su escondite. El carro se detuvo; Traz bajó para comprobar que los barriles ahora vacíos estuvieran bien atados, bloqueando así la vista desde atrás.

Reith corrió hacia delante, se agachó bajo la bestia de tiro. Entre la primera y la segunda pata derechas colgaba un gran pliegue de piel del animal. Entre la barriga y esa piel habían sido atadas cinco tiras de cuero formando una especie de angosta hamaca, en la que se metió Reith. El carro siguió su marcha; Reith no podía ver nada excepto el vientre gris del animal, el danzante repliegue y las primeras dos patas.

El carro se detuvo en la puerta. Oyó voces, vio las puntiagudas sandalias rojas de los guardias de seguridad. Tras una angustiada pausa, el carro siguió su marcha en dirección a las colinas que rodeaban la ciudad.

Reith pudo ver las piedras del camino, alguna que otra ocasional mancha de vegetación, las poderosas patas del animal, su colgante pliegue de piel que oscilaba de un lado para otro a cada paso, golpeándole el costado.

Finalmente, el carro se detuvo. Traz miró por debajo del animal.

—Puedes salir... no hay nadie mirando.

Con un alivio casi loco, Reith se extrajo de debajo de la bestia. Se arrancó el falso cráneo, lo arrojó a un canal, se quitó la capa, la hedionda chaqueta, la camisa, y subió a la parte de atrás del carro, donde se derrumbó contra un barril.

Traz volvió a ocupar su sitio al lado de Emmink, y el carro se puso de nuevo en marcha. Traz volvió preocupado la vista.

—¿Estás enfermo? ¿O herido?

—No. Cansado. Pero vivo... gracias a ti. Y a Emmink también, por lo que parece.

Traz lanzó a Emmink una ceñuda mirada.

—No ha sido de demasiada ayuda. He necesitado amenazarle, producirle algún que otro arañazo.

—Entiendo —dijo Reith. Clavó una mirada crítica en los hundidos hombros del

carrero—. Yo mismo tengo una o dos cosas que discutir con él.
Los hombros se estremecieron. Emmink se volvió en redondo en su asiento, con su delgado rostro hendido por una sonrisa que mostró todos sus amarillentos dientes.
—Recuerda, señor, que te ayudé y te instruí, antes incluso de conocer el alto rango al que habías sido promovido.
—¿Alto rango? —murmuró Reith—. ¿Qué alto rango?
—El consejo de Pera te ha nombrado jefe ejecutivo de la ciudad —dijo Traz. Y añadió con tono dubitativo—: Sí, supongo que debe ser un alto rango de algún tipo.

Reith no sentía la menor inclinación hacia gobernar Pera. Aquella ocupación agotaría sus energías, destruiría su paciencia, restringiría sus planes y no le proporcionaría ninguna ventaja personal. Además, intentaría gobernar en términos de la filosofía social de la Tierra. Consideró la población de Pera: un grupo heterogéneo. Fugitivos, criminales, bandidos, fenómenos, híbridos, indescriptibles. ¿Qué sabrían aquellos pobres desechos de equidad, procedimientos jurídicos, dignidad humana e ideal de progreso?

Como mínimo, un desafío.

¿Y qué pasaría con la nave espacial, con sus esperanzas de regresar a la Tierra? Sus aventuras en Dadiche solamente habían verificado la localización de la lanzadera. Indudablemente los Chasch Azules se mostrarían divertidos e interesados si les exigía la devolución de su propiedad. ¿Qué podía proponerles a cambio? No podía prometerles la asistencia militar de la Tierra en su lucha contra los Dirdir o los Wankh, que eran a todas luces los adversarios actuales de los Chasch Azules. ¿Podía obligarles de alguna manera? No tenía nada que pudiera utilizar como palanca, ninguna fuerza que pudiera aplicar.

Otro asunto: los Chasch Azules no sabían de su existencia. Indudablemente se harían preguntas acerca de su identidad, de su lugar de origen. Tschai era enorme, con regiones remotas donde los hombres podían haber producido casi cualquier cosa. Era posible que los Chasch Azules estuvieran en aquellos mismos momentos consultando ansiosamente sus mapas.

Mientras Reith reflexionaba en todo aquello, el carro ascendía las colinas, cruzaba el puerto de Belbal, iniciaba el descenso a la estepa. La luz del sol calentaba la piel de Reith; el viento de la estepa alejaba el hedor. Empezó a amodorrarse, y finalmente se quedó dormido.

Despertó para descubrir que el carro avanzaba rebotando por el antiguo pavimento de las calles de Pera. Penetraron en la plaza central en la base de la ciudadela. Cuando pasaron junto al patíbulo Reith vio ocho nuevos cuerpos colgando: Gnashters, con sus uniformes hechos jirones convirtiéndolos en una patética imitación de sí mismos. Traz explicó lo que había ocurrido con su voz más indiferente:

—Finalmente decidieron bajar de la ciudadela, y eso hicieron, agitando las manos y riendo, como si todo el asunto hubiera sido una farsa. ¡Lo indignados que se mostraron cuando la milicia los agarró y los colgó! ¡Estaban muertos antes de que dejaran de quejarse!

—Así que ahora el palacio está vacío —dijo Reith, mirando a la gran masa de piedra.

—Supongo que elegirás vivir allí.

La voz de Traz contenía una débil nota de desaprobación. Reith sonrió. La influencia del Onmale persistía, y ocasionalmente se manifestaba de forma espontánea.

—No —dijo Reith—. Naga Goho vivió allí. Si me trasladara al palacio, la gente pensaría que éramos una nueva estirpe de Gohos.

—Es un magnífico palacio —dijo Traz, ahora dubitativo—. Contiene muchos objetos interesantes... —Lanzó una interrogadora mirada a Reith—. Al parecer, has decidido gobernar Pera.

—Sí —dijo Reith—. Al parecer, lo he hecho.

En la Posada de la Estepa Muerta, Reith se frotó vigorosamente con aceite, arena suave y cenizas tamizadas. Se enjuagó con agua limpia y repitió el proceso, pensando que el jabón iba a ser una de las primeras innovaciones que iba a traer a

la gente de Pera, y a Tschai en general. ¿Era posible que una sustancia tan relativamente sencilla como el jabón fuera desconocida en Tschai? Le preguntaría a Derl, Ylin-Ylan, cual fuera su nombre, si el jabón era conocido en Cath.

Bien frotado, afeitado, con ropas limpias y unas nuevas sandalias de piel suave, Reith comió gachas y estofado en el salón principal. Era evidente un cambio en la atmósfera. El personal de la posada lo trataba con un respeto exagerado; los demás ocupantes de la estancia hablaban en voz baja, mirándole de soslayo.

Reith observó a un grupo de hombres fuera, murmurando entre sí y mirando de tanto en tanto al interior de la posada. Cuando terminó de comer, entraron y se situaron en hilera ante él.

Reith los examinó, reconociendo a algunos que habían estado presentes en la ejecución de Naga Goho. Uno de ellos era delgado y amarillo, con ardientes ojos negros: un hombre de las marismas, supuso Reith. Otro parecía ser una mezcla de Hombre-Chasch y Gris. Otro era típicamente Gris, de mediana altura, calvo, con una piel que parecía cartón piedra, un colgajo carnosos por nariz y relucientes y protuberantes ojos. El cuarto era un anciano de una de las tribus nómadas, apuesto a su desmañada y curtida manera; el quinto era bajo y con forma de barril, con unos brazos que colgaban hasta casi sus rodillas, una derivación imposible de calcular. El viejo de las estepas había sido designado portavoz. Habló con voz ronca.

—Somos el Comité de los Cinco, formado de acuerdo con tus recomendaciones. Hemos sostenido una larga discusión. Puesto que tú nos has sido de gran ayuda en la destrucción de Naga Goho y los Gnashers, deseamos nombrarte jefe de Pera.

—Sometido a nuestro control y consejo —añadió el Hombre-Chasch-Gris.

Reith aún no había llegado a una decisión definitiva e irrevocable. Inclinandose hacia atrás en su silla, observó al comité, y se dijo que raras veces había visto a un grupo tan heterogéneo, si es que lo había visto alguna vez.

—No es tan sencillo como eso —dijo finalmente—. Puede que no estéis dispuestos a cooperar conmigo. No voy a aceptar el trabajo a menos que me garanticéis esa cooperación.

—¿Cooperación para qué? —preguntó el Gris.

—Para cambiar cosas. Efectuar una serie de cambios importantes, extremos.

Los miembros del comité lo examinaron cautelosamente.

—Somos gente conservadora —murmuró el Hombre-Chasch-Gris—. La vida es dura; no podemos permitirnos el correr el riesgo de experimentar.

El viejo nómada sorprendió a todos con una seca y crujiente carcajada.

—¡Experimentos! ¡Deberíamos darles la bienvenida! ¡Cualquier cambio solamente podrá ser a mejor! ¡Oigamos lo que propone este hombre!

—Muy bien —aceptó el Hombre-Chasch-Gris—. No nos hará ningún daño escuchar; no nos hemos comprometido a nada.

—Soy de la opinión de este hombre —dijo Reith, señalando al viejo nómada—. Pera es un montón de ruinas. La gente aquí apenas es algo más que fugitivos. No tienen orgullo ni autorrespeto; viven en madrigueras, son sucios e ignorantes, van vestidos con harapos. Y lo que es peor, nada de eso parece importarles.

El comité parpadeó, sorprendido. El viejo nómada lanzó una nueva carcajada seca; el Hombre-Chasch-Gris frunció el ceño. Los otros parecían dubitativos. Se retiraron unos pasos y murmuraron entre ellos, luego se volvieron nuevamente a Reith.

—¿Puedes explicarnos con detalle lo que te propones hacer?

Reith agitó la cabeza.

—Aún no he pensado en el asunto. Para ser sinceros, soy un hombre civilizado; fui educado y entrenado en circunstancias civilizadas. Sé lo que los hombres pueden conseguir. Es una gran prueba... mayor quizá de lo que vosotros podéis llegar a imaginar. La gente de Pera son hombres; insisto en que vivan como hombres.

—Sí, sí —exclamó el hombre de las marismas—. ¿Pero cómo? ¿De qué forma?

—Bueno, en primer lugar, querré una milicia, disciplinada y bien entrenada, para mantener el orden y para proteger la ciudad y las caravanas de los Chasch Verdes. También organizaré escuelas y un hospital; luego una fundición, almacenes, un

mercado. Mientras tanto animaré a la gente a que construya casas y limpie los alrededores.

Los hombres del comité se agitaron inquietos, mirándose de reojo los unos a los otros y luego a Reith. El viejo nómada gruñó:

—Somos hombres, por supuesto; ¿quién lo ha negado? Y puesto que somos hombres, debemos vivir en consonancia. No deseamos ser Dirdir. Basta con que sobrevivamos.

—Los Chasch Azules no nos permitirán nunca tales pretensiones —dijo el Gris—. Nos toleran en Pera únicamente porque nos mantenemos en nuestro lugar.

—Pero también porque les proporcionamos algunas de las cosas que desean —afirmó el hombre bajo—. Compran baratos nuestros productos.

—Nunca es sabio irritar a aquellos que se hallan en el poder —argumentó el Gris. Reith alzó una mano.

—Habéis oído mi programa. Si no pensáis cooperar de buen grado... seleccionad a otro jefe.

El viejo nómada clavó una interrogadora mirada en Reith, luego se llevó a los demás aparte. Hubo una acalorada discusión. Finalmente, regresaron.

—Aceptamos tus condiciones. Serás nuestro jefe. Reith, que había esperado que el comité decidiera lo contrario, lanzó un pequeño suspiro.

—Muy bien, que así sea. Os advierto, voy a exigirlos mucho. Trabajaréis más duro de lo que jamás hayáis trabajado en vuestras vidas... en vuestro propio beneficio. O al menos eso espero.

Estuvo hablando durante una hora con el comité, explicándoles lo que esperaba conseguir, y consiguió despertar su interés, incluso un cauteloso entusiasmo.

A última hora de la tarde, Reith, con Anacho y tres de los miembros del comité, fueron a explorar el hasta entonces palacio de Naga Goho.

Ascendieron por el serpenteante sendero, con la lúgubre masa de manpostería irguiéndose sobre ellos. Cruzaron el húmedo patio y penetraron en el salón principal. Naga Goho era un apasionado de las posesiones: los pesados bancos y la mesa, las alfombras, los tapices, las lámparas de trípode, las bandejas y urnas, todo estaba cubierto ya por una fina capa de polvo.

Junto al salón había dormitorios que olían a sábanas sucias y a ungüentos aromáticos. El cadáver de la concubina de Naga Goho yacía allá donde Reith lo había encontrado la otra vez. El grupo se alejó rápidamente.

Al otro lado del salón había salas de almacenamiento llenas con grandes cantidades de botín: balas de telas, rollos de pieles, trozos de maderas raras, herramientas, armas, artículos diversos, lingotes de metales raros, frascos de esencias, libros escritos con puntos marrones y grises sobre papel negro, que Anacho identificó como manuales Wankh. Una alcoba contenía un arcón medio lleno de sequins. Dos cofres más pequeños estaban llenos de joyas, adornos, abalorios, bisutería: el botín de una urraca. Los hombres del comité seleccionaron armas de acero con empuñaduras y guardas de filigrana para ellos; Traz y Anacho hicieron lo mismo. Traz, tras una incierta mirada a Reith, eligió también una fina capa ocre bordada en oro, botas de suave piel negra, un casco de fino acero delicadamente trabajado que cubría hasta la nuca.

Reith localizó varias docenas de pistolas de energía con las células de carga agotadas. Esas células, según Anacho, podían ser recargadas con las células de energía que llevaban los carros: un hecho que evidentemente Naga Goho desconocía.

El sol estaba bajo en el horizonte occidental cuando partieron del siniestro palacio. Mientras cruzaban el patio, Reith observó una puerta recia y baja encajada en un hueco de la pared. La abrió, revelando un tramo de empinadas escaleras de piedra que descendían a la oscuridad. Les azotó una vaharada de humedad, putrefacción, inmundicias orgánicas... y algo más: unos efluvios almizcleños que pusieron de punta los pelos de la nuca de Reith.

—Mazmorras —dijo Anacho lacónicamente—. Escuchad.

Un débil murmullo crujiente brotó de abajo. En la parte interior, junto a la puerta,

Reith encontró una lámpara, pero no consiguió encenderla. Anacho golpeó la parte superior del bulbo, y se produjo una blanquecina radiación.

—Un dispositivo Dirdir —dijo.

El grupo descendió las escaleras, preparado para cualquier cosa, y se detuvo en una amplia cámara de alto techo abovedado. Traz, sujetando a Reith por el brazo, señaló; Reith vio una sombra negra deslizándose suavemente en la oscuridad del fondo.

—Pnume —murmuró Anacho, encajando los hombros—. Infestan los lugares en ruinas de Tschai, como los gusanos la madera vieja.

Una lámpara en lo alto arrojaba una débil luz, revelando jaulas en torno a la periferia de la cámara. En algunas de ellas había huesos, en otras montones de carne putrefacta, en otras criaturas vivas que producían los sonidos que el grupo había escuchado.

—Agua, agua —gemían las harapientas figuras—. ¡Dadnos agua!

Reith acercó la lámpara.

—Hombres-Chasch.

Llenó bols de un depósito a un lado de la cámara y los llevó a las jaulas.

Los Hombres-Chasch bebieron ávidamente y clamaron pidiendo más. Reith se la trajo.

En el extremo más alejado de la cámara había otra jaula más pesada conteniendo un par de enormes figuras inmóviles con enormes cráneos cónicos.

—Chasch Verdes —susurró Traz—. ¿Qué pretendía hacer Naga Goho con éstos?

—Observa —dijo Anacho—: miran en una única dirección, la dirección de su horda. Son telépatas.

Reith llenó otros dos cuencos de agua, los depositó en la jaula de los Chasch Verdes. Las criaturas se acercaron pesadamente, los tomaron y los vaciaron de un golpe.

Reith volvió junto a los Hombres-Chasch.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—Mucho, mucho tiempo —croó uno de los cautivos—. No puedo contarlo.

—¿Por qué fuisteis enjaulados?

—¡Por pura crueldad! ¡Porque éramos Hombres-Chasch!

Reith se volvió hacia los hombres del comité.

—¿Sabíais vosotros que estaban aquí?

—¡No! Naga Goho hacía lo que quería. Reith recorrió los cerrojos de las jaulas, abrió las puertas.

—Salid; sois libres. Los hombres que os capturaron están muertos.

Los Hombres-Chasch se arrastraron temerosamente fuera de las jaulas. Se dirigieron al depósito y bebieron más agua. Reith se volvió para examinar a los Chasch Verdes.

—Muy extraño. Realmente muy extraño.

—Tal vez Goho los utilizara como indicadores —sugirió Anacho—. Así podía saber en cualquier momento la dirección de su horda.

—¿Nadie puede hablar con ellos?

—No hablan; transmiten pensamientos. Reith se volvió hacia los hombres del comité.

—Enviad a una docena de hombres para transportar las jaulas a la plaza.

—Bah —murmuró Bruntego, el Gris—. Es mejor matar a esas horribles bestias. ¡Y matar también a los Hombres-Chasch!

Reith le lanzó una intensa mirada.

—¡Nosotros no somos Gnashters! ¡Matamos solamente por necesidad! En cuanto a los Hombres-Chasch, dejadles que vuelvan a su servilismo o que se queden aquí como hombres libres, lo que elijan.

Bruntego lanzó un hosco gruñido.

—Si no los matamos, ellos nos matarán a nosotros.

Reith no respondió. Volvió la lámpara hacia los lugares más remotos de la mazmorra, para descubrir solamente húmedas paredes de piedra. No pudo

averiguar cómo el Pnume había abandonado la cámara, ni consiguió que los Hombres-Chasch le proporcionaran alguna información coherente.

—¡Aparecían, silenciosos como demonios, para mirarnos, sin una palabra, sin siquiera darnos un poco de agua!

—Extrañas criaturas —rumió Reith.

—¡Son los seres más extraños de Tschai! —exclamaron los Hombres-Chasch, temblando ante la emoción de su recién recobrada libertad—. ¡Deberían ser extirpados del planeta!

—Al igual que los Dirdir, los Wankh y los Chasch —dijo Reith, sonriendo.

—No, los Chasch no. Nosotros somos Chasch, ¿acaso no lo sabes?

—¡Bah! —dijo Reith, bruscamente irritado—. Quitaos esas ridículas cabezas falsas.

—Dio un paso adelante, les arrancó los cómicos cascos—. ¡Sois hombres y nada más! ¿Por qué permitís que los Chasch os conviertan en sus víctimas?

Los Hombres-Chasch guardaron silencio, mirando temerosamente a las jaulas, como si esperaran un nuevo encarcelamiento.

—Vamos —dijo Reith bruscamente—. Salgamos de aquí.

Pasó una semana. Sin nada mejor que hacer, Reith se dedicó intensamente a su trabajo. Seleccionó a un grupo de hombres y mujeres jóvenes de entre los más obviamente inteligentes, a los que pudiera enseñar y que pudieran enseñar a los demás. Formó una milicia cívica, delegando en este caso la autoridad en Baojian, el antiguo jefe de caravana. Con la ayuda de Anacho y Tostig, el viejo nómada, redactó el borrador de un intento de código legal. Explicó una y otra vez los beneficios que se derivarían de sus innovaciones, despertando una gran variedad de respuestas: interés, aprensión, sonrisas dudosas, entusiasmo, y a menudo nada excepto una absoluta incomprensión. Aprendió que el organizar un gobierno era algo más que simplemente dar órdenes; fue requerido para estar en todas partes a la vez. Y siempre, en lo más profundo de su mente, estaba la aprensión: ¿qué estaban planeando los Chasch Azules? No podía creer que hubieran abandonado tan fácilmente sus esfuerzos por capturarlo. Estaba más allá de toda duda el que empleaban espías. En consecuencia, debían estar informados de lo que ocurría en Pera, y en consecuencia no se daban mucha prisa. Pero más tarde o más temprano acudirían en su busca. Un hombre normalmente prudente huiría al instante de Pera. Reith, por una gran variedad de razones, se sentía reacio a huir.

Los Hombres-Chasch de las mazmorras no mostraban demasiado interés en regresar a Dadiche. Reith supuso que eran fugitivos de la justicia de los Chasch. Los guereros Chasch Verdes eran un problema. Reith no podía decidirse a matarlos, pero la opinión popular se pondría en contra suya si los liberaba. Como un compromiso entre las dos soluciones, su jaula fuera instalada en la plaza, y las criaturas sirvieron como espectáculo para la gente de Pera. Los Chasch Verdes ignoraban aquella atención, y seguían con la vista firmemente fija al norte, unidos telepáticamente —o al menos eso decía Anacho— con su horda.

El principal solaz de Reith era la Flor de Cath, aunque la muchacha le intrigaba. No podía captar su estado de ánimo. Durante el largo viaje con la caravana se había mostrado melancólica, lejana, en cierto modo altiva. Luego se había vuelto gentil y amante, aunque a veces estaba como ausente. Reith la encontraba más atrayente que nunca, llena de un centenar de dulces sorpresas. Pero su melancolía persistía. Añoranza, decidió Reith; casi con toda seguridad anhelaba volver a su hogar en Cath. Con una docena de otras preocupaciones ante él, Reith fue posponiendo el día en que tendría que cumplir con los anhelos de Derl.

Los tres Hombres-Chasch, supo finalmente Reith, no eran ciudadanos de Dadiche, sino que procedían de Saaba, una ciudad al sur. Una tarde, en el salón principal de la posada, atacaron a Reith por lo que consideraban como sus «extravagantes ambiciones».

—¡Deseas rebajar a las razas superiores, pero lo único que conseguirás será el fracaso! Los subhombres son incapaces de mantener una civilización.

—No sabéis de lo que estáis hablando —dijo Reith, divertido por su vehemencia.

—Por supuesto que lo sabemos; ¿acaso los Hombres-Chasch no somos el estadio

larval de los Chasch Azules? ¿Quién puede saberlo mejor?

—Cualquiera con unas ciertas nociones de biología.

Los Hombres-Chasch hicieron frenéticos gestos.

—Tú no eres más que un subhombre, y estás celoso de una raza más avanzada.

—En Dadiche vi la casa de los muertos, la funeraria o como quiera que lo llaméis vosotros —dijo Reith—. Vi al Chasch Azul abrir el cráneo del Hombre-Chasch muerto y depositar a un pequeño Chasch Azul sobre su frío cerebro. Os engañan; os hacen creer eso para asegurarse vuestro servilismo. Sin duda los Dirdir utilizan otra técnica similar con los Hombres-Dirdir, aunque dudo que los Hombres-Dirdir esperen convertirse en auténticos Dirdir. —Miró a Anacho, sentado en la misma mesa—. ¿Y bien?

La voz de Anacho tembló ligeramente.

—Los Hombres-Dirdir no esperamos convertirnos en Dirdir; eso es superstición. Ellos son el Sol; nosotros somos la Sombra; pero ambos surgimos del mismo Huevo Primigenio. Los Dirdir son la forma más alta de la vida cósmica; los Hombres-Dirdir solamente podemos emularlos, y eso es lo que hacemos, con orgullo. ¿Qué otra raza ha producido tanta gloria, ha conseguido tanta magnificencia?

—La raza de los hombres —dijo Reith.

El rostro de Anacho se crispó en una sonrisa burlona.

—¿En Cath? Comedores de lotos. ¿Los Merribs? Artesanos vagabundos. Los Dirdir son los únicos que ocupan un lugar prominente en Tschai.

—¡No, no, no! —gritaron simultáneamente los Hombres-Chasch—. Los subhombres son los desechos de los Hombres-Chasch. Algunos se convierten en clientes de los Dirdir. Los auténticos hombres proceden de Zoór, el mundo Chasch.

Anacho se volvió, disgustado. Reith dijo:

—Este no es el caso, aunque no espero que me creáis. Los dos estáis equivocados.

Anacho, el Hombre-Dirdir, habló con una voz elaboradamente casual.

—Eres tan categórico; me desconciertas. Tal vez puedas iluminarnos un poco más.

—Quizá pueda —dijo Reith—. Pero por el momento no tengo intención de hacerlo.

—¿Por qué no? —insistió Anacho—. Esa iluminación podría ser útil para todos nosotros.

—Conoces tan bien los hechos como yo mismo —dijo Reith—. Extrae tus propias deducciones.

—¿Qué hechos? —estallaron los Hombres-Chasch—. ¿Qué deducciones?

—¿Acaso no están claras? Los Hombres-Chasch se hallan en servidumbre, exactamente del mismo modo que los Hombres-Dirdir. Los hombres no son biológicamente compatibles con ninguna de las dos razas, ni con los Wankh ni con los Pnume. Evidentemente, los hombres no se originaron en Tschai. La deducción es que fueron traídos aquí como esclavos, hace mucho tiempo, desde el mundo de los hombres.

Los Hombres-Chasch gruñeron; Anacho alzó los ojos y estudió el techo. Los hombres de Pera sentados a la mesa suspiraron.

Siguieron hablando, y la conversación se volvió excitada y vehemente a medida que transcurría la tarde. Los Hombres-Chasch se dirigieron a un rincón y siguieron discutiendo entre ellos, dos contra uno.

A la mañana siguiente los tres Hombres-Chasch abandonaron Pera en dirección a Dadiche, precisamente en el carro de Emmink. Reith los contempló marcharse con aprensión. Indudablemente informarían de sus actividades y de sus doctrinas radicales. Los Chasch Azules no lo aprobarían. La existencia, reflexionó Reith, se había vuelto extremadamente compleja. El futuro parecía tenebroso, incluso siniestro. Consideró una vez más la posibilidad de una huida. Pero la perspectiva seguía sin ser atrayente.

Durante la tarde Reith observó los primeros entrenamientos de la nueva milicia: seis pelotones de cincuenta hombres cada uno, armados de la más diversa forma con catapultas, espadas, machetes cortos, y llevando una gran variedad de atuendos: pantalones, batas, albornoces, faldas cortas, harapos y ropas de pieles. Algunos llevaban barba, otros el cráneo afeitado y pintado; el pelo de algunos

colgaba hasta sus hombros. Reith pensó que nunca había visto un espectáculo tan deprimente. Observó con entremezclada diversión y desesperación mientras tropezaban y chocaban unos con otros, con una torpeza inigualable, en su intento de realizar los ejercicios que había ordenado. Los seis tenientes, que no mostraban un excesivo entusiasmo, sudaban y maldecían, daban órdenes más o menos al azar, mientras el aplomo de Baojian se veía duramente puesto a prueba.

Reith retiró finalmente a dos tenientes del grupo y nombró a dos nuevos hombres de las filas. Se subió a un carro, llamó a los hombres a su alrededor.

—¡No lo estáis haciendo bien! ¿No comprendéis para qué estáis aquí? ¡Para aprender a protegeros a vosotros mismos! —Miró de un hosco rostro a otro, luego señaló a un hombre que había estado murmurándole algo a su compañero—. ¡Tú! ¿Qué estás diciendo? ¡Dilo en voz alta!

—Digo que este marchar y desfilar es una tontería, una pérdida de energías; ¿qué beneficio puede sacarse de todo esto?

—El beneficio es éste: aprendéis a obedecer órdenes, de una forma rápida y efectiva. Aprendéis a funcionar como un conjunto. Veinte hombres actuando conjuntamente son más fuertes que un centenar de hombres yendo cada cual por su lado. En una batalla el líder hace los planes; los guerreros disciplinados llevan adelante esos planes. Sin disciplina, los planes son inútiles y las batallas se pierden. ¿Comprendes ahora?

—Bah. ¿Cómo pueden los hombres ganar batallas? Los Chasch Azules tienen armas energéticas y plataformas de guerra. Nosotros tenemos unos cuantos lanzaarena. Los Chasch Verdes son indomables; nos matarán como hormigas. Es más sencillo esconderse entre las ruinas. Así es como han vivido siempre los hombres en Pera.

—Las condiciones son distintas —dijo Reith—. Si no quieres hacer el trabajo de un hombre, siempre puedes hacer el trabajo de una mujer y llevar ropas de mujer. Elige. —Aguardó, pero el disidente se limitó a mirarle con ojos iracundos y a agitar los pies.

Reith bajó del carro y dio una serie de órdenes. Algunos hombres fueron enviados a la ciudadela a buscar rollos de tela y piel. Otros trajeron tijeras y navajas; los hombres de la milicia, pese a las protestas, fueron obligados a afeitarse. Mientras tanto, las mujeres de la ciudad se habían reunido y puesto a cortar y coser uniformes: largas túnicas blancas sin mangas con un rayo negro bordado en el pecho. Los cabos y sargentos llevaban hombreras negras; los tenientes llevaban en sus uniformes mangas cortas rojas.

Al día siguiente la milicia, con sus nuevos atuendos, hizo nuevamente su instrucción, y en esta ocasión lo hicieron notablemente mejor... incluso, pensó Reith, con una cierta desenvoltura.

Por la mañana del tercer día después de la partida de los Hombres-Chasch, las dudas de Reith quedaron resueltas. Una gran plataforma, de veinte metros de largo por diez de ancho, apareció deslizándose sobre la estepa. Voló trazando un lento círculo en torno a Pera, luego se posó en la plaza, directamente delante de la Posada de la Estepa Muerta. Una docena de fornidos Hombres-Chasch —Guardias de Seguridad con pantalones grises y chaquetillas púrpuras— saltaron al suelo y se mantuvieron firmes con las manos apoyadas en sus armas. Seis Chasch Azules permanecían de pie en la cubierta de la plataforma, mirando en torno a la plaza desde debajo de sus prominentes arcos ciliares. Aquellos Chasch Azules parecían ser personajes especiales; llevaban ligeros trajes de filigrana de plata, altos morriones de plata, cazoletas de plata protegiendo las articulaciones de sus brazos y piernas.

Los Chasch Azules hablaron brevemente con los Hombres-Chasch; dos de esos últimos se dirigieron a la puerta de la posada y llamaron al posadero.

—Un hombre llamado Reith se ha erigido en vuestro jefe. Tráelo; el Señor Chasch quiere hablarle.

El posadero, medio asustado, medio burlón, adoptó una actitud obsequiosa.

—Está ocupado en estos momentos; tendréis que esperar a que llegue.

—¡Notifícaselo! ¡Aprisa!

Reith recibió lúgubrementemente el aviso, pero no se sorprendió. Permaneció sentado unos momentos, pensando; luego, con un profundo suspiro, tomó una decisión que, para bien o para mal, iba a alterar las vidas de todos los hombres de Pera, y quizá de todos los hombres en Tschai. Se volvió a Traz, le dio una serie de órdenes, luego bajó lentamente al salón principal de la posada.

—Dile a los Chasch que hablaré con ellos aquí dentro.

El posadero transmitió el mensaje a los Hombres-Chasch, los cuales a su vez se lo comunicaron a los Chasch Azules.

La respuesta fue una serie de sonidos guturales. Los Chasch Azules bajaron al suelo, se acercaron a la posada, y se detuvieron formando una resplandeciente línea plateada ante ella. Los Hombres-Chasch entraron. Uno de ellos ladró:

—¿Quién es el hombre que se dice el jefe? ¿Dónde está? ¡Que levante la mano!

Reith los apartó a un lado y salió de la posada. Se enfrentó a los Chasch Azules, que lo miraron siniestramente. Reith examinó fascinado los rostros alienígenas: ojos como pequeñas cuentas de metal brillando bajo la sombra de su prominencia cefálica, el complejo dispositivo nasal, el morrión de plata y la armadura de filigrana. Por el momento no parecían ni astutos, ni caprichosos ni extravagantes, ni cruelmente burlones; su aspecto era simplemente amenazador.

Reith se enfrentó a ellos, los brazos doblados sobre su pecho. Aguardó, cambiando mirada por mirada.

Uno de los Chasch Azules llevaba un morrión con una cresta más alta que los demás. Habló con la estrangulada voz glótica típica de su raza.

—¿Qué haces tú aquí en Pera?

—Soy el jefe electo.

—Tú eres el hombre que efectuó una visita no autorizada a Dadiche, que visitó el Centro Técnico. Reith no respondió.

—Bien, ¿qué tienes que decir? —exigió el Chasch Azul—. No niegas la acusación; tu olor es característico. De alguna manera entraste y saliste de Dadiche; y efectuaste investigaciones furtivas. ¿Por qué?

—Porque nunca había visitado Dadiche antes —dijo Reith—. Vosotros estáis ahora visitando Pera sin ninguna autorización expresa; de todos modos, sois bienvenidos, siempre que respetéis nuestras leyes. Me gustaría pensar que los hombres de Pera pudieran visitar Dadiche bajo las mismas bases.

Los Hombres-Chasch lanzaron roncas risitas; los Chasch Azules miraron a Reith sombríamente impresionados. El portavoz dijo:

—Has estado difundiendo una falsa doctrina y persuadiendo a los hombres de Pera a que se dejaran engañar por ella. ¿De dónde derivas esas ideas?

—Las ideas no son ninguna falsa doctrina ni engañan a nadie. Son evidentes por sí mismas.

—Tienes que venir con nosotros a Dadiche —dijo el Chasch Azul— y aclarar un cierto número de peculiares circunstancias. Sube a la plataforma.

Sonriendo, Reith negó con la cabeza.

—Si tienes alguna pregunta que hacer, hazla ahora. Luego yo te haré mis preguntas.

El Chasch Azul hizo una seña a los guardias Hombres-Chasch. Ésos avanzaron con la intención de sujetar a Reith. Éste dio un paso atrás, miró hacia las ventanas superiores. Una nube de flechas de catapulta llovió sobre el lugar, atravesando las frentes y los cuellos de los Hombres-Chasch. Pero las flechas dirigidas a los Chasch Azules fueron desviadas por un campo de fuerza, y los Chasch Azules permanecieron incólumes. Fueron a empuñar sus propias armas, pero antes de que pudieran apuntar y disparar Reith desdobló sus brazos. Sujetaba en su mano la célula de energía. Con un rápido barrido de su brazo quemó las cabezas y los hombros de los seis Chasch Azules. Los cuerpos saltaron en el aire a causa de algún reflejo particular, luego se derrumbaron al suelo con un múltiple ruido sordo, donde quedaron tendidos cubiertos por glóbulos de plata fundida.

El silencio era completo. Lo espectadores parecían estar conteniendo la respiración. Todos se volvieron para apartar sus ojos de los cadáveres y mirar a Reith; luego,

como movidos por un mismo presentimiento, todos se volvieron para mirar hacia Dadiche.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —susurró Bruntego el Gris—. Estamos perdidos. Nos darán como alimento a sus flores rojas.

—Exactamente —dijo Reith—, a menos que tomemos medidas para impedirselo. —Hizo una seña a Traz; recogieron las armas y el resto del equipo de los descabezados Chasch Azules y de los Hombres-Chasch; luego Reith ordenó que los cuerpos fueran retirados y enterrados.

Se dirigió hacia la plataforma, subió a ella. Los controles —un amontonamiento de pedales, palancas y brazos flexibles— estaban más allá de su comprensión. Anacho el Hombre-Dirdir subió para echar un vistazo a la plataforma. Reith preguntó:

—¿Sabes cómo funciona esta cosa? Anacho soltó un gruñido despectivo.

—Por supuesto. Se basa en el antiguo Sistema Daidne. Reith miró a lo largo de la plataforma.

—¿Qué son esos tubos? ¿Cañones energéticos Chasch?

—Sí. Obsoletos, por supuesto, comparados con las armas Dirdir.

—¿Cuál es su alcance?

—No mucha distancia. Son tubos de poca energía.

—Supongamos que montamos cuatro o cinco lanza-arenas en la plataforma. Dispondríamos de un considerable poder de fuego.

Anacho asintió brevemente.

—Burdo y chapucero, pero realizable.

Por la tarde del día siguiente, un par de plataformas volaron altas sobre Pera y regresaron a Dadiche sin tomar tierra. A la mañana siguiente una columna de carromatos procedentes de Dadiche bajaron del puerto de Bebal, conduciendo a doscientos Hombres-Chasch y un centenar de oficiales Chasch Azules. Sobre ellos planeaban cuatro plataformas, con artilleros Chasch Azules.

Los carromatos se detuvieron a un kilómetro de Pera; las tropas se desplegaron en cuatro compañías, que se separaron y avanzaron hacia Pera desde sus cuatro lados, mientras las plataformas flotaban sobre ellas.

Reith dividió la milicia en dos escuadrones, y los envió infiltrándose por entre las ruinas hasta los arrabales de la ciudad al sur y al este, donde las tropas Chasch establecerían el primer contacto.

La milicia aguardó hasta que los Hombres-Chasch y los Chasch Azules, avanzando con grandes precauciones, se hubieron adentrado un centenar de metros en la ciudad. Surgieron bruscamente de sus escondites, disparando todos al unísono sus armas: catapultas, lanzaarena, pistolas del arsenal de Goho, las tomadas de los cadáveres de los Chasch.

El fuego se concentró sobre los Chasch Azules, y de éstos dos tercios murieron en los primeros cinco minutos, junto con la mitad de los Hombres-Chasch. Los que quedaron vivos dudaron, luego se retiraron hacia la estepa.

Las plataformas que los sobrevolaban picaron y empezaron a barrer las ruinas con sus rayos. La milicia volvió a ponerse a cubierto mientras las plataformas descendían aún más.

Muy arriba en el cielo apareció otra plataforma: la que Reith había armado con varios lanzaarena y luego había llevado a ocho kilómetros estepa adentro y había ocultado bajo matorrales. Descendió suavemente sobre las plataformas Chasch, más abajo, cada vez más abajo... Los hombres en los lanzaarena y los rayos energéticos abrieron fuego. Las cuatro plataformas cayeron como piedras. Entonces la plataforma cruzó la ciudad y abrió fuego sobre las dos compañías que estaban penetrando por los sectores norte y este, mientras la milicia abría fuego desde los flancos. Las tropas Chasch se retiraron con grandes pérdidas. Atosigadas por el bombardeo desde el aire, rompieron filas y huyeron por la estepa en un desorden total, perseguidas por las milicias de Pera.

Reith conferenció con sus lugartenientes, enfebrecidos por la victoria.

—Hoy hemos vencido porque no nos habían tomado en serio. Pero en cualquier momento pueden lanzar contra nosotros una fuerza abrumadora. Sospecho que esta noche organizarán una fuerte expedición de guerra: todas sus plataformas, todas sus tropas. Y mañana se lanzarán contra nosotros para castigarnos. ¿No suena como algo razonable?

Nadie disintió.

—Puesto que las hostilidades son inevitables, lo mejor es que seamos nosotros quienes tomemos la iniciativa e intentemos preparar algunas sorpresas para los Chasch. Tienen una pobre opinión de los hombres, de modo que podemos causarles algún daño. Eso significa llevar nuestra potencia de fuego hasta allá donde más pueda dolerles.

Bruntego el Gris se estremeció y se llevó las manos al rostro.

—Poseen un millar de soldados Hombres-Chasch, y más. Poseen plataformas aéreas y armas energéticas... mientras que nosotros solamente somos hombres, armados en su mayor parte con catapultas.

—Las catapultas matan a un hombre tanto como un rayo de energía —comentó Reith.

—¡Pero las plataformas, los proyectiles, el poder y la inteligencia de los Chasch Azules! Nos destruirán completamente y reducirán Pera a un cráter.

Tostig, el viejo nómada, era de otra opinión.

—En el pasado les hemos servido demasiado bien, y a muy buen precio. ¿Por qué deberían privarse de todo ello, sólo por dar un golpe espectacular?

—¡Porque así es como actúan los Chasch Azules! Tostig agitó negativamente la cabeza.

—Los Viejos Chasch quizá. Los Chasch Azules no. Preferirán sitiarnos, dejar que nos muramos de hambre, y luego llevarse a nuestros líderes a Dadiche para castigarlos.

—Razonable —admitió Anacho—. ¿Pero podemos esperar que los Chasch Azules se comporten razonablemente? Todos los Chasch están medio locos.

—¡Por esta razón —dijo Reith— debemos devolverles capricho por capricho!

Bruntego, el Gris, adoptó un aire orgulloso.

—El capricho es la única cualidad en la que podemos compararnos a los Chasch Azules.

La discusión prosiguió; fueron hechas y debatidas varias proposiciones, y finalmente se llegó a un tenso acuerdo. Fueron enviados mensajeros a alertar a la población. Entre algunas protestas y quejas, mujeres, niños, ancianos y no cooperativos fueron metidos en carros y enviados en mitad de la noche a una garganta perdida a treinta kilómetros al sur, donde establecerían un campamento temporal.

La milicia se reunió con todas sus armas, luego avanzó en plena noche hacia el puerto de Belbal.

Reith, Traz y Anacho se quedaron en Pera. La jaula que contenía a los guerreros Chasch Verdes había sido envuelta en tela y cargada a bordo de la plataforma. Al amanecer Anacho hizo elevarse la plataforma y la orientó hacia donde miraban los Chasch Verdes: al nor-nordeste. Recorrieron treinta kilómetros, luego otros treinta; entonces Traz, que permanecía sentado observando a los Chasch Verdes a través de un agujero en la tela, exclamó:

—¡Están volviéndose, girando hacia... hacia el oeste!

Anacho desvió la plataforma hacia el oeste, y unos minutos más tarde descubrían

un campamento de Chasch Verdes en un bosquecillo de herbosos árboles junto a un pantano.

—No nos acerquemos demasiado —dijo Reith, examinando el campamento a través de su sondascopio—. Basta con saber que están aquí. Volvamos al puerto de Belbal. La plataforma regresó al sur, rozando casi los acantilados que miraban hacia el oeste, hacia el océano Schanizade. Pasaron por encima del puerto de Belbal y se posaron en un punto de observación que dominaba tanto Dadiche como Pera.

Pasaron dos horas. Reith fue poniéndose cada vez más nervioso. Sus planes se basaban en hipótesis y suposiciones racionales; los Chasch eran una raza notablemente caprichosa. Entonces, para alivio de Reith, de Dadiche brotó una larga columna negra. Mirando por su sondascopio, Reith vio un centenar de carros cargados con Chasch Azules y Hombres-Chasch, junto con muchos otros llevando armas y cajas de equipo.

—Esta vez —dijo Reith— nos han tomado en serio. —Escrutó el cielo—. No hay plataformas visibles. Indudablemente enviarán alguna muy arriba, como mínimo, para reconocimiento... Ya es hora de empezar a moverse. Estarán en el puerto de Belbal dentro de media hora.

Hicieron descender la plataforma hasta la estepa, y se posaron a varios kilómetros al sur del camino. Trasladaron la jaula al suelo, luego quitaron la tela que la cubría. Los monstruosos guerreros verdes saltaron en pie para mirar a su alrededor.

Reith soltó el cerrojo, lo corrió, y se retiró a la plataforma, que Anacho hizo elevar inmediatamente en el aire. Los Chasch Verdes saltaron fuera con ensordecedores aullidos de triunfo, y se pusieron en pie como unos gigantes. Alzaron sus metálicos ojos hacia la plataforma y alzaron los brazos en gestos de odio. Volviéndose rápidamente hacia el norte, emprendieron la marcha a toda velocidad a través de la estepa, con el largo y elástico paso de los Chasch Verdes.

Los carros de Dadiche llegaron al puerto de Belbal. Los Chasch Verdes se detuvieron bruscamente, miraron asombrados, luego corrieron hacia unos densos matorrales y permanecieron allí inmóviles, casi invisibles.

Los grandes carros empezaron a descender por el camino, hasta que la hilera de vehículos se extendió a lo largo de más de un kilómetro.

Anacho hizo deslizarse la plataforma a lo largo de un oscuro barranco, casi hasta la cadena de colinas, y la posó. Reith escrutó el cielo en busca de plataformas, luego miró hacia el este. Los Chasch Verdes, entre los matorrales, eran invisibles. Las fuerzas de Dadiche eran una oruga amenazadora arrastrándose hacia las ruinas de la antigua Pera.

A sesenta kilómetros al norte estaban acampados los Chasch Verdes.

Reith regresó a la plataforma.

—Hemos hecho lo que hemos podido. Ahora... a esperar.

La expedición de Chasch Azules se acercaba a Pera, y se escindió en cuatro compañías como había hecho antes, rodeando las abandonadas ruinas. Los rayos energéticos fueron apuntados a los lugares sospechosos; los exploradores avanzaron cubiertos por las armas. Alcanzaron el primer amontonamiento de bloques de cemento y, al no recibir ningún fuego, se detuvieron para reagruparse y seleccionar nuevos objetivos.

Media hora más tarde los exploradores salían de la ciudad, conduciendo ante ellos a los pocos que, por testarudez o simple inercia, habían elegido quedarse en Pera.

Pasaron otros quince minutos mientras esas personas eran interrogadas. Hubo un periodo de indecisión mientras los líderes de los Chasch Azules discutían entre sí. Evidentemente, la ciudad vacía era algo inesperado para ellos, y planteaba un desconcertante dilema.

Las compañías que habían rodeado la ciudad regresaron a la fuerza principal; empezaron a replegarse hacia Dadiche, hoscas y desconsoladas.

Reith escrutó las extensiones al norte en busca de algún movimiento. Si era válida la teoría de la comunicación telepática entre los Chasch Verdes, si odiaban a los Chasch Azules tan furiosamente como se decía, deberían aparecer en escena en cualquier momento. Pero la estepa se extendía hacia el norte lúgubre y vacía y

desprovista de movimiento.

Las fuerzas de los Chasch Azules regresaban hacia el puerto de Belbal. De los oscuros matorrales, de detrás de los troncos de los escasos árboles, de los matojos de plantas del peregrino, aparentemente de la nada, brotó una horda de Chasch Verdes. Reith no pudo concebir cómo tantos guerreros, cabalgando gigantescos caballos saltadores, habían podido llegar hasta allí sin ser detectados. Se lanzaron a la carrera contra la columna, trazando arcos de tres metros con sus espadas. Las armas pesadas de los carros no tuvieron tiempo de ser preparadas; los Chasch Verdes cargaron contra ellas, dejando un rastro de carnicería.

Reith apartó la vista, estremecido. Subió a la plataforma.

—Crucemos las montañas, volvamos con los nuestros.

La plataforma se unió a la milicia en el punto de cita previsto, un barranco a un kilómetro al sur del puerto de Belbal. La milicia empezó a descender la colina, manteniéndose a cubierto en los árboles y arbustos y matorrales. Reith se quedó en la plataforma, escrutando el cielo con el sondascopio, temeroso de las plataformas de reconocimiento de los Chasch Azules. Mientras observaba, una veintena de plataformas se alzaron de Dadiche para volar a toda velocidad hacia el este: aparentemente, refuerzos para la castigada expedición de guerra. Reith las observó desaparecer tras el puerto de Belbal. Volviendo el sondascopio hacia Dadiche, captó un destello de uniformes blancos bajo sus muros.

—Adelante —dijo a Anacho—. Es ahora o nunca.

La plataforma se deslizó hacia la puerta principal de Dadiche, acercándose más y más. Los guardias, suponiendo que la plataforma era una de las suyas, estiraron los cuellos, perplejos. Reith, tensándose, pulsó el disparador del lanzaarena delantero. El camino al interior de Dadiche estaba expedito. La milicia de Pera penetró en la ciudad.

Saltando de la plataforma, Reith envió a dos pelotones a apoderarse del depósito de naves. Otro pelotón se quedó en el portal con la mayor parte de los lanzaarenas y armas energéticas. Dos pelotones fueron enviados a patrullar la ciudad y reforzar la ocupación.

Estos últimos dos pelotones, tan feroces y despiadados como cualquier otro habitante de Tschai, se dispersaron por la medio desierta ciudad, matando a todos los Chasch Azules y Hombres-Chasch, e incluso Mujeres-Chasch, que les ofrecieran resistencia. La disciplina de dos días se evaporó rápidamente; un centenar de generaciones de resentimiento estallaron en derramamiento de sangre y masacre.

Reith, con Anacho, Traz y otros seis, condujo la plataforma hasta el Centro Técnico. Las puertas estaban cerradas; el edificio parecía vacío. La plataforma se posó junto al portal del centro; los lanzaarena derribaron las puertas. Reith, incapaz de contener su ansiedad, corrió al interior del edificio.

Allí, como la otra vez: la forma familiar de la lanzadera.

Reith se acercó, con el corazón desbocado en su pecho. El casco había sido abierto; los motores, los acumuladores, el convertidor todo había sido extirpado. La nave era un cascarón vacío.

La perspectiva de encontrar la lanzadera en condiciones casi operativas había sido un sueño imposible. Reith lo había sabido desde un principio. Pero el irracional optimismo había persistido.

Ahora, el irracional optimismo y toda esperanza de regresar a la Tierra debían ser echados a un lado. La lanzadera había sido desventrada. Los motores desmantelados, el tanque de combustible abierto, el exquisito equilibrio de las fuerzas roto.

Reith se dio cuenta de que Anacho estaba de pie a su lado, hombro contra hombro.

—Esta no es una nave espacial de los Chasch Azules —dijo Anacho reflexivamente—
Y tampoco es Dirdir, ni Wankh.

Reith se reclinó contra un banco de trabajo, sintiendo que todo vigor escapaba de su mente.

—Cierto.

—Está construida con gran habilidad; demuestra un diseño refinado —murmuró

Anacho—. ¿Dónde fue construida?

—En la Tierra —dijo Reith.

—¿La Tierra?

—El planeta de los hombres.

Anacho se dio media vuelta, su calvo rostro de arlequín tenso y convulsionado, los axiomas de toda su existencia despedazados.

—Un concepto interesante —murmuró por encima del hombro.

Reith revisó sombríamente la nave espacial, pero no halló nada que pudiera interesarle. Finalmente regresó al exterior, donde recibió un informe del pelotón que custodiaba el portal. Los restos del ejército de los Chasch Azules habían sido avistados descendiendo la colina, en número suficiente como para sugerir que finalmente habían vencido a los Chasch Verdes.

Los pelotones que habían sido enviados a patrullar la ciudad estaban completamente fuera de control y no podían ser llamados. Dos pelotones custodiaban el campo de aterrizaje, dejando solamente un pelotón en el portal... algo más de cien hombres.

Se preparó una emboscada. El portal fue devuelto a algo parecido a la normalidad. Tres hombres disfrazados como Hombres-Chasch se apostaron en la garita.

Los restos de la expedición de guerra se acercaron al portal. No observaron nada anormal y empezaron a entrar en la ciudad. Los lanzaarena y las armas energéticas abrieron fuego; la columna desapareció. Los supervivientes estaban demasiado asombrados y desconcertados para resistirse. Unos cuantos echaron a correr alocadamente hacia los parques, perseguidos por aullantes hombres con uniformes blancos; otros se quedaron apiñados en un atontado grupo para ser pasivamente masacrados.

Las plataformas tuvieron algo más de suerte. Observando la debacle, regresaron al cielo. Los hombres de la milicia, no familiarizados con la artillería de los Chasch Azules, dispararon de la mejor manera que supieron, y más por suerte que por habilidad destruyeron cuatro plataformas. Las otras se elevaron a gran altitud, trazaron desconcertados círculos durante cinco minutos, luego partieron hacia el sur: hacia Saaba, Dkekme, Audsch.

Hubo algunos otros conatos de lucha durante todo el resto de la tarde, allá donde la milicia de Pera se encontraba con Chasch Azules que intentaban defenderse por todos los medios. El resto —viejos, mujeres, pequeños— fueron masacrados. Reith intercedió con un cierto éxito por los Hombres-Chasch y Mujeres-Chasch, salvándolos a todos excepto a los guardias de seguridad vestidos de púrpura y gris, que compartieron el destino de sus amos.

Los restantes Hombres-Chasch y Mujeres-Chasch, arrojando a un lado sus falsos cráneos, se reunieron formando una lúgubre multitud en la avenida principal.

Al atardecer, la milicia, saciada de muertes, cargada de botín y poco deseosa de merodear por la ciudad después del oscurecer, se reunió junto al portal. Se encendieron fuegos, se preparó la cena, y todos comieron.

Reith, sintiendo piedad por los miserables Hombres-Chasch, cuyo mundo se había derrumbado de una forma tan repentina, fue hacia donde estaban sentados en un melancólico grupo, con las mujeres llorando suavemente a los muertos.

Un individuo robusto se dirigió a él de forma truculenta.

—¿Qué os proponéis hacer con nosotros?

—Nada —dijo Reith—. Destruimos a los Chasch Azules porque ellos nos atacaron. Vosotros sois hombres; en tanto no nos causéis ningún daño, nosotros no os haremos ninguno.

El Hombre-Chasch lanzó un gruñido.

—Ya habéis hecho daño a muchos de nosotros.

—Porque vosotros elegisteis luchar con los Chasch en contra de los hombres, lo cual es innatural. El Hombre-Chasch frunció el ceño.

—¿Qué hay de innatural en ello? Somos Hombres-Chasch, la primera fase del gran ciclo.

—Tonterías —dijo Reith—. No sois más Chasch que ese Hombre-Dirdir que hay aquí

es un Dirdir. Ambos sois hombres. Los Chasch y los Dirdir os han esclavizado, han explotado vuestras vida. ¡Ya es hora de que sepáis la verdad!

Las Mujeres-Chasch interrumpieron sus llantos, los Hombres-Chasch volvieron sus inexpresivos rostros hacia Reith.

—En lo que a mí respecta —dijo Reith—, podéis vivir como os apetezca. La ciudad de Dadiche es vuestra... hasta que regresen los Chasch Azules.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó el Hombre-Chasch con voz temblorosa.

—Exactamente lo que he dicho. Mañana nosotros volveremos a Pera. Dadiche es vuestra.

—Todo esto está muy bien, pero... ¿qué ocurrirá cuando vuelvan los Chasch Azules, como seguramente harán, de Saaba, de Dkekme, del Lzizaudre?

—¡Matadlos, arrojadlos fuera! ¡Dadiche es ahora una ciudad de los hombres! Y si no creéis que los Chasch Azules os engañaban, id a mirar a la casa de los muertos junto al muro. Se os ha dicho que sois larvas, que los pequeños Chasch Azules germinan en vuestros cerebros. Id a examinar los cerebros de los Hombres-Chasch muertos. No encontraréis pequeños Chasch Azules... solamente cerebros de hombres.

»En lo que a nosotros respecta, podéis volver a vuestras casas. La única prohibición que decreto se refiere a vuestros falsos cráneos. Si los seguís llevando consideraremos que no sois hombres sino Chasch Azules, y actuaremos en consecuencia.

Reith regresó a su propio campamento; desconfiados, como si no pudieran creer en las afirmaciones de Reith, los hasta entonces Hombres-Chasch se deslizaron en la oscuridad hacia sus hogares.

—Escuché lo que dijiste —señaló Anacho a Reith—. ¡No sabes nada respecto a los Dirdir y a los Hombres Dir-dir! ¡Aunque tus teorías fueran válidas, nosotros debemos seguir siendo Hombres-Dirdir! Reconocemos la excelencia, la superlatividad; aspiramos a emular lo inefable... un ideal imposible, puesto que la Sombra nunca puede eclipsar al Sol, y los hombres nunca pueden superar a los Dirdir.

—Para ser un hombre inteligente —restalló Reith— eres extremadamente obstinado y poco imaginativo. Estoy seguro de que algún día reconocerás tu error; hasta entonces, cree lo que quieras.

El campamento despertó antes del amanecer. Los carros cargados con el botín partieron hacia el oeste, negros contra el sombrío cielo.

En Dadiche, los Hombres-Chasch, particularmente calvos y enanescos sin sus falsos cráneos, recogieron los cadáveres, los transportaron hasta un enorme pozo, y los enterraron. Una veintena de Chasch Azules fueron descubiertos en su escondite. Saciada ya la sed de sangre de los habitantes de Pera, fueron encerrados en una empalizada, desde donde contemplaron con asombrados ojos el ir y venir de los hombres.

Reith estaba preocupado por la posibilidad de un contraataque de las ciudades de los Chasch Azules en el sur. Anacho lo tranquilizó.

—No tienen estómago suficiente para luchar. Amenazan las ciudades Dirdir con torpedos, pero únicamente para evitar la guerra. Nunca desafían a nadie; se sienten satisfechos viviendo en sus jardines. Pueden enviar a los Hombres-Chasch a importunarnos, pero sospecho que no harán ni siquiera eso, a menos que los amenacemos directamente.

—Quizá sí. —Reith fue a soltar a los Chasch Azules cautivos—. Id a las ciudades del sur —les dijo—. Informad a los Chasch Azules de Saaba y Dkekme que si nos molestan los destruiremos.

—Es un largo camino —croaron los Chasch azules—. ¿Debemos ir a pie? ¡Danos una de las plataformas!

—¡Caminad! ¡No os debemos nada!

Los Chasch Azules partieron.

Aún no totalmente convencido de que los Chasch Azules no buscaran venganza, Reith ordenó que fueran montadas armas en las nueve plataformas capturadas en el depósito de Dadiche, y las envió a zonas ocultas entre las colinas.

Al día siguiente, en compañía de Traz, Anacho y Derl, exploró Dadiche de una forma mucho más reposada. En el Centro Técnico, examinó una vez más el cascarón de su lanzadera, pensando en el sueño de su posible reparación.

—Si dispusiera de todos los elementos de este taller —dijo—, y contara con la ayuda de una veintena de expertos técnicos, quizá fuera capaz de construir un nuevo sistema impulsor. Aunque puede que sea más práctico intentar adaptar un motor Chasch a la nave... pero entonces habría problemas de control... Mejor construir toda una nueva nave.

Derl frunció el ceño a la inmóvil lanzadera.

—¿Tan ansioso estás, pues, de abandonar Tschai? Ni siquiera has visitado aún Cath. Si lo hicieras, puede que nunca desearas partir.

—Es posible —dijo Reith—. Pero tú nunca has visitado la Tierra. Puede que si lo hicieras no desearas volver a Tschai.

—Debe ser un mundo muy extraño —murmuró la Flor de Cath—. ¿Hay mujeres hermosas en la Tierra?

—Algunas —respondió Reith—. Tomó su mano—. Pero también hay mujeres hermosas en Tschai. El nombre de una de ellas es... —y le susurró un nombre en su oído.

Enrojeciendo, ella llevó una mano a la boca de él.

—Chist. ¡Los otros podrían oírlo!